

El latido de un colibrí



EDURNE H.

El latido de un colibrí

EDURNE H.

ISBN: 9798859675678

Sello: Independently published

Título: El latido de un colibrí

Eduarne H © 2023

Cubierta: Rachel Desing.

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para cada una de las estrellas que dejaron el plano terrenal
y brillan para siempre desde las alturas,
iluminando nuestras sendas más oscuras.*

Que no puedes hablar de amor hasta que las cosas vayan mal y consigas superarlas. El amor no son flores y violines. Y tampoco lo es el buen sexo. El amor es lealtad. Es resistir en la batalla, luchar hombro con hombro...

Mi karma y yo. Marian Keyes.



Prólogo

Cuando alguien a quien amas fallece, te derrumbas. Sin que lo puedas evitar, una parte de ti se siente vacía, aquella parcela de tu existencia que compartes con esa persona queda partida, sin remedio, en dos.

Cuando esa persona es el amor de tu vida, entonces no solo pierdes algo insustituible de ti, sino que tu corazón no vuelve a latir igual. Su ritmo, al igual que el sentido de tus pasos, la cadencia de tus acciones, se ralentizan, se amoldan a una nueva realidad, una anodina, sin rumbo, sin apoyo, sin ella.

Ese dolor desgarrador, aunque compartido por tu entorno, es imposible de entender. Solo la empatía de quien ha pasado por esa misma situación puede sentir el desgarramiento emocional que supone tal pérdida.

No hay consuelo para ello. No hay palabras que sustenten ni expliquen la magnitud de tus emociones. Y, aunque no existe pérdida sin dolor, mayor es el hecho de que esta sea repentina e inesperada.

El primer shock, aquel que se recibe tras enterarte de que se ha ido, de que ya no se encuentra en este plano terrenal que tú ahora habitas en soledad, te lleva a un estado casi catatónico en el que no eres tú mismo.

Caminas, hablas, balbuceas, te comunicas con la gente, organizas su despedida física, aceptas las condolencias de los demás, comes lo necesario, si es que alguien te lo recuerda o te obliga a ello, para no desfallecer.

No duermes, te mantienes en vela, y no sabes si algún día volverás a hacerlo igual, sin su presencia reconfortante a tu lado. La otra mitad de la cama, que jamás volverá a ser ocupada, es un abismo insalvable. Un lugar desolado y vacío al que enfrentarte cada noche del resto de tu vida.

Pasas esos primeros días en una fase de negación. No aceptas que ya no esté, cuando ayer sí lo estaba. Cuando unos segundos antes, sus ojos te miraban con reconocimiento y amor.

Después, un segundo estado: la ira. Rompes cosas sin sentido, lloras de pura rabia, de frustración. No entiendes por qué se ha ido, por qué te ha abandonado.

Te arrancarías el corazón. Entregarías tu vida solo porque volviera. Venderías tu alma al diablo si pudieras besarle una vez más.

Nada de eso sucede. No sabes cómo, pero sigues adelante. El tiempo, implacable, avanza. La vida no se para por ti, ni por su ausencia, ni por nadie.

Tus emociones fluctúan, volátiles, enganchadas en su recuerdo. Es en la cotidianidad del día a día cuando sientes esas garras que aprietan tu pecho y dificultan tu respiración.

Sigues cocinando para dos, sigues poniendo su canal favorito en la televisión, preparas y te bebes su té helado, ese que tanto le gustaba y tú detestabas. A veces, incluso planchas esa ropa que ya nadie va a ponerse y de la que te niegas a desprenderte.

Algo tan simple como ir al supermercado es un suplicio sin su compañía. Echas de menos que se entretenga buscando la mejor fruta para el postre, para luego quejarse de que hablas con todo el mundo y tardáis una hora en hacer la compra.

Ya no hablas con casi nadie. No te importan las relaciones sociales, ni el qué dirán. Eres tú y tu pena, y el resto no importa. Tu familia acepta tu solitario silencio, rezando porque abandones ese estado fantasmal que te consume.

Quizás no sea así cómo le gustaría que llevaras su ausencia. En cambio, no sabes hacerlo de otra forma. No quieres o no puedes.

Y en esa soledad constante, en esa vida truncada, en ese egoísmo cómodo en el que te has sumergido, llega el día en que comprendes que, aunque tu corazón está incompleto, tu dolor y tu actitud no solo te afecta a ti, no eres la única persona que sufre por ello y que hay gente que te necesita mucho más que su recuerdo.



1

Le repito a Marta por millonésima vez las instrucciones para cuidar a mis pequeños. Es la primera vez que me voy a ir de casa durante tantos días y me pone muy nerviosa dejarlos aquí, a pesar de que mi hermana pequeña haya decidido instalarse en mi casa durante mi ausencia. No es que no me fíe de ella, pero, por si acaso, no están de más las cámaras de seguridad que he instalado para su vigilancia.

Aunque Darcy, mi cocker spaniel, tenga ya tres años y mis gatitas romanas, Scarlett y Jane, tengan seis años, siempre los voy a seguir considerando como bebés.

No concibo la vida sin ellos. Para mí, el amor más puro, sincero y desinteresado que puedes recibir, es el que proviene de los animales. Si ellos te eligen como compañera de vida, te puedes sentir muy afortunada.

No es que sea de esas personas que evitan el contacto humano y solo quieren a los animales. De hecho, me considero sociable, y soy una romántica empedernida, además de amante de los clásicos, como podrás deducir si te fijas en sus nombres.

Cupido no es que haya sido muy fino conmigo en mis veinticinco años de existencia. Mi último intento de relación ha resultado ser un fracaso total y aún arrastro parte de sus consecuencias, pero sigo suspirando con las grandes historias de amor que devoro en forma de libros, series o películas.

Historias como la de mi querida amiga Andrea y su pareja, Jairo. Hace ya un año que la tengo que echar de menos porque cambió radicalmente su vida y se mudó a Covarrubias. Allí, no solo

encontró el amor, sino también un lugar donde comenzar de nuevo su camino y ser ella misma. Verlos tan felices me hace mantener la esperanza de que, quizás, algún día, yo también pueda vivir una relación así.

No creo que el secreto de la felicidad se base en tener a alguien a tu lado. Trabajo como auxiliar de veterinaria y, realmente, me siento realizada, a pesar de que, por el momento, solo me dedico a consultas menores, aun habiendo terminado mis estudios. Tengo una familia normal, sana y unida. Tengo buenas amigas que están ahí cuando las necesito. Sin embargo, no puedo evitar sentir que me falta esa chispa que se prende cada vez que leo una novela romántica y echar en falta un compañero de vida que camine a mi lado. Y sí, me siento incompleta por ello.

Mi rutina, aunque la adoro, a veces me agota, por lo que he decidido aceptar este viaje con Andrea. Jairo es escritor de novelas románticas e históricas y está investigando para escribir su próximo libro. Para él es muy importante la labor de documentación, y se inspira al visitar los lugares que refleja en sus escritos. Ahora está escribiendo sobre el conquistador Francisco Pizarro.

Ojalá el viaje fuera a Perú, pero no. Jairo lleva ya casi dos semanas en Trujillo, Cáceres, el lugar de nacimiento de su protagonista, y a mi amiga se le ha ocurrido que sería una buena idea coger unos días libres de vacaciones y pasarlos allí con él.

Al principio decliné la invitación. Es cierto que aún no he cogido ningún día este año y que me vendría genial una escapadita, solo que considero que estarían mejor solos, disfrutando juntos del lugar.

Sin embargo, Andrea me ha insistido en que Jairo está totalmente absorbido con la novela y que lo vamos a pasar muy bien juntas.

—¿Te marchas ya o qué? —se queja Marta—. Tu amiga ya lleva un rato abajo y no para de pitar.

—Que sí, pesada, ya me largo —respondo saliendo como puedo de mi cuarto, cargada con la maleta, y con Darcy pegado a mis pies—. ¡Cuánto te voy a echar de menos, mi amor! —exclamo dándole un sonoro beso a su cabeza peluda.

Jane me dedica un maullido lastimero desde el sofá y Scarlett me acompaña ronroneando a la puerta.

—Tendrás en cuenta todo lo que te he dicho, ¿verdad? —insisto preocupada—. No les vayas a hinchar a chucherías, y en la libreta que hay en la cocina tienes todas las instrucciones para su cuidado.

—Bego, de verdad. —Me empuja hacia fuera—. Clarísimo todo, anda, pásatelo bien que aquí vamos a estar divinos, ¿verdad que sí?

La mirada que Jane me dirige me da ganas de cancelar mis planes y quedarme apretujada con ellos. Marta me echa sin más contemplaciones y no puedo pensarlo más, así que bajo arrastrando la maleta por las escaleras.

La sonrisa que Andrea me dedica al verme disipa todas mis dudas. Nos fundimos en un cálido abrazo y, después de aguantar sus quejas por mi tardanza y guardar la maleta en el maletero, subo a su coche, rumbo a nuestra aventura.



2

Junio 2018

No pasan ni dos minutos hasta que vuelvo a revisar mi correo electrónico otra vez. Y así llevo haciendo desde que me levanté esta mañana. Antes de haberme lavado la cara y con la vista medio borrosa, ya tenía mi bandeja de entrada abierta en el portátil, que prácticamente duerme conmigo.

Estoy ansioso por recibir la notificación de la sentencia del caso García.

Siempre me implico día y noche para preparar cada uno de mis juicios. No sé trabajar de otra forma. Estudio todo lo relacionado con casos similares. Analizo cualquier hipotético resultado, su correspondiente recurso y su posible solución, en caso de ser desfavorable a mis intereses.

Por eso, entre otros motivos, y no es por presumir, soy uno de los mejores abogados fiscales de mi ciudad, por ser algo humilde y no decir de toda la Comunidad Valenciana.

Recibo solicitudes y llamadas de personas interesadas en mis servicios casi todos los días. La mayoría son recomendados por otros clientes, algunos de ellos porque han oído hablar de mí y una pequeña parte viene recomendada por medio de Lorena, mi novia.

Ella es compañera de profesión, aunque se dedica al derecho laboral y, además, trabaja en otro bufete, lo que no impide que enlacemos o nos derivemos clientes. De hecho, la mayoría de nuestras conversaciones giran en torno al mundo de la abogacía, nuestra pasión en común. Y casi uno de los pocos motivos que diría que nos lleva a estar juntos, puesto que, exceptuando la

evidente atracción que existe entre nosotros y la comodidad de nuestra relación, sencilla y sin dramas, no existen más aspectos que nos unan.

El caso del señor García es bastante importante, puesto que se trata de un amigo de la familia, bueno, de mi padre, que es abogado también, pero se prejubiló y ya no ejerce, aunque suele intervenir en muchas ocasiones para dar su opinión.

Dicho amigo se ha visto inmiscuido en un asunto algo turbio relacionado con un fraude fiscal y mi deber es sacarle del apuro.

Llevo meses sin apenas dormir, trabajando en ello, y creo que, a pesar de lo complicado del asunto, la sentencia puede ser buena. Sin embargo, en esta profesión nunca se está completamente seguro de nada, y hasta que el juez no lo ponga por escrito, nada es definitivo.

Mi amigo Mateo, que es mi voz y representación en todos los juzgados, ya que desde hace años es el procurador encargado de la mayoría de mis asuntos y mi persona de confianza, me aseguró que el Letrado de la Administración de Justicia le había indicado que la sentencia estaba ya redactada, a falta de firma para su notificación. Por eso estoy expectante y a la espera del email que me avise de que tengo una nueva alerta en el sistema de comunicaciones judiciales.

—Vamos, Mateíto, dame buenas noticias —imploro al tercer tono, cuando por fin contesta mi llamada impaciente.

—Tío, ¿ya estás currando? —responde adormilado—. Son las ocho de la mañana, aún no me he lavado ni la cara.

—Ya estás tardando en ir a tu despacho y encender tu cacharro prehistórico —ordeno, comenzando a alterarme—. Necesito saber algo hoy, si hace falta, vuelves al juzgado a dar follón.

—Sabes que ya me debes unas cuantas cervezas por esto, ¿no? —resopla—. Te llamo más tarde.

Frustrado tras ver que me ha colgado, no me queda otra que hacer tiempo. Tras una ducha rápida, me pongo uno de mis trajes gris marengo, cojo mi maletín y me dirijo caminando a mi oficina, situada en el centro de la ciudad.

Por el camino voy revisando la aplicación del correo electrónico, y apartando a la gente que se choca conmigo. No sé cómo pueden caminar tan lentos un lunes por la mañana.

Llego casi sudando. Tras saludar con un leve movimiento de cabeza a Ana, nuestra secretaria, me dirijo a mi lugar de trabajo, cierro la puerta, me aflojo el nudo de la corbata y enciendo el ordenador.

Introduzco una cápsula de expreso en mi cafetera, para prepararme el segundo café del día, mientras tamborileo con mis dedos impaciente sobre el teclado, hasta que por fin se carga.

Nada. Montones de emails publicitarios que borro sin abrir, varios clientes solicitando información sobre sus asuntos pendientes, un email de Lorena que archivo para leer más tarde, un par de notificaciones de trámite sobre casos en marcha, y ni rastro de alertas o emails de Mateo o del caso García.

Minimizo la página, reviso la agenda y continúo redactando un recurso que tenía a medio hacer. Cada dos o tres frases escritas no puedo evitar guardarlo y actualizar la bandeja de entrada. ¿Será demasiado pronto para llamar de nuevo a mi colega?

Agarro con una mano la taza de café y, antes de que esta llegue a mi boca, tengo que ayudarme y sujetar con la otra mano mi muñeca, porque un repentino movimiento involuntario amenaza con hacer que se derrame. Doy un sorbo rápido y vuelvo a dejarla sobre la mesa.

El temblor apenas dura unos segundos más.

Mi cuerpo es absurdo en los momentos más inoportunos. Ignoro la voz en mi cabeza que me

recuerda que no es la primera vez que me sucede. No es para tanto, ¿no? Seguro que es por una mala postura.

El pitido de mi móvil alertando de que tengo un mensaje entrante de Mateo me saca de mis pensamientos.

«*Ahí la llevas, Leo*».

Nervioso, descargo el documento adjunto y escaneo con mi mirada las páginas, buscando el fallo de la sentencia. Un molesto tic en el ojo me obliga a parpadear y mirar hacia otro lado. Por fin, localizo el párrafo más importante.

Me han estimado la demanda. Hemos ganado.

Ahora me permito respirar.



3

—Gracias por venir a recogerme, Andrea. La verdad es que me daba mucha pereza viajar sola, y seguro que si no hubieras venido a por mí no me hubiera animado a ir a ningún sitio.

—Tonterías, es un placer. Vine hace unos días a Alicante. Si no te he avisado antes es porque he estado con mis padres.

—Oh, ¿y qué tal están?

—Pues bien, en su línea, como siempre. Desde que me mudé, tenemos mucho menos contacto, y más desde que dejé su empresa.

—Siempre habéis sido tan despegados... Yo seguro que echo de menos a los míos.

—¡Si solo nos vamos unos días!

—Lo sé, pero nos vemos casi a diario... raro es el día que no pasa mamá por la clínica a saludarme. Y mi padre cada vez que puede me invita a desayunar antes de ir al trabajo.

—Anda, acomódate que el viaje es largo. Verás qué bien te sienta este cambio de aires.

No puedo evitar quedarme dormida al poco tiempo. No soporto el transporte público, me dan miedo los autobuses o, más bien, me da cierto reparo no conocer a la persona en que confío mi vida, y tampoco me gusta viajar sola. Por eso estoy tan agradecida de que Andrea me haya recogido en su coche y vayamos a hacer este viaje juntas.

Yo no tengo carnet de conducir. Lo intenté hace tiempo y me abrumaba la carretera. En cambio, cuando alguien de confianza me lleva consigo, me relajo por completo y adoro dormirme con el traqueteo del movimiento.

Me despierto al sentir que estamos parando.

—¿Dónde estamos? —pregunto atontada—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Tranquila —me guiña el ojo mientras se desabrocha el cinturón—, solo un par de horitas. Estamos en La Roda, nuestra primera parada. ¿Tienes hambre?

Mi estómago ruge en clara respuesta, así que nos bajamos entre risas. Nos encontramos en la puerta de un restaurante llamado Mediterránea, frente a una avenida bastante concurrida.

—¿Qué te parece si comemos y luego recorremos este pueblo y hacemos un poco de turismo? No te quejarás, te he encontrado un sitio con opciones veganas y todo.

—¿Tienes todo el viaje planeado? —interrogo curiosa.

—Lo cierto es que el camino lo voy improvisando, aunque sí que hay algún sitio de interés que me gustaría visitar cuando estemos allí. Y tengo una sorpresa preparada que espero que te guste.

—Gracias por esto, Andrea. Lo cierto es que sí que necesitaba hacer algo diferente.

—No me las des. Tú siempre has estado ahí para mí, aun cuando era insoportable. Y después de lo de Raúl... pensaba que te vendría bien.

—Mejor no me recuerdes ni a ese impresentable, ni a tu época de Andy —bromeo—. Te sienta mucho mejor ser tú misma.

Y es que mi amiga Andrea era una conocida *influencer* de moda, y pasaba el día absorbida por su teléfono móvil, alimentando a Andy, su perfil en redes sociales. Parte de culpa de ello era mía, ya que la ayudaba bastante con su contenido, pero no sabía hasta qué punto le iba a afectar esa vida virtual. Por suerte supo encontrar aquello que en verdad le hace feliz, y en la actualidad es la encargada de regentar un estupendo hotel en un lugar mágico. Ahora vive con plenitud su vida real y no puedo estar más orgullosa de ella.

El camarero que trae nuestros platos nos interrumpe y ambas devoramos nuestra comida.

Al terminar, nos damos un paseo por el pueblo. Pasamos por una pastelería, puesto que Andrea dice que no puede irse de aquí sin que nos llevemos unos «miguelitos» que le han recomendado en el restaurante, ya que son típicos de esta zona. Son unos pastelitos de hojaldre, rellenos de crema pastelera y espolvoreados con azúcar.

Con la barriga llena y más animadas que antes, continuamos nuestro viaje.

Mi teléfono móvil suena varias veces. Ignoro las llamadas al ver su nombre, y de nuevo me quedo adormilada hasta que Andrea me despierta en Toledo, nuestra segunda parada del viaje.



Junio 2018

La celebración por mi éxito apenas duró unos días. Sí, mi padre estaba complacido de la victoria, y su amigo más aún, aunque a mí me supo algo amarga.

Y es que por más casos que gane, para él nunca son suficientes. El hecho de que aún no llegue a los treinta años y ya acumule un historial y reputación que ya quisieran alguno de sus coetáneos, no es bastante para impresionarle.

No me van las alabanzas de los demás, ni me gusta que me hagan la pelota, pero con él es diferente, y, aunque no me quite el sueño, me toca el orgullo que no me valore.

Todo lo que tengo lo he conseguido por mí mismo, por mi esfuerzo y mi trabajo constante. Ni el nombre ni el apellido avalan la dedicación que llevo años alimentando.

De pequeño me costaba encontrar la motivación en lo que hacía. Aprobaba sin esfuerzo, con unas notas bastante buenas. Aunque tuve mi grupo de amigos, me fui distanciando de ellos, puesto que apenas compartíamos intereses. No me atraían las fiestas ni los viajes que ellos disfrutaban. Seguí los pasos de mi padre, dado que tampoco me llamaba la atención otra carrera y, mi apatía y desinterés por todo lo que me rodeaba, desapareció en cuanto me sumergí en la abogacía.

Puede que otro se hubiera limitado a vivir solo del asesoramiento, ya que somos abogados de varias empresas de renombre y contamos con una buena cartera de clientes fijos, y con solo eso,

ya daría para un sueldo bastante decente. Sin embargo, lo que a mí me gusta es la adrenalina que genera el enfrentarme a los abogados contrarios, fiscales y jueces en el estrado.

Este mundo es como un mar embravecido, que juguetea constantemente con rocas puntiagudas, y en cualquier momento una ola puede estrellarte contra ellas y clavarte sus afilados salientes.

Me gusta imaginar que los demás son como pequeños barcos pesqueros, lanzando sus redes, intentando pillar pececillos, pero ahí estoy yo, en las profundidades, agazapado para robárselos.

Y es que, en este oficio, o eres un tiburón, o el agua te traga y te escupe hecho trizas.

Por ese motivo, no puedo permitirme bajar la guardia o llegará otro carnívoro con ansias de poder deseando quedar por encima de mí.

Hay quien piensa que estoy algo obsesionado con mi trabajo, pero si algo me llena y me apasiona, ¿por qué no enfocar todas mis energías en ello?

Mi amigo Mateo no comparte estos pensamientos. Es cierto que es muy profesional en lo suyo, y que siempre está ahí para apoyarme, pero su cabeza suele estar más pendiente del fin de semana y de salir de fiesta que de trabajar. De eso, y de no perderse sus sesiones diarias de gimnasio.

Así que aquí me tiene en un pub, un jueves por la noche, como si fuéramos estudiantes universitarios, mientras yo no puedo dejar de pensar en Marcelo, uno de mis clientes, y en los puntos que vamos a debatir en la reunión del lunes para preparar su próxima vista ante el juez.

—¿Nos pedimos otra o qué? —pregunta señalando nuestras jarras de cerveza vacías—. Venga, que la noche es joven.

—¿Esa frase no está ya muy trillada?

—Lo que sea, voy a por más alcohol.

Suspiro y me recuesto en el incómodo sillón de escay. Viendo cómo está de llena la barra, intuyo que va a tardar un buen rato en volver, por lo que me dedico a buscar jurisprudencia desde mi móvil para documentarme mejor sobre el caso de Marcelo.

A los pocos minutos, un carraspeo me interrumpe. Alzo despacio la mirada. Recorro con mi vista los zapatos negros de tacón, las piernas morenas y desnudas hasta un poco más arriba de la rodilla y el vestido del mismo color que se aprieta a las curvas de su cuerpo. La melena rubia de Lorena se agita ante su chasquido de dedos y sus labios rojos me devuelven a la realidad.

—Cariño, ¿cuánto has bebido? Estás atontado.

Al levantarme para saludarla, me doy cuenta de que va acompañada por una amiga de la que no recuerdo el nombre.

Tras los correspondientes besos de cortesía, mi salvador llega con nuestras dos cervezas, que al verme en compañía se las entrega a ellas, mientras despliega su sonrisa lobuna que ya conozco muy bien.

—Querida, estás preciosa —le dice a Lorena rodeándola por los hombros—. A ver si me animas un poco a este muermo. Yo soy Mateo, ¿y tú? —pregunta dirigiéndose a su amiga.

—Paula, encantada —responde con una sonrisa.

Él se olvida por completo de que traía bebidas para nosotros, ya que no tardan ni dos minutos en sentarse juntos y ponerse a charlar y a tontear, ignorándonos a Lorena y a mí. Mateo tiene una labia impresionante. Si yo lo admiro es por la habilidad que tiene para sacarme las castañas del fuego cuando meto la pata en los juzgados, aunque, sin duda, él aprecia más su capacidad para ligar.

Viendo lo bien que se llevan, decidimos dejarlos a su aire y escaparnos. Todo un alivio porque estoy deseando llegar a casa.

Aunque vivo solo, Lorena pasa muchas noches en mi casa, que está plagada de cosas suyas por todas partes. Como mañana ambos trabajamos, acabamos pronto en la cama. Con ella todo es fácil. Se amolda con facilidad a mis rutinas, me comprende porque compartimos profesión y me deja mi espacio.

Tras observar un momento cómo duerme, decido levantarme. Apenas son las once de la noche y aún puedo repasar un rato las leyes que encontré antes en el pub, para comprobar si me sirven para respaldar mis argumentos.

Me preparo una taza de café, cojo mi portátil y me voy al sofá para no molestarla. Al rato, cuando un pinchazo intermitente comienza a martillear mi cabeza y los ojos amenazan con cerrarse, apago y me voy a dormir, aunque en sueños no puedo evitar que las palabras bailen en mi cabeza, y mis obligaciones me susurren inquietas, sin dejarme descansar.



5

El cansancio de Andrea por el viaje ya es muy evidente y aprovechamos para estirar las piernas por esta ciudad tan maravillosa. Pasear por el casco antiguo de Toledo y sus calles empedradas y llenas de cuevas empinadas es tan agotador como estimulante.

—Este lugar le encantaría a Jairo —asevera al ver la cantidad de iglesias, mezquitas y monumentos que encontramos en nuestro recorrido—. Quizás le proponga que incluya este lugar en uno de sus libros.

—¡Cuántos enamorados habrán recorrido estas calles! —exclamo al deslumbrarme por las vistas de la Plaza de Santo Domingo el Real—. Es tan romántico e inspirador este sitio —suspiro.

—Ay, querida, tú siempre buscando el amor en cualquier esquina —se burla—. Tendríamos que irnos ya, no quiero llegar demasiado tarde.

—Jo... ¿No podemos alargar más la visita?

—Ya volveremos, o quién sabe, quizás en Trujillo encuentres el amor y vuelvas con mejor compañía —añade con una mueca de diversión.

—¡Como si fuera tan fácil! —me quejo—. Tú sí que eres afortunada.

—No me oirás hablar mal de Jairo, aunque a veces las musas lo aparten de mí.

—Seguro que tú eres su mayor musa —aseguro convencida—. Está bien, podemos irnos.

Me hubiera gustado conocer más a fondo esta ciudad, ya que apenas hemos dado una vuelta rápida por el centro, pero entiendo que no es el momento. Mi amiga se está portando genial

conmigo y no quiero ser demasiado pesada.

Por fin ponemos rumbo final a nuestro destino. Esta vez no me duermo y le doy conversación a Andrea, no vaya a ser que sea ella a la que le entre sueño. Intento sonsacarle de qué se trata la sorpresa que me tiene preparada, sin éxito.

Cuando llegamos a Trujillo, nos recibe un atardecer anaranjado, que ilumina con su luz las casitas blancas situadas a ambos lados de la carretera que lleva hacia nuestro alojamiento.

Esta estampa trae a mi cabeza las palabras de Andrea y por un momento sonrío pensando que quizás sea cierto, que aquí podría encontrar a esa persona especial que haga vibrar mi corazón.

«Debes dejar de leer tantas novelas románticas», me digo a mí misma, apartando esas ideas de mi mente.

He venido a relajarme y a disfrutar de la buena compañía de una amiga, no a soñar con historias imposibles.

Tras pelearnos varias veces con el GPS, de lo que me enamoro nada más verlo es del que será nuestro hogar en los próximos días: el Parador. Gracias a los contactos en el mundo hotelero de mi querida amiga, ha conseguido ubicarnos en este mágico lugar.

A pesar de que apenas puedo echar un rápido vistazo a mi alrededor mientras nos entregan la llave de mi habitación, este hotel, que se establece en un antiguo convento, me parece fascinante.

Entre risas, besuqueos y otras muestras de cariño, Jairo, quien ha salido a recibimos a la puerta, lleva a su amada de la mano mientras me va contando curiosidades del lugar.

Con la promesa de seguir hablando mañana, les dejo que se vayan juntos a descansar. Una cosa es que me haga compañía y otra que nada más llegar ignore a su pareja, así que me voy a mi habitación a dejar mis cosas y darme una ducha.

Según me ha contado mi escritor favorito, estas habitaciones son las antiguas celdas de las monjas de Santa Clara, la última orden religiosa que habitó este edificio. Lo cierto es que es una pasada, y superamplia para mí sola.

Tras relajarme en el baño e intentar domar, como siempre sin éxito, mis rizos castaños, me hago una coleta alta, me pongo mis vaqueros favoritos, una camiseta sencilla de manga corta color blanco, unas zapatillas deportivas, y me dirijo al restaurante. Espero que la gente no vaya excesivamente arreglada por aquí. Aunque no soy de preocuparme mucho por la vestimenta, ya que siempre opto por prendas básicas y cómodas, me abruma un poco pensar en si la gente irá demasiado formal en este lugar.

Lo cierto es que es intimidante. Sobre todo, me llaman la atención los techos abovedados, que son muy altos.

En realidad, la zona de comidas es una cafetería con servicio de buffet libre que, aunque tiene pinta de lujosa, es bastante confortable. Una camarera muy atenta me informa sobre todos los platos que puedo degustar. Me pido una bebida y opto por una sopa fría de espárragos con habas, que resulta estar deliciosa.

Disfruto en soledad de la calma de este lugar. Aunque hay varias mesas ocupadas, el ambiente es muy tranquilo y apenas levantan la voz. Los pasillos son enormes, y la gente se levanta poco a poco, por lo que tampoco tengo problema en recorrerlos y echar el ojo a otros platos fríos que permanecen expuestos para que te puedas servir tú mismo, con pequeños cartelitos que especifican lo que son.

Me sorprende gratamente la cantidad de opciones veganas que tienen, aunque para cenar no me cabe nada más.

Me decido por acabar con un pedacito de bizcocho de harina de almendras de postre que, además, es el último. Sin embargo, cuando voy a cogerlo, una mano se me adelanta.

—Oh, disculpa. —Alzo la vista para encontrarme con unos ojos marrones miel y una sonrisa simpática que me devuelve el bizcocho—. Tranquila, quédatelo tú.

—No te preocupes, hay mucho donde elegir —rechazo mirando a mi alrededor—. Además, lo has cogido tú primero.

—¿Y si lo compartimos? —pregunta echando el bizcocho en su plato y cogiendo un cuchillo para partirlo en dos—. Así ambos lo probamos.

—Bueno, no veo por qué no. —Sonrío complacida.

Me dirijo a mi mesa y, tras coger mis cosas, le acompaño a la suya.

—Uf, esto está de muerte —exclamo poniendo los ojos en blanco—. Menos mal que has decidido compartirlo.

—Y que lo digas. Por cierto, soy Sergio.

—Yo Bego, un placer.

Hablamos principalmente de comida, aunque también tratamos otros temas, como el amor por los animales que tenemos en común. Su compañía me resulta muy agradable y el tiempo se me pasa volando. Sergio es diseñador gráfico, es de Madrid y va a estar aquí unos días de vacaciones, junto a su hermana que, según me ha contado, llega mañana. Yo le cuento lo poco que sé de mis planes.

—Vaya, ¡qué tarde es! —dice Sergio tras consultar su móvil—. Debería irme a dormir, mañana madrugo para ir a la estación a por ella.

—Claro, no te entretengo más.

—¿Nos veremos por aquí?

—Seguro, será un placer conocer a tu hermana, buenas noches.

Nos despedimos con un par de besos y tengo la sensación de que acabo de conocer a alguien muy interesante. No veo el momento de contárselo a Andrea.



6

Martes, 3 de julio de 2018

La inútil de Ana abandona mi despacho tras oír mis gritos, dando ridículos saltitos para buscar un trapo en el cuarto de limpieza. El caos es monumental. Varios apuntes mojados de café ocupan mi mesa.

La semana comenzó bien. Marcelo ha tenido en cuenta mis consejos y no pone pegas para estudiarse el guion previo al juicio que hemos preparado, por lo que la reunión de ayer fue bastante productiva. En cambio, hoy está siendo un puto desastre. No es que yo sea perfecto, pero procuro ser lo más profesional que puedo, y me alteran demasiado estos pequeños contratiempos, como que a Ana se le haya pasado que tenemos un plazo que nos vence pasado mañana.

Las vacaciones de verano se aproximan, y aunque yo apenas me tome un par de días de descanso, el resto del bufete sí que desaparece, así que todos los años celebramos una reunión en julio para repasar los asuntos pendientes y planear nuestras próximas actuaciones de cara a septiembre.

Después de limpiar mi mesa, y cuando consigo colgar la llamada a uno de mis clientes, buen pagador, aunque muy charlatán, ya están todos esperándome en la sala de juntas: Ana, la secretaria; Mateo, nuestro procurador y gran colaborador; Julián, abogado penal; mi padre, que se apunta a un bombardeo; e Irene, abogada mercantil.

Comenzamos por revisar los señalamientos previstos para los próximos meses y quien se encargará de ellos. Nos solemos apañar entre nosotros y, si nos coinciden varios en una misma fecha, recurrimos al despacho de Lorena, al igual que hacen ellos en caso contrario, para evitar retrasos por cambios de fecha innecesarios.

Por suerte, no son muchos hasta fin de año, y podemos cuadrar con facilidad todas las agendas.

Pasamos a analizar qué recurso y plazos tenemos pendientes, y cuál es la línea argumentativa que vamos a seguir.

—He recopilado varias sentencias que nos son favorables —aporta Julián sacando varios folios de su maletín—. Me puedo encargar de redactar la contestación a la demanda del señor Martínez antes de irme de vacaciones.

—¿A dónde te vas este año? —pregunta Irene, más interesada por las vacaciones de nuestro compañero que por el caso del que estamos hablando.

—A Mallorca, ¿te apuntas?

—Mi querida María y yo estuvimos hace más de quince años allí —suspira mi padre—. Qué recuerdos.

A pesar de que el aire acondicionado está enchufado, el calor me empieza a agobiar y me abanico disimuladamente con mis papeles.

—¿Podemos centrarnos en el trabajo? —increpo intentando dirigir la conversación—. Dejad los planes para el bar.

—No refunfuñes, Leo —interviene Mateo—. Si este verano es de los más flojos que hemos tenido. Además —añade sonriendo y señalando a Irene y a Julián—, seguro que estos te dejan casi todo hecho antes de irse.

Las preguntas de Ana para tomar anotaciones, las bromas entre Irene y Julián, las opiniones con las que contribuye mi padre y las aportaciones de Mateo, se entremezclan entre sí. Llega un momento en el que me quedo callado porque no soy capaz de entender lo que dicen.

Bebo un trago de agua. Sus voces parecen como un ruido lejano y distorsionado. Siento mi vista borrosa. Intento decir algo.

—Leo, ¿te pasa algo? Estás pálido.

La respuesta queda pendiente en mis labios cuando intento levantarme y todo se queda negro.



7

Lo primero que hago al despertar es echar un vistazo a las cámaras y hablar con Marta sobre mis peques para asegurarme de que todo va bien en casa. Lo cierto es que me siento feliz y con ganas de ver qué me deparará el día y estas pequeñas vacaciones, pero no puedo evitar preocuparme y echarles de menos.

Entre mis pensamientos se cuela uno dirigido a Sergio. Me pareció un chico muy amable, simpático, con buena conversación, y he de reconocer que su sonrisa tiene cierto atractivo.

«¿Sería buena idea atreverme a conocerlo mejor? No, Bego, déjate de películas. Pasasteis un rato entretenido, ya está. Además, la sombra de Raúl aún se siente demasiado cerca».

Tras recibir un mensaje de Andrea, bajo a desayunar con ella.

—¿Y Jairo? —pregunto tras verla sentada sola con una taza de café.

—Puf, ni preguntes —responde—. Se fue bien temprano en busca de las musas, con ordenador y todo. Debe andar escribiendo, vete tú a saber dónde.

—¿Y cuál es nuestro plan para hoy? —interrogo curiosa—. No me cuentas nada.

—Lo que quieras. Mi sorpresa es en un par de días, así que no te impacientes —replica misteriosa—. Hoy podemos aprovechar para pasear y conocer este lugar. ¿Qué te parece?

—Me muero de la intriga —protesto—, aunque aguantaré porque me encanta pasar tiempo contigo.

—Yo también te echaba de menos, boba.

No me da tiempo a comentarle nada sobre él cuando Sergio aparece riéndose a carcajadas por

la puerta de la cafetería agarrado del brazo de una chica muy joven y risueña, vestida con un top rosa y un pantalón corto de muchos colorines. Lleva el pelo morado y el flequillo rubio. Su escándalo hace que todas las miradas se dirijan a la pareja. Cuando me ve, levanta la mano a modo de saludo y se dirigen a nuestra mesa.

Andrea me lanza una mirada interrogante al ver cómo se acercan decididos a nosotras. Yo me encojo de hombros y me apresuro a saludarlos.

—Hola, compañera de postres, ¿qué tal?

—Muy bien, Sergio, ella es Andrea, la amiga de la que te hablé ayer.

—¿Me he perdido algo? —pregunta, tras darle dos besos confundida.

—Tía, ¿tú no salías en YouTube? —interviene la acompañante de Sergio, mascando un chicle con la boca abierta—. Yo soy Aitana.

Tras los saludos de rigor, nos sentamos todos juntos y comenzamos una conversación muy amena. Sergio y yo conectamos muy bien. Aitana, a pesar del cariño con el que él la mira, cuando no le ve, es algo arisca con su hermano, y está bastante enfrascada tecleando en su móvil, por lo que tampoco participa demasiado, salvo alguna pregunta a Andrea, ya que parece ser que ha visto varios vídeos de su canal.

—¿Y si os venís con nosotras? —propone mi amiga—. Vamos a pasar el día por Trujillo, conociendo el lugar, y supongo que comeremos por ahí.

—No suena mal —contesta Sergio.

—Por mí encantada, podríamos compartir algún postre otra vez. —Le sonrío.

—Vaya mierda, ya podrías haberme llevado a algún sitio con playa —añade Aitana.

—Esa boca, hermanita —replica Sergio, fulminándola con la mirada.

—Bueno, al menos tienes amigas interesantes —indica mirando a Andrea—. Mejor que soportarte a ti solo, seguro que es.

Me aguanto la risa como puedo ante las pullas constantes que ambos se lanzan. Me produce mucha curiosidad esta chica. A pesar de lo colorido de su atuendo y de su divertida forma de expresarse, sus ojos parecen esconder algo, un deje de tristeza que se oculta con rapidez.

Dejamos tiempo a la recién llegada para que se instale en su habitación y, un rato más tarde, salimos los cuatro juntos a conocer el lugar.

—¿Dónde vamos primero? —pregunta Sergio, con la mirada fija en una guía que le ha facilitado la recepcionista.

—Si os parece podemos pasear por el centro y tomar algo en la Plaza Mayor —sugiero yo entusiasmada.

—Si no os importa —interviene Andrea—, podríamos pasar de camino, después de recoger a Jairo, que me ha dicho que está escribiendo enfrente del Mirador de las Monjas.

—Ese es el escritor, ¿no? Está cañón.

—¡Aitana! —reprende Sergio.

—¿Qué pasa? Ya sé que está cogido por esta, pero lo vi hablando en un vídeo y no está nada mal.

Con disimulo, agarro la mano a Andrea para que no sea demasiado borde con ella. Sin embargo, veo que le pasa lo mismo que a mí, que le hace gracia su forma de ser y no está ofendida.

Intercambiamos una sonrisa y, tras la aprobación de Sergio ante mi sugerencia, continuamos caminando.

Tras pasear por diversas calles de la ciudad, siguiendo las indicaciones de Andrea, subimos varias cuestas hasta que nos encontramos a Jairo totalmente concentrado, sentado en unos

escalones, tecleando a una velocidad casi inhumana. Ante el sonido de nuestras voces, frena, levanta la cabeza y clava su mirada en nuestro grupo.

Andrea y él se saludan efusivamente, cuando por fin se separan, revuelve mi mata de pelo y procedo a presentarle a nuestros acompañantes.

—En persona estás mejor aún —suelta Aitana con descaro—. ¿Me firmarías una dedicatoria?

—Que no te la cuele, que esta no se ha leído ni una etiqueta de champú en su vida.

—Sergio, déjala ya —me atrevo a decir.

Tras ponerlo al día, recoge sus cosas en una mochila, y continuamos todos juntos nuestro paseo.

Aitana, con bastante naturalidad, se sitúa en medio de la feliz pareja, agarrando a cada uno de un brazo, mientras parlotea animada sin parar.

Sergio y yo nos quedamos más rezagados, caminando uno al lado del otro. A pesar de que le conocí anoche y apenas hemos compartido tiempo juntos, me siento muy cómoda a su lado, como si le conociera de siempre.

—¿Siempre es así? —pregunto mirando a los demás.

—¿Cómo, así de incordio?

—¡No! ¿Por qué la chinchas tanto? Me refiero a así de habladora.

—Depende... la verdad que me alegro mucho de haberos conocido —dice, aunque su mirada está puesta en mí y creo que voy a sonrojarme—. Como podrás deducir, no nos llevamos muy bien, y mis padres me han encargado que la controle.

—¿Qué la controles? ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete y... mejor no perderla de vista, créeme. ¿Tú tienes hermanos?

Tras su pregunta, comienzo a hablarle de Marta, de mi familia en general y, por supuesto, aunque ya los nombré ayer, le sigo contando cosas sobre mi perrito y mis gatitas.

Cuando nos damos cuenta, estamos solos.



8

Jueves, 5 de julio de 2018

Desde mi pequeño incidente en la sala de reuniones, mi padre se ha puesto bastante pesado con que necesito un descanso. Ojalá solo fuera él. La verdad es que todo el despacho se ha confabulado para pensar lo mismo. Si se pusieran de acuerdo en todo lo demás, nos iría mucho mejor. Que no es que el bufete vaya mal del todo, pero si no fuera porque tiro del carro y les pongo las pilas, la competencia nos comería la mitad de los clientes.

¿Quién no se ha mareado alguna vez? Es algo muy habitual por calor, deshidratación, bajada de tensión... y cualquiera de esos motivos es válido y achacable a lo que me pasó el martes.

Tan relajada que es aquí la gente para otras cosas, y con esto han puesto el grito en el cielo.

No me ha quedado otra que visitar a don Agustín, médico y amigo de la familia. Por culpa de los entrometidos que me rodean, más que una consulta, esto parece un examen. Y yo no soporto perder el tiempo con este tipo de tonterías.

—Veamos —se acomoda y se ajusta las gafas mirando la pantalla de su ordenador—, según me consta, y no porque me lo cuentes tú, llevas un tiempo sufriendo temblores involuntarios, dolores de cabeza, y —añade con semblante serio— también está lo de tu desmayo. ¿Algún síntoma más que deba saber?

—No fue un desmayo —le corto tajante—, tan solo un simple mareo. En cuanto a lo demás —afirmo—, me encuentro perfectamente, no sé de dónde sacas todo eso, Agustín.

—Si te digo todo esto —insiste—, es porque tu círculo más cercano me ha informado porque está preocupado. Así que te voy a recetar lo que más falta te hace ahora mismo.

—No pienso drogarme sin motivo —le interrumpo, hastiado ya de su charla—. Bastante que he aceptado hacerme una analítica y todas esas pruebas que se te han ocurrido —me quejo mirando el fajo de volantes médicos que me acaba de entregar.

—No me refería precisamente a medicación —responde impasible—. Lo que tú necesitas es un descanso, Leo. Todo apunta a que lo que te pasa es un episodio de estrés y, hasta que tengamos resultado de todo eso, y descartemos que no tengas algo más grave, te voy a dar la documentación necesaria para que solicites la baja en tu Colegio profesional.

—¡No pienso tomarme unas vacaciones! —rujo enfurecido—. Me da igual lo que digáis, estoy en perfectas condiciones para trabajar.

Salgo de su consulta hecho una furia, dando un portazo. Que sí, que está muy bonito pensar en vacaciones y todo lo que ellos quieran, pero en la vida real no todos podemos permitirnos eso.

No es cuestión de dinero, no me va mal en el aspecto económico. Es un tema de responsabilidad, de hacer lo que hay que hacer. Estamos a primeros de julio y la mayoría ya están pensando en mojitos, mar, arena, fiestas y yo qué sé qué más.

Sin embargo, mis pensamientos son otros. Nos encontramos en un mes complicado, raro y difícil para mi profesión.

Complicado por los plazos de última hora con relación a impuestos y obligaciones fiscales. Raro porque todo el mundo piensa en las vacaciones y a la vez quieren que todo se acabe ya, como si septiembre no existiera. Difícil por el calor y por las prisas de última hora de todos los clientes que, al igual que mis compañeros de despacho, tienen la cabeza lejos de aquí.

El mes de agosto es uno de mis favoritos, aunque no por los mismos motivos que para el resto. A mí me encanta quedarme solo y trabajar a mi aire. Organizar los objetivos de septiembre, preparar futuros señalamientos, estudiar las novedades legales. Eso es lo que me llena, aunque me cueste alguna discusión con Lorena, y no me quede más remedio que coger algún día de descanso.

En ese sentido, no me importa claudicar, ya que puedo recuperar el tiempo perdido más tarde. Lo que se les ha ocurrido ahora es un disparate.

No pienso cogerme vacaciones en julio. No ahora que estamos hasta arriba.

Llego cabreadísimo a la oficina y me encierro en mi despacho. Mientras me preparo un café, llamo a Mateo.

—¿Tú estabas al corriente de esto? —increpo indignado al oír que descuelga—. ¿De quién ha sido la idea?

—Frena, Leo, ¿qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Que aquí —explico—, se ha puesto todo el mundo de acuerdo para rayarle la cabeza tanto a mi padre como a Agustín para que me coja una baja, pero —suspiro— que no piensen que voy a tramitarla.

—¿Baja? ¿Es por lo que pasó el otro día? Quizás sí que deberías tomarte un descanso.

—Lo que me faltaba. Tú no, eh —me quejo—, no se te ocurra darles la razón.

—Y... ¿tú estás bien?

—De puta madre, Mateo, de puta madre. Solo quiero que me dejen trabajar.

Porque lo estoy, ¿no?



9

—Vaya, parece que los hemos perdido de vista.

—Pues cuando Aitana engancha a alguien, no para, y parece que admira a tu amiga, así que, le va a costar librarse de ella. ¿Qué te parece si les dejamos a su aire un rato?

—La verdad es que ya estoy algo cansada de caminar.

—¿Tienes hambre? Podríamos ir a tomar algo aprovechando la parada.

—¿No nos echarán de menos?

—Bueno, ya nos buscarán o nos llamarán.

Me da la grata impresión de que quiere permanecer más tiempo a solas conmigo, así que acepto, y continuamos caminando hasta que encontramos una cafetería.

¿Conoces la sensación de esa complicidad que surge inesperada, de forma espontánea, con alguien que acabas de conocer, como si hubiera estado a tu lado desde siempre?

Pues algo así me pasa con él.

Con un par de zumos de naranja natural y unas tostadas, compartimos anécdotas de nuestras vidas, hablamos sobre nuestros amigos y familia y el tiempo de nuevo se me pasa volando a su lado.

La charla fluye distendida y de una manera muy natural, hasta que Sergio se atreve a tratar el tema de mis desvelos, o sea, el amor.

—Y, cuéntame —interroga sutilmente—, ¿hay alguien en tu vida con el que compartas postres a diario?

—Es complicado... —pienso en Raúl y resoplo—. No, ahora mismo no hay nadie.

—No sé si esa manera de decirlo podría significar lo contrario.

—Digamos que no hace mucho que mi lista de fracasos sentimentales aumentó en un número más.

Me clava su mirada mientras da un largo trago a su bebida. Tras dejar el vaso en la mesa, su mano agarra la mía, sin dejar de mirarme.

—No creo que debamos considerar las relaciones pasadas como fracasos —expone—. Más bien podríamos tomarlos como un aprendizaje.

—O tienes a alguien importante en tu vida o te tomas demasiado bien las rupturas.

Sonríe y continúa argumentando, sin soltar mi mano. El tacto es cálido, y me relaja, me hace sentir bien.

—Es cierto que en caliente todo duele más, pero me gusta ser resiliente y quedarme con las cosas buenas.

—Amén a tu actitud, yo aún estoy en la fase de querer matar a alguien —digo frustrada—. Soy una romántica incomprensida —intento bromear, para rebajar la intensidad de la conversación.

—Todos queremos ser amados. No todo el mundo lo reconoce ni lleva ese sentimiento como tú, con la bandera alzada.

—¿Y eso qué significa? —Dudo—. ¿Es bueno o malo?

—Significa que te has ganado que esta noche nos vayamos tú y yo de marcha.

—¿De marcha? ¿Vas a emborracharme para que me olvide de mis penas de amor?

—Bueno, no era mi intención, aunque si eso sirve para quitarte las ganas de matar...

—¿Y tú de qué vas a olvidarte?

—Con librarme un ratito de mi hermana me conformo —confiesa riendo.

Nuestros planes se ven interrumpidos por el sonido de mi teléfono. Por un momento dudo antes de mirarlo, por si fuera otra vez Raúl. El suyo suena a la vez.

—Nos echan de menos —dice, enseñándome una foto de su hermana con la lengua fuera en su pantalla. Tras mirar mi móvil, veo que es Andrea la responsable de mi llamada perdida.

Tras hablar con ellas, quedamos en reunirnos todos otra vez para comer.

Unas horas más tarde, en mi habitación

—¿Tienes una cita? Qué emoción, ¿no? Mira que te dije que aquí encontrarías el amor.

—¡Andrea! No es una cita, solo vamos a salir a cenar y a tomar algo.

—Llámallo como quieras, pero noto una pizquita de ¿ilusión?

—Tonterías, me cae genial, creo que podríamos llegar a ser buenos amigos.

—¿Mi eterna enamoradiza ahora se enfoca en la amistad?

—No es eso, creo que no ha nacido el insurrecto que me aparte de seguir creyendo en el amor. Mi corazón necesita un respiro.

—No te cierres, Bego —suspira—. El amor puede aparecer cuándo y dónde menos te lo esperas.

Sonríe pensando en que quizás tenga razón. Ella creía tenerlo todo perfecto, hasta que la realidad arrasó con todas sus creencias, y ahora me hace feliz verla junto a Jairo y compartir su alegría. El amor se portará mal conmigo, pero mis amigas son oro puro.



Viernes, 6 de julio de 2018

Tras mi visita médica y ante mi negativa para tomarme un descanso, el ambiente en el despacho se ha vuelto un tanto irrespirable. A pesar de la diferencia de nuestros caracteres y de la forma de enfocar la mayoría de los asuntos, solemos tener buen rollo entre nosotros.

Sin embargo, ahora hay una tensión que puedo sentir a cada paso y a cada mirada. También se nota con cada gesto o tarea que realizan mis compañeros.

Irene y Julián deberían estar ya tonteando con la idea de las vacaciones, y Ana a estas alturas ya suele suspirar y tachar con su rotulador rojo los días que faltan para cambiar su camisa y pantalón largo por vestidos y bikinis.

Nada más lejos de la realidad. Todos están más trabajadores y eficientes que nunca, atentos a mis habituales exigencias. Que no tenga que pedir las cosas elevando el tono o por segunda vez, es todo un hito que yo creía inalcanzable.

No soy tonto. No se me escapa que todo esto lo hacen porque no me ven capaz de seguir con mi rutina de siempre. Ya que no he aceptado delegar mi trabajo, intentan tenerlo todo perfecto para que no me queje ni me estrese. El caso es que me pone nervioso tanta delicadeza.

Al final voy a tener que desaparecer de aquí, porque esta falsedad y buen hacer, si es forzado, no va conmigo. Ninguno se ha dignado a decirme nada sobre sus habladurías con Agustín, y me fastidia que ahora quieran tenerme entre algodones cuando durante todo el año tengo que tirar de

ellos para que esto funcione bien.

Por eso, aunque me apasiona mi trabajo, en esta ocasión me alegro de que ya estemos a viernes y que pueda perderlos de vista hasta el lunes.

Por supuesto, del único que no me libro es de mi incondicional Mateo, que a mis espaldas ha planeado una cenita con Lorena y una de sus compañeras de bufete. Que estos dos se lleven tan bien a veces es un fastidio, puesto que esta noche me hubiera quedado bien a gusto solo en mi casa.

Por tanto, no me queda otra que comenzar la noche cenando con ellos.

—¿Y qué vais a hacer este verano? —pregunta Miriam, la amiga de Lorena.

—Pues aún no hemos reservado nada —contesta mi novia—, aunque —me mira sonriente—, quizás hay alguna sorpresita por ahí que aún no sepa.

En ese instante todos me miran esperando mi respuesta, y yo me quedo algo bloqueado, ya que estaba despistado.

—Em, no sé, creo que improvisaremos con el destino —respondo dubitativo—. Supongo que algún lugar con playa.

—Hay que ver, Leonardito —interviene Mateo burlón—, con lo bien que te expresas en el estrado y lo que te cuesta hablar fuera de tu salsa.

Tras varias bromitas dirigidas a mí y a mis despistes por parte de ambos, decido continuar hablando con Miriam, para desviar mi protagonismo de la velada.

—Cuéntanos tú —le pregunto—. Imagino que también descansarás en agosto, ¿no?

—La verdad es que no tengo grandes planes, todo depende de lo que me surja —insinúa mirando con descaro a Mateo—, pero si vais a la playa me apunto a pasar algún día con vosotros, eso seguro —exclama entusiasmada.

Que estos dos van a acabar la noche juntos no hay que ser muy hábil para deducirlo. No es ningún secreto en nuestro círculo común de conocidos y amistades que mi querido amigo es todo un donjuán. Así como tampoco es extraño que más de una amiga o compañera de Lorena caiga en sus redes. Lo bueno es que la mayoría, al igual que Miriam, conocen su forma de ser y no buscan nada más, por lo que mi colega está fuera de cualquier drama y, por supuesto, de cualquier relación seria.

Tras la cena y un par de copas, por suerte para mí, se animan a irse por su cuenta y puedo convencer con facilidad a Lorena para que nosotros nos marchemos también.

No nos acostamos muy tarde, así que por la mañana decido madrugar y adelantar trabajo para el lunes. Estoy tan concentrado leyendo una sentencia que me doy un tremendo susto con el ruido de la persiana al levantarse.

—Cariño, ¿cuánto tiempo llevas ahí? Apenas son las nueve.

—Nada, un ratito —miento, no quiero que se queje de haberla dejado sola en la cama.

—¿Qué hacemos hoy?

—Pensaba tomarme el día con calma, adelantar trabajo y quedarme en casa.

—¿Bromeas? ¡Con la temperatura tan buena que hace! ¿Qué te parece si te dejo un ratito trabajar y después quedamos para tomar el aperitivo? —propone—. ¿Crees que Mateo y Miriam estarán vivos para las doce?

Como no me puedo concentrar con su parloteo, me levanto y preparo café para los dos.

Tras compartir un desayuno rápido, continúo con mi tarea. Estoy enfrascado totalmente en la redacción de un escrito cuando Lorena se planta frente a mí y baja la tapa de mi portátil.

—¿Todavía estás así? Venga, que no quiero llegar tarde.

—Joder, nena, ¡estaba haciendo algo importante! —rujo al no tener claro si el documento se

habrá guardado—. ¿Dónde hemos quedado? ¿Y si vas yendo y ahora nos vemos allí?

—De verdad Leo, a veces eres imposible —musita y se marcha sin más.

Agradezco que Lorena no sea nada peleona ni de las que buscan discutir por todo o por nada. Ya bastantes clientes así me cruzo casi a diario. Por un momento valoro si irme tras ella, pero enseguida se me pasa la idea y vuelvo a lo mío.

Cuando el rugido de mis tripas me devuelve a la realidad, además de la necesidad urgente de mover las piernas y estirarme, ya son casi las tres de la tarde.

Estaba tan sumergido en el trabajo que había ignorado el móvil por completo, y tengo varias llamadas perdidas y mensajes.

Alegando un dolor de cabeza que, por otro lado, tampoco es mentira, rechazo la invitación para unirme con ellos a la comida.

Me tomo un paracetamol y sigo trabajando. Nadie hace acto de presencia, ni me vuelven a llamar. Supongo que ya me conocen y saben que no van a convencerme de salir, al igual que yo los conozco a ellos y sé que son capaces de empalmar la comida con unas copas, una cena y acabar de fiesta, tras todo el día en la calle.

Ya es de noche cuando no puedo continuar más y necesito un respiro. El pinchazo en la cabeza sigue ahí, como un latido molesto e intermitente.

Se me ha pasado el sábado sin darme cuenta.

«¿Estaré perdiendo el tiempo? ¿Será cierto que necesito un descanso, una desconexión? ¿Me estoy perdiendo algo, aunque no sé bien qué es?».

La idea de que quizás no sea tan mala opción la de tomarme ya un descanso cobra más fuerza en mi mente, y a pesar de no estar muy seguro de ello, decido hacer una llamada.



11

Me levanto pasadas las once de la mañana, algo nada habitual en mí, ya que, aunque esté de vacaciones, soy de madrugar y aprovechar el día. Sin embargo, estoy agotada tras aceptar la invitación de Sergio de salir de fiesta.

La verdad es que el lugar no ofrece muchas opciones, pero las que hay son espectaculares, y acabamos tomando unas copas en una discoteca con vistas a un precioso castillo, que se veía precioso con el tono anaranjado que le daba su iluminación.

Hacía mucho tiempo que no me reía ni bailaba tanto. Desde que Andrea se mudó de nuestra ciudad, ya no salgo tanto como antes, ya que nuestra otra mejor amiga y compañera de correrías, Vero, se encuentra muy ocupada con su trabajo como entrenadora personal, y lleva una vida bastante enfocada en el ejercicio y la vida sana, en la que, salvo algún día que salimos a cenar en plan tranquilo, no encajan demasiado los planes nocturnos.

Por otro lado, mi hasta hace poco pareja, tampoco era muy dado a salir, al menos conmigo, porque con sus amigos no paraba.

No me había dado cuenta de la falta que me hacía una noche así. Y Sergio ha resultado ser la compañía perfecta. Por eso no puedo evitar sonreír al ver que tengo un mensaje suyo.

«¿Aún durmiendo? ¿Compartimos el desayuno? Doble A se han aliado contra mí y hay unos croissants que gritan tu nombre. ¿Me rescatas?».

«Creo que mi estómago ha rugido al leerte, ¿quién es doble A?».

«A-itana y A-ndrea. No veas como parlotean las dos juntas. Además, creo que hoy tenemos planes sorpresa ;). Me chivan por aquí que te pongas cómoda».

«No sé qué me da más miedo, si esa alianza o la sorpresa, voy».

A pesar del cansancio, me bajo de la cama casi de un salto al leer su mensaje. Me río tras leer cómo denomina a mi amiga y a su hermana. Y la intriga por saber qué sorpresas me deparará el día, me da la energía necesaria para ponerme en marcha.

Me lavo la cara, recojo mis rizos en una coleta alta y me visto. Escojo un mono vaquero de pata corta, junto con una camiseta de tirantes roja. No sé qué haremos, dudo un par de segundos y descarto unas sandalias para ponerme mis *Converse* blancas y rojas.

En la cafetería me encuentro a las dos chicas partiéndose de risa y a Sergio callado, ensimismado, sujetando una taza.

—¡Buenos días, dormilona! —exclama Andrea al verme—. ¿Lista para la aventura o tienes resaca?

—Resaca nada, que apenas tomé alcohol —respondo—. Y estoy deseando descubrir ese misterio, aunque —bostezo—, antes necesito un café.

—Que te hayas llevado de fiesta al muermo este es todo un milagro —ironiza Aitana.

—Oye —replica intentando darle una colleja—, no querrás que mi hermanita pequeña sepa lo que hago de fiesta, ¿no?

—Anda, no empieces —intento poner paz—. Voy a pedir mi desayuno.

Tras obtener mi bebida, me siento en la silla libre al lado de Sergio y, siguiendo nuestra costumbre ya instaurada, compartimos un croissant que está delicioso.

—Te has llenado de migas —dice, limpiándome con una servilleta.

Me estremece la delicadeza del contacto de sus dedos, a través del papel. Nos quedamos mirándonos, sonriendo, por unos segundos, hasta que la llegada y la voz de Jairo nos interrumpe.

—¿Os queda mucho? —pregunta—. Por ir sacando el coche.

—Ah, no, conduzco yo —interviene Andrea. Esa es su eterna discusión: el puesto de conductor o de copiloto.

—¿Nos vamos en coche? —interrogo a ambos—. ¿No nos quedamos en Trujillo?

—Tranquila, el lugar al que vamos solo está a una media horita, y te va a encantar —me convence mi amiga—. Vamos todos en el mismo vehículo, ¿no? —consulta mirando a los demás.

Tras sus respuestas afirmativas, nos ponemos en movimiento, rumbo a nuestra aventura.



Sábado, 7 de julio de 2018

En realidad, hago varias llamadas. La primera a Ana. Al principio se asusta un poco de que la llame un sábado por la noche y teme que me haya pasado algo malo. Aunque se asombra más aún cuando le digo que me voy a tomar un par de semanas libres y que organice lo que quede pendiente en mi agenda hasta final de mes para que se encarguen mis compañeros.

Creo que se ha quedado con ganas de preguntarme si estoy borracho o febril, pero se contiene. Aún no se ha acostumbrado a mis gritos o mis reacciones. No soy mala persona, solo que tengo mi carácter y no siempre los demás lo entienden.

Después hablo con Lorena. Le cuento que he decidido marcharme unos días, que necesito un respiro. Se queja un poco, ya que ella tiene varios asuntos que no puede aparcarse y no puede descansar hasta agosto. De todas formas, tampoco llegamos a discutir. No le detallo demasiado, porque quedamos en vernos al día siguiente.

Una parte de mí se ve levemente ilusionada por este arranque de desconexión que me ha dado. Se lo comunico a mis padres, quienes, conocedores de los consejos del Dr. Agustín, no pueden fingir su alegría por mi ocurrencia.

Y, por último, se lo cuento a Mateo, a quien no es necesario empujar mucho y le falta dar saltos de alegría y maquinarse planes como un loco.

—Tío, ¿te has dado un golpe en la cabeza!? ¿Quién eres y qué has hecho con mi Leo? Esto se

merece un brindis, no, esto se merece una fiesta o —dispara sin parar—, mejor aún, ¡nos vamos juntos!

No entraba en mis planes un viaje de amigos, pero cualquiera le baja revoluciones. Aún no nos hemos ido, ni siquiera tengo claro el destino y ya me estoy arrepintiéndome. No me queda otra que darle una respuesta afirmativa.

El domingo lo paso entero con Lorena. No hacemos nada especial, solo pasar tiempo juntos, con calma, aprovechando la libertad que proporciona el último día de la semana, la recarga de pilas hasta la llegada del lunes. No sé si es que quiere librarse de mí, pero ella también está contenta con mi decisión de tomarme unos días.

«¿Tan prescindible soy? ¿Tanto amarga mi presencia a mi entorno?». No puedo evitar plantearme por un segundo esas absurdas cuestiones, aunque las borro con rapidez de mis pensamientos.

El lunes hago acto de presencia en la oficina. Cuando llego, Ana ya ha hecho los deberes. Ha reasignado mis reuniones programadas, ha presentado los escritos que tenía pendientes, los que yo le envié el sábado por email, y ya lo tiene todo listo para que pueda marcharme.

Me entran las dudas de si estaré haciendo lo correcto. Total, queda nada para agosto, y habrá mucho menos lío.

«¿Por qué ese arrebató repentino? Yo no soy así. Quizás sería mejor esperar».

El ruido mental cesa con las preguntas de Ana, que se esfuerza en que todo quede bien detallado y resuelto, para que me largue de una vez.

El alboroto en la oficina nos interrumpe. El galán ha llegado y entra en mi despacho sin llamar.

—Leo, Leo, Leo, ya tengo el plan perfecto —exclama entusiasmado—. Tranquilo, que sé que tu rubia te va a hartar a días de playa y tengo un destino perfecto, de esos tranquis que a ti te gustan.

—Te veo muy embalado, ¿no?

—Ana —responde ignorándome—, espero que tranquilices a este cabeza hueca antes de que cambie de idea, que mañana nos vamos.

—A sus órdenes, será un placer encargarme de todo. —Ríe la traidora—. Bueno, ¿seguimos hablando más tarde? —se dirige a mí.

—No, este energúmeno que se tome algo y espere —replico—. Mateo, si me disculpas, tengo mucho que organizar hoy.

—¿No me vas a preguntar los planes?

—Casi que ni me atrevo.

—Me vas a escuchar igual... ¡Tachááán! Nos vamos a... ¡Cáceres!

—¿A Cáceres? ¿Y qué se nos ha perdido allí?

—Eres tú el que está perdido, querido amigo, pero allí te vamos a encontrar.

«¿En qué momento creí que sería un buen plan poner mi escapada en sus manos?».



13

—Vaya, esto es flipante —alego extasiada, tras ver los idílicos paisajes del Parque Nacional de Monfragüe—. Así que este era tu destino secreto —confirmando mirando complacida a Andrea.

—De puta madre —suelta Aitana al bajarse del coche—. En pleno verano y a pasear por el monte, si es que tenéis unas ideas.

—Monfragüe no es el monte —comienza a explicar Jairo mientras nos acercamos al lugar—. Se trata de un espacio único y protegido, Reserva de la Biosfera, además de uno de los bosques más grandes y mejor conservados de Europa.

—Vamos, que me vais a hacer andar tela —se queja, y a Sergio y a mí nos da la risa.

—No seas quejica, hermanita —le guiña un ojo burlonamente—, y disfruta de la naturaleza.

Mientras paseamos, Jairo, que parece que se ha estudiado bien el tema, nos sigue contando curiosidades sobre la riqueza del paisaje, como que el nombre del parque proviene de la cultura romana, ya que hace referencia a su *Monsfragorum*; «Mons», que viene de monte y «fragorum» que hace referencia a un monte denso, aunque a lo largo del tiempo ha sufrido variaciones, como el nombre de *Al-Mofrag*, que significa el abismo, dado lo escarpado de su relieve, y que lo mantuvo mientras que estuvo bajo dominio musulmán.

Dado su oficio de escritor, se suele documentar bastante sobre los sitios que visita o incluye en sus historias, por lo que, en su afán por compartir conocimientos, se emociona hablándonos de los relieves y los tipos de formaciones rocosas.

Contemplo maravillada todo el entorno, escuchando con entusiasmo todo lo relativo a los

animales, especialmente a las aves, y pongo especial interés cuando nos cuenta las diferentes especies que podemos ver.

Aplaudo la advertencia de Andrea de ponernos ropa cómoda, puesto que, además de andar bastante, realizamos el ascenso hacia un castillo.

Andrea, aunque ya no viva tan enganchada a las redes sociales, no puede evitar ir grabando y haciendo fotografías. Aitana, entre queja y queja, se ha agarrado del brazo de Jairo, muy atenta a sus explicaciones, aunque a ratos se abanica con las manos exageradamente, y ya se ha bebido su agua y parte de la nuestra.

Tras subir por una montaña muy rocosa, y posteriormente unas empinadas escaleras, unos cuantos bufidos y resoplidos más tarde, llegamos a un mirador en el que hay situado un torreón y una ermita.

Desde aquí se puede contemplar un estupendo paisaje. Además del río Tajo, lo más destacable son la cantidad de buitres que sobrevuelan nuestras cabezas, casi al ras de las mismas.

Entre risas, mis dos amigos comparten un recuerdo relacionado con estos animales, aunque vivido en otro lugar y circunstancias. Aitana se sienta, casi desplomada, tapándose la cabeza para que, según ella, los pájaros no la despeinen.

—Me parece que también vamos a tener que compartir el agua —afirma Sergio mostrándome su botella vacía—. Esta —señala a su hermana— no me ha dejado ni gota.

—Te estás acostumbrando tú mucho a compartirlo todo, ¿no? —bromeo rebuscando entre mis cosas—. Menos mal que soy precavida.

Al acercarme a él para pasarle mi botella, piso una piedra, dando un traspiés. Agarra mi mano con una de las suyas, posando la otra en mi cintura.

Permanecemos así, unidos, mirándonos por unos instantes, hasta que carraspeo y me aparto. Me da la sensación de que va a besarme. No lo creo, ¿no? No he visto ninguna señal suya que me dé a entender algo más que amistad, ¿o quizás sí?

No es que me haya sentido incómoda, su agarre es suave, pero firme, y me inspira confianza. Sin embargo, en caso de que decidiera besarle, en ese hipotético caso prefería que estuviéramos a solas.

Por otro lado, este lugar es idílico para un primer beso.

«Céntrate, Bego. ¿En qué momento te has planteado algo así?».

Suerte que Sergio no ha dicho nada más y se ha quedado embobado mirando un gran buitre leonado que se ha posado en una roca cercana.

Andrea interrumpe el momento para animarnos a descender e ir a tomar algo.

Dentro del parque hay un restaurante, en el que nos detenemos para reponer fuerzas, ya que para llegar hasta él hemos tenido que atravesar un bosque lleno de diferentes especies de árboles, sobre todo encinas y robles, según nos informa Jairo.

—Madre mía, este lugar es ideal —exclamo agotada, recostándome en la silla.

—Yo tengo bastante material para mi novela con esto —añade Jairo—. Menuda inspiración de sitio.

—Pues me alegro de que os haya gustado porque hay mucho más.

—Ni de broma —replica Aitana—. A mí llevadme ya al hotel.

—¿Hoy no tienes ganas de fiesta, hermanita?

—No vamos a ver nada más hoy, tranquilos —aclara Andrea—. Ahora os presentaré a alguien. Te van a encantar las próximas actividades, Bego.

Después de comer nos dirigimos a una pequeña cabaña rural, en la que nos recibe con alegría Martín, un joven muchacho moreno y bajito, de pelo negro muy rizado y grandes ojos también

negros.

—¿Quién fue la señorita con la que hablé? —pregunta al ver a todo el grupo—. Tenemos que formalizar la reserva de los días que van a acudir y el número de personas que participarán.

Andrea se presenta como su interlocutora telefónica y por fin me desvela su sorpresa, que básicamente consiste en no dejarme descansar casi ningún día de los que vamos a estar por aquí, pues ha contratado múltiples actividades: paseos en 4x4, avistamientos de aves, rutas a caballo, noches tematizadas y no sé qué más, porque el chico me está abrumando con tantos folletos que ha puesto sobre mis manos.

—Entonces, ¿apunto a cinco personas?

—No —se disculpa Jairo—. Este plan lo orquestó Andrea para vosotras, yo tengo que centrarme en la novela.

—Yo paso —musita Aitana—. Me he cansado solo de oírlo hablar.

—Pues, en ese caso, yo creo que tampoco —duda Sergio—. No voy a dejarla sola tantas horas.

—Si es por eso, aunque estaré ocupado escribiendo, le puedo echar un ojo.

—Eso, hermanito, que yo me cuido sola, que me cambie el pañal el amigo escritor.

—Si a Andrea no le importa —intervengo—, podrías unirte.

—No se hable más —resuelve—. Apúntanos a los tres.

—Perfecto, aquí les espero mañana a las diez para la primera actividad. En la documentación llevan, además de los horarios, las recomendaciones propias de cada una de ellas. No se preocupen si no cuentan con vestimenta adecuada, aquí pueden alquilar todo lo necesario.

Tras coger todo lo que nos entrega y despedirnos, ponernos rumbo al hotel, donde espero tomar un té e irme a descansar tras un día genial, aunque, por lo visto, parece que mi día no iba a acabar tan bien como esperaba.



Martes, 10 de julio de 2018

Trujillo. Ese es nuestro destino. De verdad que yo no sé en qué momento me pareció que esto era una buena idea. Fiarme de Mateo, decir que sí a sus planes y despedirme del trabajo durante dos semanas. ¡Dos semanas! No, definitivamente esto ha sido una pésima decisión.

Tal es su emoción por que pasemos juntos «unos días de tíos», como él lo denomina, que no expresaré mis pensamientos en voz alta. Al igual que tampoco tiene por qué saber que en mi maleta llevo el portátil y una guía jurídica nueva que no he tenido tiempo de estudiarme y que me va a venir genial para el viaje.

Tentado estoy de darme la vuelta cuando lo veo aparecer en la puerta de mi casa con dos maletas, despeinado y sonriente.

—¿Preparado para la aventura? —suelta mientras bosteza—. ¿Conduces tú? Ayer tuve una noche movidita.

—Mejor, así te duermes un rato. Luego te espabilas y conduces tú, anda que no has podido buscar un destino más lejos —me quejo guardando sus maletas.

—No seas aguafiestas, verás como te encanta todo lo que tengo preparado. Además, lo del sitio ha sido idea de Julián, ya que teníamos puntos acumulados por las estancias en otros Paradores y esto salía genial de precio.

Afortunadamente, se duerme a los cinco minutos de arrancar. No tengo ganas de aguantar su

incesante charla desde tan temprano. Prefiero poner la radio a un volumen bajo y centrarme en la carretera y en mis pensamientos.

Casi tres horas más tarde se despereza pidiendo café y algo dulce, por lo que decido que es buen momento de parar.

Quizás debería intentar cambiar mi actitud, pero no estoy de humor. Me siento como si estuviera enfadado a pesar de que nos vamos de vacaciones. Tengo ganas de llegar y pegarme una ducha. No obstante, no es eso lo que me pasa. Es como una vocecilla molesta, un murmullo instalado en la parte interna de mi pabellón auditivo, que me recuerda que debería estar trabajando.

Dicen que el cerebro, cuando tienes cosas pendientes, no es capaz de olvidarlas, y te mantiene alerta por ellas, y solo las almacena y, momentáneamente, las olvida, cuando se han cerrado del todo, con el fin de ocupar tu mente con nuevos asuntos.

Me imagino mi cabeza como una gran caja, llena de carpetas rebosantes de papeles. Algunas de ellas están bien ordenadas, cada folio está cuadrado con el resto al milímetro, por lo que, salvo que se tuerzan, ni las miro. En cambio, la mayoría de ellas están abiertas, esperando a ser resueltas. Diría que hasta se empujan unas a otras para conseguir prioridad. Y cuando chocan entre ellas, es cuando percibo ese irritante zumbido que me taladra. No puedo explicar esto en voz alta, porque nadie lo entendería. Lo máximo que puedo compartir es que me cuesta desconectar del trabajo, porque considero que hay que controlarlo todo.

Por eso, agradezco que Mateo se haya tomado este rato de descanso para poder poner en orden mis ideas.

Tras calmar sus ansías de dulce y tomarnos un par de cafés, reanudamos la marcha. En esta ocasión tomo el puesto de copiloto y me permito dormitar un poco, aunque sin llegar a dormirme del todo.

—Leo, ya estamos llegando a Trujillo —me informa Mateo sacudiéndome—. Ve despertando.

Parece ser que sí me he quedado dormido, porque ya es casi de noche. Me duele todo el cuerpo de llevar tanto rato en el coche, y me gustaría repasar mi correo y revisar el ordenador un rato antes de dormir, por lo que necesito llegar cuanto antes.

No soy amante de los grandes lujos, ni considero que me hagan falta. Sin embargo, sí que exijo un mínimo de calidad y, aunque en su puerta tenga marcadas cuatro estrellas, me da mala impresión la fachada de piedra. Sin duda preferiría algo más... urbano. Además, las calles que hemos cruzado hasta llegar aquí son demasiado estrechas.

—¿Dónde piensas aparcar aquí? Si no hay sitio —resoplo.

—Tranquilo, Ana me ayudó con la reserva y se encargó de solicitar una plaza —asegura buscando en su móvil—. Es la número cinco.

Me bajo del coche para comprobarlas, cuando veo que esta ya se encuentra ocupada, y que no hay ninguna más disponible.

—Pues me van a oír —afirmo indignado.

A grandes zancadas, atravieso la puerta del hotel y me dirijo a la recepción.

—¿¡Podéis localizar al dueño del puto Lexus que hay en mi plaza?! —grito—. ¡Tengo la plaza reservada, no me jodas! Mi asistente lo dejó bien claro.

—Disculpe, ¿ha anotado la matrícula? Es para comprobar si pertenece a uno de nuestros huéspedes.

—¿Cómo que si he apuntado la matrícula? —exclamo más enfurecido a la incompetente que me está atendiendo—. Haz bien tu trabajo y lo que tienes que hacer es buscarme a mí.

—Sí, sí, claro. ¿Su nombre es?

—Leonardo Márquez Soto.

—Un momento, por favor.

—Efectivamente, tiene la plaza reservada. Voy a intentar localizar al dueño de ese coche.
Pues sí que empezamos bien aquí. Maldito Mateo y sus ideas.



15

A pesar de que todos han decidido retirarse a descansar a sus habitaciones, yo opto por quedarme un ratito más en la cafetería. Estoy comenzando a adorar este lugar.

Cuando estoy disfrutando de un té de jengibre y unas pastas de frambuesa, un griterío en la zona de recepción llama mi atención. Parece que un señor está dando voces como un loco.

Ya que se ha cargado mi calma, acabo con rapidez y decido irme. Intento dirigirme a mi habitación cuando la recepcionista se acerca a mí apurada.

—Perdone, señorita, usted se marchó del hotel y regresó con otros clientes esta tarde, ¿me puede indicar cuál es su coche?

—¿Tú eres la que ha invadido mi espacio? —Se acerca el gritón, apuntándome con el dedo.

Me giro hacia él y su mirada me provoca un escalofrío instantáneo. Sus ojos claros, a pesar de ser fríos como el hielo, parecen desprender fuego, y me quedo sin palabras. A pesar de ser una noche bastante cálida de verano, se encuentra vestido con un traje completo de chaqueta. Su nariz afilada y su mandíbula angulosa, enmarcada por una barbita castaña perfectamente recortada, le profieren un aspecto amenazante, aunque no dejaré que me intimide por ello.

—Te estoy preguntando, niña. ¿Acaso te ha comido la lengua el gato?

«¿Niña? ¿Qué se habrá creído este maleducado?».

Ignorándolo, respondo a la pregunta de la chica.

—Sí, hoy salimos de excursión. El coche de mi amiga es un Lexus gris, no me sé el modelo ni la matrícula. ¿Hay algún problema?

—Lamento el inconveniente que les pueda causar, pero las plazas de aparcamiento del Parador son muy limitadas, y, salvo que estén vacías, funcionan bajo reserva. ¿Me puedes confirmar si tenéis?

—Esta tía no se entera de nada. Y tú, ya lo has oído, me vas moviendo vuestro coche que no tengo toda la noche —espeto indignado—. Yo no sé a qué mierda de sitio me han traído —farfulla entre dientes.

Ambas nos miramos atónitas ante su lenguaje, sin saber cómo responder.

—Lo siento, yo no tengo las llaves, ni siquiera conduzco. Me comunico con mi amiga enseguida —respondo tocando mis bolsillos, hasta localizar mi teléfono—. Vaya, no tengo batería.

—No se preocupe, podemos intentar hablar con ella a través del servicio de habitaciones.

—No, no, yo me encargo.

Tras lanzar una última mirada al individuo que ha conseguido alterar mis nervios y fastidiar mi noche, me dirijo a la habitación de Andrea. Por suerte, mi amiga baja para ocuparse del asunto y yo puedo retirarme a descansar. Mañana será otro día.



16

Después del desagradable incidente de ayer, ya le he tomado manía al sitio. Me levanto temprano. Mateo ni me ha llamado ni ha pasado por mi habitación, por lo que seguro que estará durmiendo. Aprovecho para coger mi portátil y marcharme a desayunar.

Pienso en hacerlo en la cafetería de este hotel, pero prefiero buscar otro sitio. No me apetece encontrarme a ninguna de las impresentables que tuve el disgusto de conocer ayer. Aunque tengo que reconocer que la mirada desafiante que escondían los ojos marrones de la chica de pelo rizado llamó mi atención.

A pesar de estar en verano, hace algo de fresco esta mañana, por lo que la chaqueta beige de mi traje de lino no me sobra. Al contrario, agradezco habérmela puesto.

Si el plan de Mateo era encontrar un sitio tranquilo, desde luego que ha cumplido con su objetivo. Recorro varias calles estrechas empedradas sin cruzarme a nadie, esto parece un laberinto.

Cuando por fin llego a una calle más amplia, lo único que hay son árboles y casas bajas. Al menos aquí hay acera. Tengo que caminar por lo menos diez minutos dando vueltas hasta encontrar un bar.

En el interior hay varios hombres hablando con énfasis de fútbol, por lo que decido sentarme en la terraza, donde una señora bastante amable me sirve café y tostadas.

La única persona que comparte este mismo espacio resulta estar enfrascado en su portátil. Tras sentarme en una mesa cercana, lo saludo levemente con la cabeza y me dispongo yo también a

hacer lo mismo.

Una chiquilla escandalosa de pelo morado y vestida de colores imposibles interrumpe mi calma. Espero que se larguen pronto, ya que se sienta junto a él y no para de hablar y desconcentrarme.

Como segunda interrupción, recibo una llamada de Mateo, preguntando dónde me escondo y metiéndome prisa para que vuelva al hotel, puesto que tenemos prisa y vamos a llegar tarde.

«¿Prisa? ¿Qué pretende hacer ahora y adónde vamos?».

—¡Tienes que cambiarte! —ordena al verme llegar—. No sé de dónde sales, pero no puedes ir así vestido —desaprueba mirando mi traje.

—No me jodas, Mat, tú vístete como te dé la gana —espeto indignado—. A mí déjame a mi aire.

—No hay tiempo de discutir —replica—. Ponte unos vaqueros, si no tienes, te presto unos, y unos zapatos cómodos, que nos esperan.

No tengo ganas de discutir, ni me fío para nada de la locura que se le habrá ocurrido. Intento recordar que estamos de vacaciones y debo dejarme llevar, así que le hago caso.

Suerte que decidí meter alguna ropa más informal en la maleta, y, tras vestirme con unos vaqueros azul oscuro, una camisa roja de cuadros y los zapatos más sencillos que tengo, busco a mi amigo que ya me espera impaciente.

—Vamos guaperas, nuestra cita es a las diez.

Casi que me da miedo preguntar qué es eso de cita y con quién.

«Recuerda, Leo, estás de vacaciones, relájate».

Soporto con verdadera paciencia los berridos de Mateo mientras canta, o debería decir destroza, las canciones de la radio. Al menos el trayecto hacia el destino misterioso no es muy largo, y los paisajes que descubro al llegar, tengo que reconocer que me dejan con la boca abierta.

Soy una persona completamente urbanita. No soy de los que sufren de la contaminación, ni se agobian por el tráfico o por el bullicio de la ciudad. Al contrario, aprecio vivir así y me desenvuelvo con facilidad en mi entorno.

En cambio, la naturaleza me abruma. Entre mis planes ideales no caben los días de playa, de paseos por el monte o perderse en un bosque. Yo me abrazo a mi taza de café, y lo de arrimarse a los árboles lo dejo para otros.

Sin embargo, he de recordarme que me encuentro ante un nuevo proyecto de Leo, y si la forma de cargar mis pilas y volver a la oficina siendo el depredador de siempre es esta, pues allá vamos.

Podría creer que vamos a hacer senderismo, respirar aire puro, sentarnos en una roca, adorar el suelo que pisamos y todas esas mierdas que se dice que sirven para reconectar con uno mismo. Lo que no me imaginaba es todo el tinglado de actividades que tiene planeadas mi supuesto salvador de la asfixiante rutina.

—Bienvenidos al Parque Nacional de Monfragüe —anuncia un chaval bajito, dándonos paso hacia una especie de cabaña—. Poneos cómodos, por favor —solicita con amabilidad, señalando un viejo sofá que debe haber visto tiempos mejores—. El resto de los participantes deben estar al llegar. Cuando estemos todos os explico y os entrego el material necesario.

—¿Participantes de qué? —pregunto al ver la sonrisilla de Mateo—. ¿A dónde me has traído? ¿Qué material?

Sin responderme, alcanza un papel de una mesa y me lanza un folleto.

—¿Caballos? —exclamo—. Ni loco me subo a un bicho de esos.

—Están totalmente preparados para ello —interviene el chico—. Nuestros ejemplares realizan rutas a diario, incluso son manejados por niños —aclara ante mi cara de susto.

No me da tiempo a preguntar más cosas ni a quejarme cuando escucho unas risas acercarse.

Puedo aguantar la exasperante alegría y entusiasmo de Mateo, incluso puedo intentar acercarme a un caballo, pero lo que me encuentro al mirar hacia la puerta creo que me supera.

¿No podría haber tenido más mala suerte?



17

El desagradable incidente de anoche no fue suficiente para amargar mis vacaciones, ya que estoy bastante ilusionada con todo lo que vamos a hacer.

Me he levantado alegre y ansiosa. Hace un día estupendo, a juego con mi buen humor. Siguiendo las recomendaciones de Martín, me he vestido cómoda y ligera, con pantalones largos y unas botas, puesto que vamos a montar a caballo.

¡Lo estoy deseando! Que mi mejor amiga me conoce bien está claro, puesto que, como bien sabe, adoro a cualquier tipo de animal y es un placer estar entre ellos.

«Mucho mejor que cerca de algunos humanos», pienso al acordarme del energúmeno de anoche.

Mi amiga es un poco indecisa con la ropa, y tiene demasiada, por lo que se nos ha hecho un poquito tarde para llegar a Monfragüe.

La mañana no podría comenzar mejor. Por el camino compruebo cómo Andrea y Sergio se llevan genial y él, tras deshacerse por un rato de la carga, y no lo digo en mal sentido, sino porque cuando está con su hermana se nota, a pesar de lo poco que lo conozco, que no es capaz de relajarse, ahora está mucho más divertido. Aunque no llego a entender del todo esa gran responsabilidad que le une a ella. Quizás sea porque la relación con mi hermana es muy diferente a la suya.

Llegamos bromeando y riendo a la cabaña de Martín. Aunque ya nos comentó que, al ser solo tres, probablemente nos juntaría con más personas para crear un grupo, para nada me esperaba

quién sería uno de los otros integrantes.

Junto a un atractivo y musculado rubio, se encuentra el dueño de la mirada de ojos de hielo que anoche me jodió el día, bueno, nos jodió en plural, porque según me ha contado Andrea, le costó un rato de discusión aclarar el tema de las plazas de aparcamiento.

Me atraviesan sus fríos ojos, intercambio una mirada desconcertada con Andrea, que también le mira mal. La tensión es tal, que podríamos invitarla a pasear con nosotros y prestarle un caballo para ella solita.

Sergio, ajeno a nuestro conflicto, es el encargado de romper el hielo y saludar a ambos, estrechando sus manos con amabilidad.

El rubio, que se presenta como Mateo, y por lo que parece también ignorante de las razones del rechazo mutuo entre nosotros, igualmente saluda con alegría y nos observa con descaro, y dándonos dos besos a ambas.

Al ver que no reacciona, impulsa a su amigo a acercarse a nosotras, quien, sin hacer el más mínimo gesto para ello, responde con un escueto hola como saludo.

—Qué soso eres, Leo —dice al ver su reacción—. Un placer compartir esta aventura con más gente.

El susodicho ni se inmuta. Seguimos a Martín hacia una habitación, dónde nos proporciona todo el material para la monta y, una vez repartido, nos dirigimos hacia un establo, donde quedo maravillada al ver la variedad de caballos, y sonrío sin pensar en la desagradable compañía.

Ninguno de los presentes hemos montado nunca a caballo, por lo que Martín lo primero que hace es mostrarnos varios ejemplares para que podamos escoger y pincelarnos unas ideas básicas para iniciarnos.

Yo me enamoro de Perseo, un alazán rojo oscuro, al que me acerco con seguridad, y saludo con un susurro.

Puedo ver como el resto me miran con curiosidad, salvo el tal Leo, que alza una ceja con ¿desprecio? ¿Burla? Esa mirada es incalificable.

Martín aprueba mi actitud, mientras les explica a los demás que, antes de montar en un caballo, debemos comunicarnos con él y establecer una relación de confianza. Como licenciada en Veterinaria, mis conocimientos en etología abarcan de una forma básica el comportamiento equino, por lo que, aunque no sepa montar, sí que sé cómo comenzar a tratarlo.

—Mediante suaves caricias —continúa explicando—, podéis entablar esa conexión entre persona y caballo. También es importante —añade— que no estéis nerviosos, si tenéis miedo, el animal lo va a sentir.

—Hola, preciosa —susurra Mateo a Bruja, una yegua imponente de color negro azabache—. No pienses que me da miedo tu nombre, creo que nos vamos a llevar bien. —Esta relincha complacida.

Tras obtener el permiso de Martín, y una vez colocada la silla de montar, ambos cogemos a nuestros respectivos animales y, sujetando sus riendas tal y como nos ha indicado, los sacamos fuera del establo.

Caminamos junto a ellos, mientras el resto no acaban de decidirse y lo avasallan a preguntas.

—Disculpa a mi amigo, a veces puede ser un poco borde.

—¿Un poco? —ironizo—. Deberías haberlo visto anoche.

—¿Anoche? —interroga confundido—. ¿Ya os conocéis?

Le cuento nuestro desagradable encuentro y me sorprende riéndose a carcajadas.

—A veces es un poco huraño —explica—, no es mal tío, solo está un poco estresado.

—Pues no sé yo si esto le servirá para desestresarse —opino al ver que es el único que aún no

ha escogido un ejemplar.

Andrea y Sergio se acercan a nosotros con sus caballos ya ensillados, seguidos a poca distancia por Martín, mientras que Leo, apoyado en la valla del establo, nos observa desde lejos. Su mirada me produce otra vez escalofríos.

—Parece que vuestro amigo no se decide a montar —aclara al llegar a nuestra altura—. Sigamos, por tanto, es hora de subir.

Mateo frunce el ceño mirando hacia él, pero no dice nada, y deja que Martín continúe hablando.

—Bien, aunque puede parecer complicado, en realidad es muy sencillo. Debéis agarrar las riendas con la mano izquierda, con firmeza, pero sin tensar. A la vez, apoyáis vuestro pie izquierdo en el estribo y, usándolo como apoyo, impulsáis vuestra pierna derecha por encima. Una vez sentados, colocáis el pie derecho en su estribo correspondiente. Tened en cuenta que el caballo puede moverse mientras subís, por lo que no debéis soltarlo.

Los cuatro escuchamos con atención su explicación, que teóricamente parece muy sencilla.

Con alguna dificultad que otra, y yo gracias a la ayuda de Sergio, al final todos acabamos subidos. Martín, tras volver al establo e intercambiar unas palabras con Leo que no escuchamos desde aquí, vuelve con otro caballo, al que se sube con agilidad.

Con un trote suave, recorreremos diferentes senderos. Estar en un lugar tan verde y hermoso me produce una inmensa paz, aunque en más de una ocasión casi me caigo del caballo de la risa, al ver a Sergio hacer el tonto.

—Miradme, ¿no os parezco un galán de Pasión de Gavilanes? —pregunta aligerando el paso—. Esto está dominado —chulea tirando de las riendas y adelantándose a todos.

—Lo estoy pasando genial —afirmo mirando a Andrea que, aunque no estaba muy segura al principio, no va mal—. Gracias por estos planes.

—Lástima que Leo ni siquiera haya querido intentarlo —añade el rubio—. Creo que a mí no se me ha dado tan bien convencer a mi amigo.

—Mejor —murmuro. Aunque por su mirada sé que me ha oído.

—Bego... —replica Andrea.

—¿Qué? Si es un borde, como si a ti te hubiera caído bien.

—Quizás es que no lo conocimos en las mejores circunstancias. Lo raro es que haya venido aquí para al final irse. —Se encoge de hombros.

—No os preocupéis —interviene Martín acercándose a nosotros—. Le he dado indicaciones sobre cómo llegar a uno de los restaurantes del parque. Según me ha dicho os esperará allí.

—¿Coméis con nosotros? —pregunta Mateo.

—Contigo sería un placer —respondo con sinceridad, porque me ha caído bien—, pero tu amigo cuanto más lejos mejor.

—Oh, vamos, no seas tan seca.

«¿Y a esta que le pasa ahora?».

—Está bien, nos apuntamos, ¿verdad, Sergio? —sentencia Andrea sin esperar su respuesta.

Yo la mato.



18

¿En qué momento creí que sería buena idea hacer caso al puto Mateíto?

Tenía intención de seguir adelante con sus actividades, intentar relajarme y disfrutar de la desconexión, pero ha sido ver delante de mí a esas dos locas y venirme abajo.

Especialmente por la del pelo rizado, la tal Bego. No soporto su mirada descarada de perdonavidas, como si yo le hubiera hecho algo, solo por reclamar una simple plaza de garaje que, además, tenía reservada.

Cuando se ha quedado mirándome así, sin bajar la mirada, por un momento me han dado ganas de meter mi mano entre esos rizos salvajes y devorar esos labios tan apetecibles, callándola con un beso. Porque sí, estoy tremendamente jodido, ya que me cabrea tanto como me atrae su presencia. Sobre todo, el hecho de que no se intimide ante mi mirada, esa que suele hacer que los demás bajen la cabeza al instante.

Ha sido verla, acercarse a ese caballo y susurrarle mientras le acariciaba la crin y se me ha puesto dura, tanto que he tenido que alejarme y disimular.

Reconozco que tampoco es que yo sea muy amante de los animales. Se me suele dar bien captar a las personas, es parte de mi trabajo analizar tanto su forma de hablar como su lenguaje corporal, algo muy válido cuando tengo que enfrentarme a los letrados contrarios en un juicio. Sin embargo, los animales para mí son todo un misterio indescifrable, que no me ha preocupado ni atraído hasta ahora.

Estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de montar en uno de esos dichosos caballos. Desde lejos

he visto cómo ese páfilo que las acompaña la ha ayudado a subir y he podido comprobar su destreza, así que he optado por alejarme.

Paso de hacer el ridículo. Mateo, como en cualquier lugar donde llega, estaba en su salsa. A veces envidio su capacidad innata para adaptarse a cualquier persona, lugar o situación, sobre todo si alguien del género femenino anda cerca.

Ya que pienso en animales, si tuviera que compararlo con alguno, sin duda sería un camaleón.

Entre mis dudas, mi cabreo, mi impacto al volver a verla y mi negativa a pasear con ellos, he acabado aquí solo, bebiendo cerveza y esperando a que Mateo vuelva de hacer amigos.

Tres jarras más tarde, por fin, aparece. Aunque no viene solo. Se los ha traído a los tres. Debería haberme pillado un taxi y pirado al hotel, al menos habría aprovechado el tiempo.

—Buah, estoy sediento. Habrás dejado cerveza para los demás, ¿no? —bromea Mateo acercándose y buscando al camarero con la mirada—. Venga, sentaos, no seáis tímidas, Amazonas y Gavilán.

No tengo ni idea de por qué los llamará así, pero me exaspera que sea tan sociable y tenga que entablar relación justo con esta gente tan desagradable.

Se sientan todos y, tras pedir unas bebidas, empiezan a comentar anécdotas sobre su paseo entre risas. No sé qué me pasa, la complicidad entre Bego y su amiguito me pone muy nervioso. Se cuchichean, se tocan las manos, se sonríen y yo me pongo de más mala hostia. Ante cada gesto entre ellos bebo otro trago, así que mi cerveza se acaba pronto.

—Joder, Leo, menos mal que puedo conducir yo.

—Olvídame, Mat.

—¿Por qué no has montado a caballo? —me pregunta la loca de pelo anaranjado—. ¿Te da miedo?

—No soy muy de tratar con animales —murmuro—. Se me dan mejor las personas.

—Quién lo diría —replica Bego mirándome fijamente. Sus grandes ojos y sus rizos despeinados me dejan sin respiración.

—Que se me den bien no significa que tenga que aguantar las borderías de cualquiera.

Me mira con la boca abierta, apoyando sus brazos sobre la mesa y acercando su rostro al mío.

—Desde luego que si te diriges a la gente cómo tú hiciste, muchas ganas de ser simpática no quedan.

Su amigo la agarra del brazo, interrumpiendo nuestro duelo de miradas y haciendo que se aparte hacia atrás.

—¿Podemos olvidar el episodio de ayer? —interviene, como si él tuviera algo que decir.

—Brindo por eso. —Alza su jarra Mateo. Los demás lo imitan. Pero yo no cedo y ella tampoco. Coge su zumo y da un trago, sin dejar de mirarme.

Ambos comemos en silencio, mientras los otros intentan romper un poco la tensión y hablan de todo un poco. Mis respuestas, al igual que las suyas, apenas son monosílabos o ligeros asentimientos.

—Mañana no tienes excusa, amigo. Vamos a hacer una ruta en 4x4 —explica Mat—. Nada de animales de cerca, solo veremos pajaritos de lejos.

Estoy a punto de negarme, cuando Bego por fin interviene entusiasmada.

—¡Qué ganas tengo! Me encantan las aves y, según ha dicho Martín, podremos ver muchas especies diferentes.

—Bueno, si es de lejos y sentado en un coche, acepto.

Cuando sonrío aparece un hoyuelo en su mejilla izquierda que me dan ganas de pellizcar. Ya no sé si me pone más estando enfadada o contenta, pero quizás no esté tan mal del todo acordar

esa tregua.



19

A pesar del disgusto de la compañía, la ruta a caballo resultó ser perfecta. Quizás fue porque él no vino. Sergio es tan divertido y Mateo tan gracioso que, junto a ellos y mi querida Andrea, disfruté como una enana.

El encuentro con el dichoso Leo y su actitud hastiada, como si nos perdonara la vida por respirar el mismo aire que el resto, me fastidió un poco, pero el entusiasmo por lo que vamos a hacer hoy consiguió apaciguarme. No sé qué me pasa con ese tío, solo lo he visto dos veces y es capaz de irritarme al máximo. Suerte que la presencia de Sergio es como un bálsamo de paz, y consigue calmarme con facilidad.

Por si fuera poco, Raúl me remató con sus llamadas por la noche. Estaba sola en mi habitación, leyendo *Sushi para principiantes* de Marian Keyes cuando recibí una de sus llamadas. A pesar de que me ha insistido muchas veces, por esta vez decidí contestar, a ver si así me dejaba en paz. Y maldita la hora, sus reproches hicieron que me ardiera el oído. Por la voz gangosa y el arrastre de las palabras, supe que estaba bebido. Y bastante.

Raúl no ha sido un fracaso amoroso más. Fue un verdadero infierno abandonar esa relación. Él empeñado en seguir, a pesar de que estaba claro que lo nuestro no iba bien, y yo empeñada a su vez en intentarlo, por mi eterna lucha por encontrar el amor al precio que sea. Eso nos hizo meternos en una espiral de mutua destrucción que, afortunadamente, paré. O al menos lo intenté, porque él no se ha tomado nada bien que la ruptura fuera definitiva, tras tantas idas y venidas. Nunca ha llegado más allá del acoso telefónico, pero anoche me dio mala espina. Le sentí más

cabreado, más desesperado que nunca, y me alegré de que estuviéramos lejos de nuestra ciudad.

Suspiro, intentando borrar esa desagradable conversación de mi mente. ¿Tan difícil es encontrar alguien a quien amar y que te corresponda? Sin duda, tengo el mejor ejemplo y a la vez las más altas expectativas.

Mis padres se adoran. Más de treinta años juntos y siempre he visto la misma mirada entre ellos. El mismo brillo en los ojos cada vez que se encuentran. Cómo se buscan en cualquier espacio, sus bromas, sus besos robados a cada momento. Hasta sus pequeñas discusiones por las cuestiones más nimias tienen su encanto. A veces creo que buscar lo mismo es una tortura para mí. Y que no todo el mundo tiene la suerte de encontrar a su persona. Sin embargo, una pequeña e insistente voz en mi interior me anima a que no me rinda, a que en algún lugar me espera ese amor que nos convertirá en uno solo y que será para siempre.

Tras mis reflexiones matutinas, me doy una ducha y me arreglo para un nuevo día. Opto por un vestido camisero azul claro. Ancho, sencillo, fresco y cómodo. Lo combino con unas sandalias romanas planas y recojo mi pelo en una media coleta.

Hoy nos espera otra de las actividades organizadas por Andrea: el paseo en 4x4 para realizar un avistamiento de aves. Vamos a ir todos juntos, ya que al final Jairo y Aitana sí se han apuntado a este plan.

Al igual que el día anterior, nos recibe un sonriente Martín, quien nos presenta a diferentes guías que se van a encargar de dirigir la visita.

La mala noticia es que, al ser cinco, tenemos que dividirnos en diferentes coches. Lo bueno es que luego disfrutaremos de una degustación de productos de la tierra todos juntos.

Siguiendo a uno de los guías, Andrea, Jairo y Aitana se marchan en uno de los coches. Los demás van saliendo en función de cuando se llenan, pues, aunque la actividad tiene una duración determinada, la gente suele llegar con retraso y, según nos cuenta Martín, es un horario flexible. Al ser más de los que indicamos al principio, no tenemos dos coches reservados completos para nosotros, por lo que Sergio y yo tenemos que esperar para acoplarnos con más personas.

Dejamos pasar a un grupo más completo, y estamos charlando sobre los caballos, ya que me quedé prendada de Perseo, y planeando si podremos montar en otra ocasión antes de marcharnos a nuestras respectivas ciudades, cuando una voz grave se cuela en mis oídos, haciendo que me estremezca y me gire.

—Hombre, el caballero andante y la susurradora de caballos. ¡Qué sorpresa más agradable! —ironiza el «simpático» de Leo.

Su mirada me atraviesa y me incomoda, dejándome aturdida, aunque reacciono cuando Mateo se acerca a saludarnos.

—¿Qué tal? ¿Vais a hacer la ruta?

—Sí, nuestros amigos se han ido en otro coche y estamos esperando para completar otro —explico.

—Anda, qué casualidad, nosotros también, y vamos los dos solos, ¿nos unimos? —pregunta y juraría que le divierte mi cara de fastidio mal disimulada y la de su amiguito.

—Por mí no hay problema —añade el traidor de Sergio, quiero pensar que ignorante de todo lo que este tipo me provoca—. Hablemos con los guías.

Y sin más, él y Mateo se marchan en su busca, dejándonos solos. Evito mirarlo, no entiendo por qué me pone tan nerviosa su presencia. No soy rencorosa, ni me gusta buscar conflictos, por lo que no pienso dar más vueltas al asunto de sus malas contestaciones y gritos por el tema del aparcamiento, pero tampoco pretendo hacerme su amiga, ni siquiera llevarnos bien o compartir el mismo espacio. Parece que el universo está en mi contra en ese aspecto.

Mis divagaciones se ven interrumpidas por una mano estirada hacia mí, que me hace alzar la vista y clavarla en ese azul de acero que irradian sus ojos.

—¿Una tregua, rizos?

—Está bien. —Me sorprendo aceptando y sin quejarme por su apelativo.

El contacto de su mano al apretar con firmeza la mía, como cierre del acuerdo de tregua, me produce una descarga eléctrica que alcanza todas mis terminaciones nerviosas, obligándome a soltarle con brusquedad, como si me quemara.

Me mira confundido, sin decir nada, y se guarda la mano en el bolsillo. ¿Habrá sentido lo mismo?

Mateo y Sergio vuelven con la noticia de que ya tenemos guía y coche asignado. El primero, sonriente y el segundo, ¿resignado? Nos miran y nos apremian a seguirlos.

—¿Estás bien? —le susurro a Sergio ante su extraña mirada—. Si quieres, aún estamos a tiempo de decir a estos dos que no.

—No, no, tranquila. Está bien así —responde, aunque no le veo nada convencido.

Nuestra guía se llama Rebeca, y va envuelta en un mono color arena con el logotipo impreso de la empresa organizadora, lleva unas botas negras estilo militar y dos enormes trenzas rubias que le llegan casi a la cintura.

Nos entrega unos prismáticos a cada uno, nos da una explicación rápida sobre su funcionamiento y nos dirige hacia el vehículo, un coche gris, muy alto y con unas ruedas enormes.

Mateo no se lo piensa, ni pregunta, ya que no le quita ojo de encima a la guía desde que la ha visto, y se sienta delante.

Sergio entra el primero a la parte de atrás y se queda sentado en medio.

—Bego, te cedo la ventana —indica haciendo un gesto para que me siente a su lado.

Antes de que entre en el coche, Leo, en vez de entrar por la otra puerta y ponerse en la otra ventana, pasa por el mismo lado, empujando a Sergio hacia la misma.

—Os cedo el puesto, yo prefiero el centro.

Preferiría ir al lado de Sergio, pero no deja opción a réplica y, como lo que más me interesa en realidad es ir pegada a la ventana para ver mejor, acepto su distribución, con lo que Sergio queda a un lado, Leo en el medio y yo a su lado. Este espacio es más estrecho de lo que parecía desde fuera, y su pierna está pegada a la mía.

—¿Preparados para el viaje?



20

Tras preguntar si estamos listos, la tal Rebeca arranca el coche. Conduce despacio, hablándonos del paisaje y, sobre todo, de los pájaros. Aunque nos habla a todos en general, la sonrisa que le dirige a Mat, sin duda, es mucho más amplia, y no creo que mirarle a él más que a ninguno de los pasajeros sea porque va en el puesto de copiloto. Sus alas de seducción están desplegadas.

No me concentro en su explicación. De lo único que me he enterado es de que las aves que hemos visto hasta ahora eran buitres negros, los más abundantes en este lugar y, por tanto, los más comunes de ver. Mi despiste se debe a que tengo pegada mi pierna a la de Bego. Su piel, blanca y desnuda, roza la tela de mis vaqueros y me pone cardíaco. Suerte que está embobada mirando por la ventana y no se da cuenta de mi escrutinio. Al tener la cabeza girada, puedo observar la piel de su cuello, plagada de pequeños lunares, que se entrevén a través de varios mechones de rizos que se han soltado de su peinado.

Esto no es habitual en mí. Estoy más que acostumbrado a estar rodeado de mujeres despampanantes, a causa del ligoteo continuo de Mateo, pero suelo ignorarlas a todas. No tanto por el hecho de estar con Lorena, que sí, que mi intención es respetarla y lo cierto es que nunca le he sido infiel, sino porque tampoco me he visto atraído realmente por ninguna.

Con ella es diferente. Odio estas reacciones que me provoca. No sé por qué se me habrá ocurrido ofrecerle una tregua. Ha sido algo espontáneo, y me ha sorprendido aceptándolo.

Sin embargo, se nota que no hay fluidez en nuestra conversación. Ella está tensa, y me temo que es porque en el fondo no me soporta, aunque no sé por qué se habrá decidido, sin pelear, a

aceptar mi compañía.

Por otro lado, su amigo, ligue o lo que sea, me mira raro, como con ¿advertencia? No me gusta su mirada y aunque no hable mucho, contribuye a tensar esta parte de atrás del coche, y ya estoy empezando a sudar.

Hacemos una parada en un mirador y Rebeca nos anima a salir del vehículo. Despliega un telescopio y nos invita a acercarnos.

—A pesar de que con vuestros prismáticos podéis observar el vuelo de las aves, si las miráis desde aquí podréis ver cómo alimentan a sus crías, apreciar el color de sus plumas y, en definitiva, contemplarlos sin interferir en su vida cotidiana.

—Vaya, es una pasada —asegura Bego extasiada—. Corre, Sergio, mira aquí.

Le pone una mano en la cintura y acerca su ojo al aparato, tal y como ella le indica. Sus roces me ponen nervioso y, como no me queda otra cosa que hacer, utilizo mis prismáticos para ver los dichosos pájaros.

Mi querido Mateo ha desarrollado un repentino interés por la naturaleza y escucha con mucha atención a Rebeca. Cuando me canso de mirar pájaros, que a mí me parecen todos iguales, me siento a esperar dentro.

Durante unas casi cinco horas, la ruta sigue la misma dinámica. Vamos recorriendo caminos y parajes y, cada diez o quince minutos, paramos para que la guía despliegue su cacharro y nos enseñe más aves. Acabo harto de oír hablar de plumas, algo que no me interesa lo más mínimo. No sé en qué momento se le ocurriría a Mateo que esto podría gustarme, pero el entusiasmo de Bego se contagia y, aunque disimule, estoy disfrutando de verla reír y dar saltitos.

Por fin llegamos a nuestro destino. En una explanada, en la que, bajo unos inmensos árboles que Rebeca identifica como encinas, hay varias mesas largas rodeadas de bancos de madera. El estómago me ruge ante el despliegue de comida que tienen ahí montado. Esto ya me va gustando más.

Mateo consigue que Rebeca se siente a su lado. Sergio se queda al lado mío y enfrente se sienta Bego junto a su amiga Andrea, que acaba de llegar con dos personas más, que resultan ser el del portátil y la escandalosa de pelo morado que vi ayer en la cafetería.

El dichoso paseíto me ha dejado hambriento, así que disfruto de la comida en silencio, con pasión, casi con gula, devorando todos los manjares que quedan a mi alcance.

Los demás picotean y, entre risas, se ponen al día. Me disperso de su conversación. Aunque no la escuche, y no solo por el hecho de tenerla enfrente, no puedo dejar de mirar su sonrisa hipnótica.

Come trozos diminutos, como un pajarillo, y no puedo evitar compararla con esas aves que parece ser que tanto le gustan.

Mateo me devuelve a la realidad, llamando mi atención, y me sorprende aceptando seguir haciendo planes con ellos.

Por lo que he podido entender, esta noche tenemos cenita.

Me sorprende y me enrabia mi excitación por la anticipación ante el hecho de volverla a ver esta noche.

«Estás jodido, Leo».



21

Andrea y yo hemos decidido escaparnos para pasar un ratito juntas antes de cenar con todos los demás. Y es que, lo que en principio iba a ser un viaje de amigas, aunque estuviese también Jairo, ambas sabemos que la escritura de sus novelas lo abstraen la mayor parte del tiempo, se ha convertido en un viaje más compartido de lo que creíamos.

Primero fueron Sergio y Aitana, y ahora parece ser que a nuestro grupo se han unido Mat y Leo, puesto que, en un inicio por coincidencia y después por los planes que han surgido, estamos pasando bastante tiempo con ellos.

Sí, ya soy capaz de llamarlo por su nombre y ha quedado atrás el absurdo incidente por el aparcamiento.

Tampoco es que se haya disipado la tensión del todo, a pesar de que podemos mantener conversaciones de adulto, tiene algo, no sé qué es, que me desquicia, y me hace no relajarme del todo. Quizás sea ese mutismo en el que se sumerge bastante a menudo. Además, no se trata de silencios cómodos, porque noto su escrutinio y cómo se me clava esa mirada de acero.

Mat es todo lo contrario, es transparente y muy alegre, aunque sospecho que a Sergio no le gusta demasiado, sobre todo tras ver cómo su hermana le hace ojitos. Y es que hay que reconocer que, aunque no sea mi tipo, el tío está bastante bien.

—¡Qué ganas tenía de estar contigo a solas! —exclamo agarrando mi Coca-Cola—. Qué paz.

—Ya, ni siquiera hemos ido juntas en la ruta —suspira Andrea—, aunque, creo que no te lo habrás pasado mal, ¿no? Rodeada de chicos guapos...

—Um, ¿por cuál de ellos lo dices?

—Por los tres. —Se carcajea—. Ya sabes que yo solo tengo ojos para mi escritor, pero que alegran la vista es un hecho.

—A mí lo que me ponen es nerviosa, sobre todo Leo.

—¿No habíais hecho las paces? —interrumpe—. Si ya habláis civilizadamente y todo.

—Ya, sí, tiene algo que me exaspera...

—Uy...

—¿Uy?

—Sí, uy, de ahí a que te vaya a gustar no va un paso muy largo.

—Calla, Andrea, ¿qué dices? Si me gustara alguno, en todo caso, sería Sergio... es genial, vaya.

—Sí, genial según tú como amigo, no estarás pensando en algo más, ¿no? —insinúa.

—Mira, no sé, no me lées, que aquí hemos venido a desconectar y a descansar.

—Lo que ahora nos hace falta es una buena fiesta. —Se bebe su refresco de un trago, apremiándose a que haga lo mismo—. Venga, vamos a arreglarnos.

—Si voy bien —suspiro mirando mis vaqueros cortos y mi camisa azul claro de manga corta—. Que no nos vamos de gala.

—Nada, nada, a mi cuarto ya, señorita —ordena.

Cuando se pone en plan sargenta lo mejor es no llevarle demasiado la contraria, así que acabo en su cama, sepultada en una infinidad de prendas incontables. Consecuencias de su vida anterior como *influencer*, en la que recibía montones de productos gratis para promocionar.

Por eso, a pesar de no tener la misma talla, y después de que no me haga caso ante mi insistencia de que yo ya tengo ropa, consigue encontrar algo que me valga.

Acabo vestida con un mono color burdeos, con escote en forma de barco, ajustado a la cintura gracias a un cinturón ancho negro y más suelto por la zona de las piernas, que me queda por encima de la rodilla. Me encasqueta unos tacones negros y, tras optar por dejar mi pelo suelto, me maquillo con tonos suaves mientras ella termina de arreglarse. Está imponente con un vestido corto verde con una gran abertura en la espalda y unas sandalias doradas.

—¿No crees que vamos demasiado arregladas? —insisto al vernos—. Que solo vamos a cenar y tomar un par de copas.

—Bobadas —resuelve con un movimiento de manos—, estamos divinas y a tus pretendientes se les va a caer la baba.

—¿Pretendientes?

—Sí, en plural, que el simpático de Leo te mira que te devora y Sergio es tan atento contigo...

—Luego era yo la que fantaseaba con películas románticas... Ay, Andrea, qué mal te sienta el amor —bromeo.

—Ya me contarás mañana cómo acaba la noche —sentencia divertida.

Sin hacer caso a sus divagaciones, porque no quiero hacerme falsas ideas en mi cabeza, me preparo para disfrutar de la velada.

Aitana nos sorprende diciendo que se encuentra mal y que prefiere quedarse en su habitación. Sergio, a regañadientes, se viene con nosotras.

—Debería haberme traído una cámara de vigilancia, ¿y si es una excusa y ha quedado con alguien y se escapa cuando nos vayamos? —nos dice preocupado.

—Anda, anda, que no es una niña —le tranquiliza Andrea—. Déjala, necesitará estar sola y pensar en sus cosas.

—Igual está cansada de estos viejos —bromea Jairo—. Dale un poco de cancha.

Al final, acabamos por convencerle y vamos a reunirnos con Leo y Mateo.



22

A estas alturas de las vacaciones, aunque siga buscando mis ratitos lejos de Mateo para dedicarle al trabajo, lo cierto es que estoy pillando el gusto a eso de dejarme llevar por los planes de mi amigo y tomarlo todo con algo más de calma.

Por eso, ni siquiera intento negarme ante la idea de cenar con nuestros nuevos amigos, conocidos, acoplados de veraneo o cómo los queráis llamar. La cuestión es que no está tan mal relacionarse con los demás.

O quizás también sea el hecho de tener cerca a Bego. Porque sí, me ha entrado fuerte con ella. No sé si se podría catalogar como obsesión y, por supuesto, no le he comentado nada a Mateo, pero no paro de pensar en ella, y me alegro cada vez que sé que la voy a tener cerca o que por casualidad acabamos compartiendo planes. Y, para mi suerte, aquí no hay mucho más que hacer, ni muchos más turistas, por lo que es casi inevitable coincidir.

Tenía dudas sobre su relación con el dichoso Sergio. Ya había descartado, tras compartir estos días con ellos, que fuera su pareja, aunque es evidente la complicidad entre ambos y que algo hay, y anoche recibí la confirmación que me cabreó más de lo que debería.

Se me hizo un nudo en la garganta, unido a una descarga un poco bastante más abajo, cuando la vi aparecer, con esa especie de vestido rojo y su melena suelta.

Al principio, por lo poco que he podido conocerla, la noté un poco tensa. Me he dado cuenta de que, cuando está nerviosa o incómoda, o algo la frena a soltarse, se rasca el cuello. Comienza con pasar una mano por debajo de su pelo, despacio, para luego frotar con sus dedos. Estoy

seguro de que esa piel blanca se pondrá rojiza, pero no he estado tan cerca de ella como para poder comprobarlo.

Hubo un cierto momento que se puso así. Ni recuerdo en torno a qué giraba la conversación, solo que me quedé embobado mirándola, y creo que se dio cuenta.

Por suerte, nuestro pequeño y, ahora que lo pienso, absurdo conflicto, ya quedó atrás. Unido al vino y cervezas que corrían por la mesa, vaciando copas y soltando lenguas, contribuyó a que mejorase mucho el ambiente entre todos. Sobre todo, por el humor de Mateo y la conversación tan fluida de Jairo, que son los que llevaban casi todo el peso de las intervenciones.

Tras la cena, nos fuimos a un pub, donde las chicas se soltaron a bailar y nosotros nos quedamos apoyados en la barra. El movimiento de Bego era hipnótico. No pude evitar sonreír al comprobar que es totalmente arrítmica, que realiza movimientos que serían imposibles de imitar, pero que no le importa en absoluto que la miren. Su cuerpo se convierte en una prolongación de la música, y es tan graciosa como atractiva.

Cuando Jairo y Sergio, con bastante menos gracia, se unieron a ellas, Mat apoyó su copa ya vacía sobre la barra, puso su mano sobre mi hombro y me susurró al oído:

—Tío, córtate un poco.

Miré mi primera copa, aún por la mitad, antes de responderle.

—Si no he bebido casi, verás tú mañana —añadí señalando la suya vacía.

—No me refiero a eso, sino a que no dejas de mirarla.

—¿A quién? —disimulé ante su pillada, sin apartar la vista de la pista, donde los cuatro seguían a la vez los mismos pasos de un baile que yo desconocía por completo, atrapando las miradas del resto de clientes del local, por lo que no se percataron de nuestro escrutinio.

—A Bego. La vas a atravesar con tus miradas.

Bufé, sin querer reconocer todo lo que me pasaba por la cabeza cada vez que la observaba.

—No flipes, Mat —intenté negar, sin mucho éxito—. Imaginaciones tuyas. No está mal, pero ya está.

Sin embargo, por un momento, aunque fuera imposible que pudiera oírme, tanto por la distancia como por el ruido de la música, sentí cómo dirigía su mirada a la mía.

En ese momento, tras finalizar la canción, el ritmo de la música cambió de forma abrupta. Un abucheo se merecía el DJ que acababa de hacer esa combinación tan poco acertada. Una canción demasiado lenta, comparada con la anterior, que confundió a los integrantes de la pista.

Algunas personas se dispersaron y abandonaron la zona de baile, ellos no. Andrea y Jairo se acaramelaron, bailando pegados y prodigándose besos y pequeñas caricias. Apenas les dediqué una mirada, ya que mi interés era otro.

Él la agarró de la cintura. El rostro de Bego quedó hacia nuestra dirección, aunque no podía verla bien desde ahí. Comenzaron a mecerse, cada vez más juntos, al ritmo lento y cadencioso de la canción. Un ambiente de intimidad, que me estaba empezando a agobiar, se adueñó al completo de la sala.

No fue eso lo que me hizo salir casi corriendo. Ni tampoco lo que me llevó a beberme mi copa de un trago y agarrar a Mat del brazo, pidiéndole que me sacara de allí.

Lo que me hizo reaccionar fue ver cómo esos labios pintados de rojo que llevaba deseando toda la noche se acababan de unir con los de ese imbécil. Porque sí, desde ese momento, si ya antes no es que me cayera demasiado bien, lo había catalogado como tal por llevarse el beso que yo anhelaba. Sin explicación alguna, sentí que me estaban robando algo que no sabía definir. Lo sé, suena absurdo e ilógico, pero es lo que pensé.

Suerte que mi amigo, tras mirar al mismo sitio que yo, y ver lo mismo que mis ojos no podían

asimilar, comprendió que debía sacarme de allí lo más pronto posible.

Y así lo hizo.

Y el dolor de cabeza y las náuseas de esta mañana, consecuencia de la mezcla de vino, cerveza y cubatas, no son tan molestos e insoportables como el maldito recuerdo de ese beso.



23

«¿Qué tal has dormido, preciosa? Lo de anoche fue muy especial, ¿comemos juntos? Avísame a la hora que quieras, un beso».

Mierda. Es lo único que puedo pensar al releer otra vez el mensaje de Sergio que he dejado en visto, porque no sé qué decirle.

El motivo es ese término que ha utilizado: «especial». ¿Qué es especial? Para mí lo es el brillo en los ojos de mi madre cuando habla de mi padre, o la sonrisa ladeada de él cada vez que la mira. Especiales son las mariposas en el estómago que sienten los personajes de los libros que leo, o las locuras que hacen por amor los protagonistas de mis series y películas preferidas. Y yo estoy muy lejos de sentir algo así.

¿Qué por qué besé ayer a Sergio? Simplemente, me dejé llevar. No voy a ser tan básica como para echarle la culpa al alcohol. Que sí, que es cierto que ayuda a desinhibirse, y a veces a tomar decisiones poco acertadas, pero no estaba tan afectada como para no ser consciente de mis actos.

¿Me gusta Sergio? Creo que no, o quizás sí.

«Si dudas será porque tiendes al no, ¿verdad?». Al menos eso es lo que una voccecita en mi cabeza me dice.

Aunque me cae bien, es genial, simpático, atento, divertido, no me provoca pasión, ni deseo, o emociones de ese tipo. No veo algo más allá de la amistad.

No sé si fue el momento, el lugar, o mis putas ganas locas de encontrar alguien a quien querer,

al que amar y dejar que comparta su vida conmigo, los que me llevaron a ello.

Puede que parezca una loca, pero sentí su mirada clavada en mí, de una forma inexplicable. No, no me refiero a la de Sergio, sino a la del puto Leo. No se me pasó por alto que no dejaba de mirarme en toda la noche. Y en que el azul de sus ojos tiene matices muy diferentes. Juraría que, cuando su mirada se dirige a mí, se oscurecen hasta alcanzar un tono azul oscuro imposible de definir, como si llevaran el mar dentro.

Sin embargo, creo que, justo en ese momento, no pude soportar esa mirada inquisitiva, y mi refugio fue él. Sergio, y ese beso que, en principio, me pilló desprevenida y, al sentir el tacto de sus labios en los míos, tardé apenas unos segundos en corresponderle y profundizar dicho beso.

Sentí una especie de paz, de calma, de confianza. Vuelvo a lo mismo que raya mi cabeza, nada de pasión, ni de deseo. Solo me sentí como en un refugio, como un parche para una herida.

Si le he dado tantas vueltas es porque no sé cómo enfrentarme ahora a él. Cuando acabamos de bailar, fuimos a beber algo, Leo y Mat ya se habían marchado, sin despedirse. Intenté no mostrar mi decepción, aunque apenas pude, ya que, después de ese primer beso, se desató algo entre Sergio y yo, y vinieron más. Besos más cortos, más largos, incluido uno más prolongado al despedirnos. Al menos no insistió en entrar conmigo a mi habitación.

Y ahora, no sé si arrepentirme, ni eso tengo claro. Me abrumba el no sentir todo lo que debería, y no soy capaz de contestarle sin antes soltar mi marabunta de ideas y pensamientos inconexos a mi querida y fiel amiga.

—A ver, Bego, fue un beso, bueno, varios, pero eso no te compromete a nada. No sé si me explico —reflexiona Andrea—, habla con él si no quieres que vuelva a pasar, antes de que siga esperando algo que quizás tú no quieras darle.

—Es que no sé si quiero, joder, es que debería sentir luces, estrellitas, mariposas, algo... ¿Y si es él, pero yo espero algo más que no va a llegar nunca?

—Frena, cariño —me calma Andrea—. Por una vez, déjate llevar, sin esperar más. No todo el mundo se enamora de un flechazo o ¿acaso no te acuerdas de lo mal que me caía Jairo?

—Sí, fatal. —Sonríe—. Mejor no me compares con lo vuestro, porque es tan bonito...

—Mira, ya sé que ayer te dije que tenías varios pretendientes, que disfrutaras... si esto va a conllevar que te rayes así o que esperes mucho más, pues oye, que les den y solitas a disfrutar.

—Ay, Andrea, ¿por qué seré tan complicada?

—No creo que lo seas, puede que aún no haya llegado la persona indicada que desarme tu vida, pero no te cierres a nada porque de primeras no lo sientas. Nunca se sabe, ¿te escribo yo la respuesta? —pregunta cogiendo mi móvil y leyendo su mensaje.

—Nooo, que a saber lo que sueltas. —Forcejeo con ella, al ver que está tecleando sin parar.

«Me mata el dolor de cabeza, prefiero tomarme el día con calma. ¿Nos vemos y hablamos esta noche?».

—¿Qué te parece, le damos a la tecla?

—Pff... Ok, aunque no tengo ni idea de qué voy a decirle.

Quizás deba hacerle caso a Andrea, y no pensar tanto. Ojalá fuera más fácil controlar a mi cabeza y a esos pensamientos que me atormentan. Tras pedirle que me deje sola, me tomo un paracetamol y un vaso de agua, y me vuelvo a la cama.

Antes de quedarme de nuevo dormida, unos ojos azules grisáceos se cruzan por mi mente, confundiéndome en sueños.



24

17 de julio de 2018

A pesar de la inevitable resaca, me levanto temprano. Tras una ducha y un café rápido, decido ponerme a trabajar.

Se me da bastante bien analizar un caso, sus posibles consecuencias y las soluciones que se pueden aplicar. Para mí es un razonamiento lógico que me ayuda a poner orden.

Estoy redactando un recurso por adelantado, por si se diera la situación de que nos fuera mal en un asunto cuya vista está señalada para septiembre, pero me cuesta concentrarme. Y es que hay asuntos que no se resuelven tan fácilmente.

La dichosa Bego, esa melena rizada y el beso con el imbécil de su amiguito se me aparecen una y otra vez en la cabeza. Ojalá fuera tan sencillo buscar un hueco en mi mente donde esconderlos.

Me agobio intentando borrar esa imagen. Esa y otra sucesión más, como la primera vez que la vi, cómo su pierna blanca me rozaba en la ruta del coche, cuando la vi montada en ese caballo.

Desquiciado, acabo lanzando el portátil a la cama. Esto es una obsesión y solo hay una manera de solucionarlo.

Estamos a martes y aún no son las nueve de la mañana, probablemente Lorena aún esté en casa, por lo que le hago una videollamada a la única persona que quizás ahora mismo pueda calmarme.

—¿Y esa cara? Espero que sea porque has estado de fiesta y no trabajando...

—Pues claro que es de fiesta, estoy de vacaciones, ¿no?

—Cuéntame qué tal os va, ¿dónde anda Mat?

—Imagino que durmiendo y tú, ¿cómo estás?

—Bien, Leo, bien —suspira—, como siempre... ¿Te pasa algo?

—No, nada. ¿Qué me va a pasar?

—Tu mirada dice otra cosa. Además, ya nos conocemos y no eres de los que echan de menos.

—Lore, perdona, no sé qué quieres decir y tampoco sé qué me pasa, me estoy agobiando, Mateo no para de buscarme planes absurdos y no estoy descansando precisamente. Creo que debería volver ya.

—Lo que quiero decir es que si me llamas es por un motivo. Si no me lo quieres contar está bien. Tómame un momento para pensar qué es lo que tú quieres. No es normal que quieras salir corriendo de tus vacaciones.

—Ya sé lo que quiero. —«Sacarme a Bego de la cabeza»—. Necesito volver y ponerme a trabajar.

—Tengo que irme, Leo, relájate y pásalo bien, hablamos a la vuelta.

Y me cuelga. No sé por qué he pensado que, por un momento, Lorena era la persona con la que tenía que hablar. Bueno, sí, porque es mi pareja, ¿no? Lo cierto es que no es una relación al uso, somos bastante parecidos y a la vez bastante independientes, pero siempre estamos ahí.

Hablar con ella me ha dejado peor, más confundido.

Visto que no voy a poder concentrarme, mejor salgo a despejarme. Rebusco en mi maleta la ropa más cómoda que encuentro. Por suerte tengo un pantalón de chándal negro que a veces uso para dormir, me pongo una camiseta de manga corta, unas zapatillas deportivas, me lavo la cara y, con esas pintas, salgo a correr.

No me caracterizo por ser demasiado deportista. No me gusta el ambiente del gimnasio, alguna vez he acompañado a Mateo, aunque no es lo mío.

Sin embargo, hay días, como hoy, que necesito salir corriendo. Y justamente por esa falta de constancia, no es que tenga un gran aguante.

Salgo del hotel y el fresco de la mañana, a pesar de estar en verano, me estremece. Comienzo caminando, pero no tardo en coger un trote lento, pausado pero continuo.

Según avanzo por las calles estrechas del lugar, mis pensamientos negativos van desapareciendo. Me concentro en mantener el ritmo, la pisada, controlar mi respiración.

Siento que me estoy agotando, aun así, me obligo a no parar. Tengo que seguir, no sé a dónde tengo que llegar.

«¿Dónde vas, Leo?».

Pregunta absurda que se cuela en mi cabeza. Los latidos de mi corazón se me aceleran a cada zancada. Quizás me esté pasando corriendo, porque noto un pinchazo en el pecho.

Siento un leve temblor en las piernas. Será la falta de costumbre. Una sensación de ahogo. Reduzco el ritmo unos instantes, apoyo las palmas de mis manos en las rodillas al sentir un leve mareo.

Puede que ya sea hora de volver. Aunque no me siento mejor. Seco el sudor de mi frente con el bajo de mi camiseta, y emprendo el camino de vuelta.

Apenas he cruzado dos calles cuando mi vista se torna borrosa, por un momento, pasa por mi mente otro episodio. Me encuentro ahora en mi oficina, lidiando con la incompetencia de mis compañeros, cuando pierdo la noción de mis pasos y, de nuevo, todo se vuelve negro.



25

Tras una larga y reparadora siesta, vuelvo a la vida. El estómago ya me ruge desesperado por tener algo dentro, así que meriendo, o más bien ceno, con Jairo y Andrea. Suerte que la cafetería siempre está abierta y llena de cosas deliciosas que calman mi hambre.

Al rato aparecen Aitana y Sergio. Ella está más callada de lo habitual, y parece tan apática como el resto, a pesar de que no tiene resaca. Sergio se sienta a mi lado y me sonríe. Entonces, respiro tranquila y todas las dudas absurdas que compartí esta mañana con Andrea se desvanecen. Lo voy a intentar. Quizás sí sea él.

Jugueteamos compartiendo miradas y noto cómo sus manos me buscan impacientes. Un leve roce al pasarme un trozo de pan, una mano apoyada en mi pierna, un mechón de pelo que me recoloca. Su contacto es natural y cómodo. No me provoca escalofríos, ni chispazos, pero se siente bien. Y quizás sea esto lo que necesite. Quizás sea lo que tiene que ser. Sencillo, sin dramas ni fuegos artificiales.

Me susurra al oído preguntándome cómo estoy. Le dedico una sonrisa y una leve caricia en la mano que tiene en mi pierna como respuesta, mano que se queda entrelazada a la mía.

—No me puedo creer que ya solo nos queden cinco días aquí —exclama Jairo pensativo—. Se me está pasando volando, y ahora con vosotros más.

—Bueno, querido, tú siempre pierdes la conciencia del tiempo cuando escribes. —Le sonríe Andrea.

—¿Y qué tal va la novela? —intervengo—. ¿Está siendo buena fuente de inspiración el lugar?

—La mejor —asegura.

Las preguntas dan rienda suelta al escritor, que nos comparte algunas ideas que está plasmando en su novela. Andrea le observa con admiración.

Aitana le pide que saque un personaje basado en ella, ya que, según afirma, cuando salga la adaptación cinematográfica la tiene que protagonizar sí o sí. Tras decir eso, alega cansancio y se marcha.

Cuando por fin parece que Sergio y yo nos vamos a quedar solos, porque Jairo y Andrea se están despidiendo de nosotros, ya que se van juntos de cena, aparece Mateo corriendo, con el rostro blanco y desencajado y su teléfono móvil en la mano.

—Es Leo, está en el hospital. ¿Alguien me acompaña?



26

Despierto aturdido y las imágenes que antes poblaban mi cabeza ahora son muy diferentes, y han sido sustituidas por otras.

La primera es totalmente negra. La segunda es la de las ruedas y el morro de un coche blanco, y mi mano apoyada en él. La tercera es la de una camisa verde, y el rostro plagado de arrugas de una mujer que me pregunta si puedo oírla. Las siguientes se reproducen de forma aleatoria, borrosas y confusas.

Veo a varias personas a mi alrededor, a dos extraños vestidos de amarillo alzándome e introduciéndome en un vehículo. Veo mi mano ahora teñida de rojo al tocar mi rostro dolorido. Veo una carretera manchada de sangre.

Y la última, es la que me devuelve ahora mi vista. Un techo gris, unas sábanas blancas, y mi camiseta hecha jirones, con varios cables surcando mi pecho. Al menos conservo los pantalones.

—¿Dónde estoy? —pregunto a una mujer de bata blanca que se acerca a mí.

—¡Por fin despierta! Estamos en las urgencias del centro de salud de Trujillo —explica—. Parece ser que sufrió un desvanecimiento en la calle, lo que provocó que se golpeará en la caída. Suerte que alguien lo vio y avisó a una ambulancia. Disculpe, pero no hemos podido llamar a nadie, no llevaba documentación encima ni tampoco teléfono.

—¿Cuánto llevo aquí? —interrogo perplejo. Me recuerdo corriendo, el sudor, el mareo, y nada más.

—Un par de horas nada más, aunque se va a quedar hoy en observación. Debemos hacerle

varias pruebas hasta encontrar la causa de su desmayo.

Aún bastante confundido, y con un dolor de cabeza atroz, consigo darle mis datos y el número de mi amigo Mateo.

—Joder, vaya pintas —suelta Mat al verme—. ¿Qué hacías?

—Correr. —Me encojo de hombros—. No será que no me recomiendas un montón de veces que haga ejercicio.

—Sí, pero no que te vayas a correr sin más, cuando tu cuerpo no está acostumbrado a eso, y más de resaca. Tío, con calma, ¿hay algo que no sepa? ¿Qué te has hecho en la ceja?

—Me golpeé al caer, torpeza, sin más —replico—, a ver si convences a esta gente de que me suelte —refunfuño señalando el control de enfermería.

Al ver a mi acompañante, la enfermera que me ha atendido se acerca a hablar con nosotros.

—Bien, Leo, veo que ya no estás solo. El análisis de sangre no presenta ningún valor alterado y el electrocardiograma ha salido perfecto, a simple vista no parece que tu desmayo tenga ninguna causa cardíaca. No obstante, no lo podemos descartar sin hacerte más pruebas.

—Entonces, ¿me puedo largar ya?

—Como te he dicho antes —continúa ignorando mi petición—, vamos a dejarte hoy en observación. Te has dado un fuerte golpe en la cabeza y aunque la resonancia ha salido bien, tenemos que realizarte una tomografía para ver si tienes alguna lesión interna y seguir tu evolución.

—Tranquila, que no se escapa —le sonrío Mat—, yo lo vigilo.

—Además, es preocupante que esta no sea la primera vez, deberás hacerte varias pruebas para descartar otras causas. No te preocupes, que te realizaremos la petición en tu informe de alta para que te las hagan en tu centro.

—¿La primera vez de qué?

—Que te desmayas, cuando hemos llamado a tu amigo para informarle de tu situación, nos ha dicho que no es la primera vez en poco tiempo que te pasa un episodio así.

Bufo irritado ante el bocazas de Mateo.

—Ya fui al médico por eso, ¿tú para qué dices nada?

Comienzo una discusión con ambos, que parece que se han puesto de acuerdo, pero dos contra uno me ganan y no consigo convencerlos de nada, así que parece ser que no me queda otra que quedarme aquí hoy y, si me porto bien, mañana tendré el alta.

De puta madre. Vaya vacaciones.

—¿Tú no le habrás contado nada a nadie? —pregunto cuando nos quedamos solos.

—Solo a ellos, que me han traído —explica señalando a la puerta y asomándose a la misma, haciendo un gesto para que pase a alguien que está fuera.

—Más te vale que cuando recupere mi móvil no tenga llamadas ni mensajes de nadie preguntando cómo estoy —amenazo señalándole con el dedo antes de fijarme en quién está entrando en la habitación.



Cuando Mateo ha dicho que Leo estaba en el hospital, he sufrido una especie de vuelco en el estómago que, de forma inconsciente, me ha hecho apartar la mano de Sergio y levantarme.

—¿Qué le pasa? —pregunto con voz temblorosa—, te acompaño.

No sabría explicar por qué he tenido esa reacción, ni por qué debería importarme un tío que acabo de conocer y con el que ni siquiera empecé con buen pie, sin embargo, algo dentro de mí me impulsa a buscarlo y necesito saber qué le pasa.

No sé qué habrán pensado los demás, pero el caso es que en estos momentos tampoco me importa.

Mateo está bastante nervioso como para conducir y, dado que yo no lo hago, Jairo se ofrece a venir con nosotros.

Tras convencer a los demás, aunque no es que hayan insistido mucho, de que no hace falta que también se vengán, nos marchamos camino al centro de salud dónde le han informado que se encuentra Leo.

Por el camino intento sonsacarle información, aunque tampoco puede contarme mucho.

Solo que parece ser que sufrió un desmayo en la calle y, a consecuencia de ello, una caída en la que se golpeó, por suerte le han asegurado que no ha sido grave, pero que tienen que hacerle pruebas para detectar la causa.

Además, nos cuenta que es un obseso del trabajo, que se lo toma todo demasiado a pecho y que no es la primera vez que le pasa, y que es bastante reacio a acudir al médico, a pesar de que tiene varios síntomas preocupantes, cosa que él sabe porque le conoce muy bien.

No puedo evitar comparar lo diferentes que somos en ese aspecto. Yo, no diría que soy hipocondríaca, pero sí que recurro al médico cada vez que me siento mínimamente mal. Así sea un resfriado, no puedo dejarlo pasar, ni mucho menos automedicarme.

—¿Estás bien? —Me observa Jairo, que se ha girado hacia mí al parar en un semáforo—. Estás un poco pálida.

—Sí, es que, bueno, los hospitales me ponen algo nerviosa.

—Gracias por traerme —interviene Mateo mirándome también—, pero no es necesario que entréis, de verdad. Si me dejan, me quedaré con él, ya cogeremos un taxi.

—Yo... prefiero entrar a verlo —añado sin saber por qué lo digo.

«¿En serio quiero verlo ahí dentro?».

—Sin problema, Mateo —concluye Jairo—, vamos todos, y lo vamos viendo, si te tienes que quedar os puedo recoger cuando sea.

Continuamos el resto del trayecto en silencio. Cuando por fin llegamos, respiro hondo al bajar del coche, y me agarro el dobladillo de mi camiseta.

Odio esta sensación y este estado de nervios que no comprendo.

Mateo se acerca al mostrador y, una vez que le informan de la habitación donde se encuentra Leo y de que podemos ir a verlo, nos dirigimos al ascensor.

Mateo decide entrar primero, así que nos sentamos en unas horrendas sillas verdes y esperamos en el pasillo.

No tardamos en escuchar los gritos de discusión y, aunque desde aquí no podemos distinguir el contenido de su conversación, sí que puedo reconocer su voz, y suspiro aliviada al pensar que sí, que parece encontrarse bien.

—No parece estar muy mal, ¿no? —bromea Jairo—. Casi que da miedo entrar.

—Yo... necesito verlo —confieso.

—¿Algo que deba saber? ¿Y ese repentino interés por él? —interroga confundido—. Creía que Andrea y tú lo soportabais más bien por compromiso o por la casualidad que nos lleva a cruzarnos con ellos.

—Y así era —aseguro—, de hecho, me suele incomodar su presencia, pero... No sé, el hecho de pensar que le había pasado algo malo, me ha afectado —susurro.

—Si es que eres un amor, eres incapaz de no preocuparte por quien sea.

—Será eso —acepto, no muy convencida.

En ese momento, Mateo se asoma a la puerta y, haciendo caso de su gesto, me decido a entrar.



27

No soporto que la gente me descubra en situaciones de vulnerabilidad, ni en entornos que no controlo, o en circunstancias de desventaja.

Ser alguien importante y respetado en mi profesión me ha llevado a forjar una personalidad dura, inaccesible para la mayoría, y en constante estado de alerta. Ser el mejor no es fácil, y eso tiene sus sacrificios. No puedes mostrar signos de debilidad frente a tus enemigos, o acabarán contigo.

Mateo es un caso aparte. Él ha estado a mi lado, desde hace mucho tiempo, en todo tipo de lugares y momentos, por lo que es una de las pocas personas que puede ver a Leo en su estado natural, el de una persona común y corriente, sin las falsas capas de superioridad que me mantienen vivo.

Es obvio que estar tumbado en esta cama, con la ceja partida y la cara que debo de tener tras lo sucedido, no es uno de mis mejores aspectos, ni por supuesto es una buena ocasión para acercarse a mí.

Por ello, ver cómo el traidor de mi amigo suelta que se va a tomar un café y me deja solo ante ella, y cómo esa melena rizada entra con sigilo, con miedo a lo que pueda encontrar dentro de esta habitación, supone un gran mazazo para mí. Y reacciono de la peor forma posible.

Ella no tiene ningún derecho a verme así, ni él para permitírselo, así que, a pesar de que mis fuerzas no estén a pleno rendimiento, eso no impide mi cabreo.

No sé si será mi expresión de enfado lo que le lleva a acercarse tan lentamente a mí, tan

insegura, pero su mirada de lástima... Me descompone el estómago.

—¿Cómo estás? —pregunta de pie pegada a mi cama. Sus manos aferran con fuerza el bajo de su camiseta, y sus labios tiemblan al pronunciar mi nombre ante mi falta de respuesta—. ¿Leo?

Sin entender ese lenguaje corporal que denota claramente que está tan nerviosa, por fin reacciono y respondo.

—De puta madre —ironizo—. ¿No lo ves?

Sus ojos se abren exageradamente ante mi bordería.

—¿Necesitas algo?

—Sí —sentencio—, que te largues. ¿Quién te ha dicho que eres bienvenida aquí?

Se acerca más a mí, haciendo que sea yo el que se ponga nervioso ahora, y me incomode, por lo que le insisto:

—¿Tengo que llamar a la enfermera para decirle que te saque de mi habitación?

—Lo siento —reacciona alejándose—. Solo, necesitaba... quería saber que estabas bien, pero ya veo que sí. —Alza una ceja, intenta decir algo y finalmente suspira, y se marcha.

«¿Podrías ser más borde Leo?».

Suspiro y me recuesto en la cama cerrando los ojos.

Maldita sea la hora en que me dejé convencer para estas vacaciones.



Abandono la habitación antes de que la humedad que inunda mis ojos explote. Solo me faltaba que me viera llorando.

«Eres tonta, Bego, muy tonta, ¿en qué momento se te habrá ocurrido que era buena idea venir aquí? ¿Por qué estúpida razón te has preocupado por alguien así?».

Que tiene una vena bastante borde desde luego que no era un secreto para mí, ya pude comprobarlo el primer día que lo vi, pero no esperaba que reaccionara así en esta situación.

Joder, que estaba nerviosa, preocupada de verdad por él. Un mínimo gracias, ¿no?

Jairo se debe haber ido con Mateo, puesto que no me encuentro a ninguno de los dos en el pasillo, que cruzo con rapidez. Golpeo con impaciencia el ascensor, y como no llega, bajo los tres pisos correteando por las escaleras.

Mi mirada ya está borrosa, a causa de las lágrimas que ya fluyen libres, cuando por fin cruzo las puertas que me llevan al exterior. Necesito respirar y, si no me encontrara en la puerta de un hospital, creo que gritaría de rabia.

Definitivamente, ha sido una muy mala idea venir aquí.

Tras unos minutos, cuando me encuentro un poco más calmada, me dirijo a la cafetería del hospital, donde me encuentro a mi amigo y al suyo compartiendo un café.

Ambos me observan sin decir una palabra. Suspiro y me siento, sin saber muy bien qué decir.

—Tu amigo es es... —comienzo a decir dubitativa—. Es imposible —suelto al fin.

—Disculpa, no tenía que haberte animado a entrar. Tú lo has dicho, se pone imposible en estas situaciones —confirma—. No hagas ni caso a lo que sea que te haya dicho.

—Olvídalo, yo... no debería haber venido, ¿os importa si me marchó? Puedo coger un taxi.

—No pasa nada, subo un momento a hablar con Leo y nos vamos los tres. Tengo que ir a por ropa y otras cosas tuyas, ya luego me vuelvo yo, gracias a los dos por venir.

—Sin problema, lo que necesites —añade Jairo, dándole una palmada en la espalda.

El camino de vuelta al hotel lo paso en silencio, sumida en mis pensamientos. Decido no darle más vueltas, él no quiere verme allí. Habrá que respetarlo. Es un borde, es un desagradecido, sí, pero tampoco es nada mío. Además, seguro que yo tampoco le caigo bien.

No comprendo por qué un nudo se ha instalado en mi pecho ante su rechazo y sus malas palabras. Lo trago como puedo.

Al llegar, Mateo desaparece, Jairo se va a buscar a Andrea, y yo, sin saber muy bien qué hacer, le escribo un mensaje a Sergio, invitándole a cenar, y me meto en la ducha.

No hay nada que me relaje más en esta época del año que una buena ducha fría. Si en invierno adoro el agua caliente, hasta el punto de que me salga humo del cuerpo, en verano necesito que se me ponga la carne de gallina ante la sensación de frío. Derramo más lágrimas, las dejo resbalar libres por mi rostro, mezcladas con las gotas de agua.

No creo que haya nada malo en llorar, dejar fluir lo que sientes, sin embargo, no puedo permitir que me afecte tanto un desconocido. Porque eso es lo que es Leo para mí, y cuanto antes sea consciente de ello, mejor. Entonces, ¿por qué no me saco de la cabeza su mirada enfurecida, y la oscuridad de sus ojos azules, casi marinos, cuando me ha gritado?

Tras la revitalizante ducha, compruebo si tengo respuesta en mi teléfono, así como la hora, me visto con unos pantalones cortos deportivos azules y una camiseta blanca de tirantes, recojo mi pelo en una coleta, me coloco unas zapatillas deportivas y bajo a cenar.

Comparto una ensalada con Sergio mientras le pongo al día. Lo cierto es que omito la discusión, limitándome a contarle el estado de Leo, y cambio de tema rápido porque no soporto hablar de ello con él.

Con Sergio todo es mucho más fácil, al momento consigue hacer que me olvide de todo y disfruto de su compañía. Después de cenar, decidimos salir a pasear un rato y tomar el aire.

Me cuenta varias anécdotas suyas y travesuras de su hermana, hasta que para, me mira, y se atreve a retomar nuestra conversación pendiente.

—Bego, sobre lo que pasó ayer... Deberíamos hablar, ¿no?

—No hace falta —respondo apresurada—. Quiero decir... estamos bien así, ¿no?

—Quieres decir que te arrepientes...

—Qué directo eres...

—Si no quieres que vuelva a pasar, solo tienes que decirlo, aunque a mí me gustaría lo contrario.

Mi cabeza piensa en decirle que no. Me está dando pie a continuar nuestra incipiente amistad sin más consecuencias, pero mi cuerpo actúa por voluntad propia, agarro su mano y acerco mi rostro a él. Sonríe, acortando la distancia entre nosotros. Sus ojos se clavan en los míos, descendiendo la vista hacia mis labios y, sin pensar, acepto su contacto.

Sello la conversación con un pequeño piquito, apenas un roce de labios. Él me da un ligero mordisco, y su lengua pide permiso para entrar. Le dejo pasar, profundizando el beso. Poso una de mis manos en su nuca, mientras que él agarra mi cintura, y me dejo llevar.

Sin poder evitarlo, imagino lo que debería sentir, y no consigo. Sigo besándole, aunque es una tortura la necesidad de analizar cada sensación, de buscar algo que no sé qué es, y que me frustra por no alcanzar.

Continuamos paseando, besándonos varias veces más de camino al hotel. Me insinúa que le acompañe, y, alegando cansancio, le despido hasta el día siguiente.

Ya en la cama, rozo mis labios recordando sus besos, y abrazo mi almohada frustrada al cruzar mi mente una mirada azul acerada que me provoca escalofríos de rabia.

«Te detesto, Leo», es mi último pensamiento antes de dormirme.



28

Estoy harto. De llevar la puta vía en el brazo. De que a cada momento me estén despertando, que si para tomarme la temperatura, que un análisis, una pastillita. Se supone que esta mañana, una vez me visite el médico, me darán el alta. Al menos eso espero, porque no aguanto más aquí.

Mateo está dormido, estirado de una postura imposible en el sillón del acompañante. Es un cabezota. Anoche le insistí en que no hacía falta que se quedara, pero fue imposible conseguir que se marchara.

Estuvo un buen rato comiéndome la cabeza, intentando sonsacarme qué le había soltado a la dichosa Bego. Según él, tenía los ojos rojos y estuvo muy callada en el camino de vuelta. Maldita entrometida.

No se lo pienso reconocer. Quizás me he pasado un poco con mi reacción. Aunque, si con ello he conseguido que se aleje, mejor. No quiero a nadie ahora mismo revoloteando a mi alrededor y preguntando a cada momento si estoy bien. La lástima y la compasión no son buenas compañeras mías.

Al menos, salvo que lo haya hecho a mis espaldas, le he convencido de que no cuente nada de esto ni a Lorena ni a mis padres. Solo me faltaba tener a más gente preocupada por mí por una tontería. Eso sí, bajo la promesa de seguir al pie de la letra las indicaciones del informe médico y hacerme todas las pruebas que me han solicitado en él.

Por fin, tras una insulsa comida que no me sabe a nada, unas cuantas broncas más, tanto de enfermeras como del médico, a las que Mateo se suma, consigo el deseado papelito con la

palabra «Informe de alta» en su parte superior.

Estoy deseando volver a mi casa y sumergirme en la rutina de mi trabajo y del día a día. Aún nos quedan unos días aquí y, con la amenaza de ser mi sombra, Mat ha decidido unilateralmente que no vamos a marcharnos, y vamos a aprovechar las vacaciones que nos quedan.

No me apetece para nada otra discusión con él, así que termino por aceptar y ceder. Total, no será para tanto. Además, si algo bueno tendrá lo que me ha pasado es que bajará el ritmo o, con suerte, cancelará todas las actividades y planes que tuviera previstos. Si quería relajarse, ahora sí va a ser en serio.

A pesar de que tengo ganas de volver, creo que Mateo se ha quedado sorprendido de que no le pida que hagamos la maleta ya mismo y nos marchemos.

El primer motivo es que no me apetece nada dar explicaciones de porqué volvemos antes de lo previsto. La segunda razón es que estoy agotado, y sé que cuando vuelva me voy a volcar del todo en el trabajo, y quizás no esté tan mal seguir con este absurdo y extraño respiro.

Y la tercera respuesta, esa que muere en mi mente y que no comparto con él, es ella. Porque sí, he sido un capullo y un borde, y dudo de que se atreva a acercarse a mí después de cómo la he tratado en el hospital, pero la verdad es que no quiero marcharme sin verla otra vez. No puedo.

«Leo, estás más jodido de lo que aparentas».



22 de julio de 2018

Hoy es nuestro último día aquí y lo tenemos bastante completo.

Nos encontramos en una de nuestras últimas actividades: una visita a las bodegas Habla.

Andrea, Sergio y Jairo caminan junto al guía, que les está mostrando los viñedos. Mi amigo escritor está muy interesado en cómo utiliza el terreno el equipo viticultor. Seguro que aprovecha esta experiencia enológica para alguna de sus novelas.

Aitana, que se queja del cansancio por caminar, se ha quedado más rezagada, y yo permanezco a su lado.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada, observando cómo se abanica con un folleto.

—Sí, es solo que... estoy acalorada del paseo.

—Creo que ya estamos llegando —informo al divisar un edificio a lo lejos frente al que los demás se han parado.

—Menos mal que esto se acaba —suspira aligerando el paso.

—¿La visita? No está siendo tan larga...

—No, me refiero a estas dichosas vacaciones. Oh, disculpa —añade poniéndose colorada—, no lo digo por vosotros, es solo que, necesito volver a casa y solucionar algunos problemas.

—Si quieres hablar o lo que sea, puedes contar conmigo. —La tranquilizo apretando su mano con suavidad.

—Nada, son cosas mías —concluye, y decido no presionarla preguntando más.

Llegamos junto al resto del grupo y entramos en la denominada sala de barricas, una amplia habitación en la que me estremezco ante las bajas temperaturas, necesarias para la correcta conservación del vino. Sergio, ante mi gesto, me abraza y, sin saber por qué, su cercanía me incomoda.

No puedo evitar pensar que mi mente se encuentre lejos de aquí. La sombra de Leo y la visión de sus ojos azules se ha diluido por unos días en el fondo de mis pensamientos. Según hemos podido saber por Mateo, él está bien y siguen aquí, pero están tomándose las vacaciones con más calma. No sé si será casualidad o premeditación, pero no nos hemos cruzado ni por los pasillos, ni por las zonas comunes del hotel. Ni siquiera por los alrededores del mismo, y esto no es tan grande, lo que me hace pensar que nos están evitando.

Imagino que, por dicha tranquilidad, es por lo que tampoco han participado en ninguna de las actividades que seguimos realizando. Y una parte de mí echa de menos su presencia, sus quejas, su fría mirada azulada.

Sin duda, su desmayo ha sido un antes y después para todos. Aunque no tendrá nada que ver con lo suyo, Aitana no es la misma que los primeros días, está muy ausente, pensativa, y no le apetece hacer nada. De hecho, me ha sorprendido que haya aceptado venir a la bodega, ya que rechaza casi todos los planes que proponemos, además de que se nota la falta de la alegría de Mateo a nuestro alrededor.

Jairo está un poco irascible, ya que los coletazos finales de su novela le tienen ocupado, y Andrea se desvive por mejorar su estancia y conseguir que no se olvide de comer o dormir, porque todo eso pasa a un segundo plano cuando se sumerge en sus historias.

Sergio y yo, somos Sergio y yo, sin más. No sé a dónde me lleva esto, y lucho por no darle demasiadas vueltas. Como autómata, me dejo llevar por la facilidad de sus acciones. Comemos juntos, paseamos juntos, pasamos casi todo el día el uno con el otro. Lo único que no compartimos son las noches. Sus besos cada vez son más largos, más repetidos, más intensos, alguna caricia furtiva los acompaña, pero no hemos llegado a nada más.

Quizás él crea que a mí me gusta ir despacio, o que, debido a mi anterior relación con Raúl, de la que le he contado algunas pinceladas, sin profundizar demasiado, me crean la necesidad de ir con calma.

No obstante, el principal motivo de mi reticencia a dar un paso más es que sigo pensando que, aunque mis acciones no muestran lo mismo, lo nuestro es solo amistad.

Una extraña relación en la que nos besamos, sí, pero solo amistad. Eso y que no me saco de la cabeza la última imagen de Leo, y mis ganas de volver a verle.

Todos esos pensamientos me despistan y no me estoy enterando de nada de lo que explica el guía. Solo he escuchado que ya vamos a pasar a la última parte de la visita, la cata de vinos.

La mala cara de Aitana al entrar a la sala me devuelve a la realidad. Mi sentido olfativo se ha activado, atraído por el aroma del roble y del vino. Sin embargo, a ella parece que le ha provocado el efecto contrario.

Por si fuera poco, el guía nos confirma que, dado que es menor de edad, por normativa de la empresa no es posible que ella pruebe los vinos, aunque sí que puede comer del embutido y queso que nos han servido como maridaje. Tras coger un par de porciones con desgana y dar un largo trago de agua a la botella que le han servido, se marcha alegando que necesita tomar el aire.

Pienso en ir tras ella, pero su hermano se me adelanta, siguiéndola, y me quedo degustando una copa de «Habla del silencio», uno de los vinos más icónicos y afamados del lugar.

Por la tarde, tras la vuelta de la visita a las bodegas, me dirijo a su habitación. Me abre la

puerta en pijama, con el pelo revuelto y los ojos hinchados.

—¿Estabas dormida? Lo siento.

—No, no pasa nada, adelante. —Se aparta con lentitud de la puerta y se deja caer en la cama.

—¿Estás bien, Aitana? Llevas unos días muy distante y —suspiro— hoy es nuestra última noche. Esta mañana te has ido muy rápido, y estabas algo rara.

—Sí, no sé —duda—, han sido unos días algo extraños, pero no pasa nada. Toca volver a casa.

—No lo dices muy convencida. ¿No dijiste que tenías ganas de volver?

—No, lo cierto es que no lo estoy, ¿y tú? ¿Debería llamarte cuñada? —Sonríe jocosa.

—Uf, no me preguntes algo que no sé ni responder. Sergio, ¿te ha dicho algo sobre nosotros?

—¡Qué va! Nosotros no hablamos de esas cosas. Ya habrás podido comprobar lo bien que nos llevamos —ironiza.

—Oh, si él te adora.

—Si tú lo dices, será, de ahí a hacerme su confidente, va un mundo. Tenéis una conversación pendiente por lo que intuyo.

—Conversación que no puedo aplazar más.

—Pues tienes la ocasión perfecta, con el rollo ese de ver las estrellas.

—¿Tú vienes?

—¿Yo? ¿Y estar rodeada de parejitas felices? No, gracias. Anda, ve a arreglarte que al final se te hará tarde.

Y sin más, tras darme un abrazo inesperado y sin mucho disimulo, me echa de la habitación.

Necesitaba un poco de espacio y tiempo para mí sola, por lo que me dedico a pasear sola por Trujillo. Me va a costar despedirme de este lugar. Aún no hemos hablado, Sergio vive en Madrid, yo en Alicante, y no estoy preparada para una relación a distancia. Bueno, de hecho, es que tampoco quiero una relación, puede que él sí. Si no le he preguntado todavía es porque es tan directo para tratar este tipo de temas, que me asusta que me deje descolocada y no sepa qué responder.

Puede que sea una cobarde por no confesarle que no quiero nada con él, o puede que lo que más miedo me dé es analizar el motivo real por el que no quiero. Y porque me aterra que en cierto modo me alegre que con Mateo y Leo sí compartimos ciudad de origen y sería más viable mantener el contacto.

Sea como sea, algo tengo que decir, aunque no tenga ni idea de qué.

Tras caminar sin rumbo, vuelvo al hotel. Suspiro mirando el edificio que ha sido nuestro hogar estos últimos días y que ya me parecen toda una eternidad.

Tengo que arreglarme para esta noche. Como última actividad, vamos a realizar astroturismo en Monfragüe.

«Vale, Bego, ya está bien de aplazar el momento. No te va a matar, ni te va a comer, dile que lo has pasado genial con él, que te gustaría conservar su amistad, y no estás lista para nada más. Así, claro, sencillo».

Ni de broma.

Sigo desvariando con ese tipo de pensamientos recurrentes, por lo menos durante una hora más. Me ducho, decido cenar sola en mi habitación, doy vueltas a qué ponerme, cuando yo no soy de las que se preocupan por la ropa que lleva, ni tampoco de comerme la cabeza, me mensajeo con Andrea y concretamos la hora.

Me pongo unos pantalones finos largos, color negro, una camiseta roja de manga corta, mi color favorito, recojo mi pelo con una goma del mismo color, me calzo unas deportivas y, pasando de maquillarme, voy al encuentro de mis amigos.

Sergio me recibe con un beso demasiado efusivo, que desata silbidos y bromas por parte de Andrea y Jairo, y que me encoge el estómago. Esto va a ser complicado.

Me lleva de la mano hasta el coche, en el que nos sentamos juntos en la parte de atrás.

Durante el camino, intenta iniciar una conversación, que apenas contesto con monosílabos, por lo que desiste y se dirige a Jairo, preguntándole sobre lo que vamos a hacer.

Cuando por fin llegamos, ya es de noche. Bajo de un salto del coche y camino hacia un claro. El lugar está prácticamente a oscuras, solo bañado por la luz de la luna, y me da un escalofrío.

Podría ser frío, podría ser miedo, pero no. El motivo de mi reacción, de que dé un respingo y aminore mis pasos, es que no estamos solos. Apoyado en el tronco de un árbol, con las manos en los bolsillos, alza la mirada al oírme llegar y sus ojos azules se clavan en mi interior.



30

Al fin estas interminables vacaciones llegan a su fin. Tampoco puedo decir que me arrepienta de haber venido, lo que está claro es que indiferente no me van a dejar. De hecho, creo que necesitaría unos días de descanso para recuperarme de ellas.

Sea como sea, mañana estaré de vuelta a casa y esto solo habrá sido un mal sueño. Un paréntesis en mi ordenada vida.

Sin embargo, antes tengo que complacer a mi querido Mateo. Con la excusa de mi convalecencia, me he podido escaquear de un sinfín de actividades que tenía programadas. ¿Quién organiza tal cantidad de ajetreo cuando se supone que vienes de desconexión?

Como es la última noche, no puedo escaparme. Además, se trata de una actividad tranquilita, ya que vamos a contemplar las estrellas.

Sobra decir que a mí pararme a mirar al cielo no me interesa lo más mínimo, y la verdad es que a él tampoco. Más bien, lo que le impulsa es meterse entre las piernas de Rebeca la última noche.

Sé que han quedado más de una vez desde el día del avistamiento de las aves, aunque no me ha dado demasiados detalles. La cuestión es que hoy, ni idea de por qué, es una noche especial debido a la conjunción de algunos astros, que hacen que sea el momento perfecto para observar el cielo y pedir un deseo.

Absurdo, ¿verdad? No sé si me consuela que no voy de *sujetavelas*, es decir, que no vamos los tres solos, sino que parece que esta actividad cuenta con muchos aficionados a ella, y se realiza

una especie de reunión nocturna para disfrutar de la vista.

Vamos, un sacacuartos en toda regla, dado que nos van a poner un guía que nos va a hablar de constelaciones, cometas y demás elementos de la galaxia.

Tras prepararme para el planazo, Mateo y yo cenamos juntos y ponemos rumbo a la dichosa aventura. Las ansias por ver a Rebeca le pueden y llegamos demasiado temprano, ya que solo el guía está allí.

La quedada es en un claro perdido entre montañas, en el que hay dispuestos varios troncos de madera que hacen la función de mesas, algunas sillas plegables y mantas, así como varias linternas.

Tras comprobar la hora y los mensajes recibidos, nos informa de que va hacia el camino que viene desde la carretera, a buscar algunos participantes que no encuentran la salida. Mateo decide acompañarle y yo opto por quedarme allí. Necesito un rato a solas antes de que comience a llegar la gente.

Me apoyo en un árbol y me sumo en mis pensamientos. Al rato, el sonido de varios coches que se acercan me anuncia que mi soledad y, por tanto, mi calma, se acaban.

Sin embargo, lo que me hace alzar la mirada, no son ni el sonido de las pisadas, ni el murmullo de las voces, sino sentir su presencia.

Porque sí, por alguna inexplicable razón, antes de verla ya sé que me voy a encontrar con ese pelo rizado y esos grandes ojos marrones que enturbian mis sueños.

Emociones contradictorias se mezclan en mi interior, al saber que ya mañana la perderé del todo de vista y, a la vez, mis ocultas ganas de volver a verla.

El latido de mi corazón se ralentiza, cuando debería acelerarse, al ver cómo, sin apenas acercarse, musita un simple «hola». Tan carente de todo y a la vez tan sentido. Entendería que después del numerito del hospital ni se dignara a saludarme. Ante todo, por lo poco que sé de ella, creo que es demasiado educada y correcta como para ignorarme.

La incomodidad y tensión de ese momento apenas dura unos segundos, puesto que sus acompañantes se acercan a mí, interesándose por mi estado de salud.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta su amiga, sin el deje burlesco ni irónico de su habitual tono de voz.

—Bien, gracias —respondo algo cortante. No soporto que me traten de forma diferente, ni que la gente demuestre por mí un falso interés que no siente.

—Espero que te mejores pronto —añade el idiota que va pegado a ella, estirando su mano. Asiento estrechándosela con firmeza.

Además de su grupo, hay siete personas más que no conozco, y que saludo con un leve levantamiento de cabeza. El guía nos invita a ponernos cómodos alrededor de los troncos, nos entrega un folleto y comienza con su perorata sobre las estrellas.

Me recuesto sobre mi brazo y reprimo varios bostezos. No puedo evitar mirarla de reojo. Está sentada lejos de mí y no creo que se dé cuenta. Se la ve realmente interesada y atenta a la explicación. Por tanto, me deleito observando la piel blanca de su cuello y su rostro de perfil. No me entero de nada de lo que el guía está contando.

Por eso me quedo parado cuando veo que varias personas comienzan a levantarse, se acercan a un rincón y cogen unas mantas y unas linternas.

—Ey, Leo —me susurra Mat—, ¿te vienes con nosotros?

—¿Adónde vais? —pregunto mirando de forma alternativa a él y a Rebeca.

—¿Te encuentras bien? ¿Has escuchado algo? Vamos cada uno por libre a buscar las constelaciones que aparecen aquí —explica señalando el folleto que ni he mirado—, a hacer

fotografías y tal, y luego nos volvemos a juntar con el resto del grupo.

Los miro y decido dejarles intimidad en su última noche, así que declino su oferta, cojo mis propios instrumentos y, antes de que alguien más me vea y me invite a acompañarle, escojo un sendero al azar, franqueado por altos y frondosos árboles. Espero no perderme.

Camino unos pasos, mirando con aburrimiento tanto el cielo como el papelito. El firmamento se ve negro, iluminado por montones de puntos azulados, que a mí todos me parecen iguales.

Al rato, me detengo al escuchar unos pasos, o más bien unas zancadas, como si alguien corriera cerca. Debido a la gran frondosidad, no veo nada, ni quién es, ni de dónde provienen, aunque cada vez se escuchan más nítidas.

De súbito, me veo atropellado por quien menos me imaginaba. Como un ciclón, sin poder hacer nada para evitarlo, Bego se estrella contra mi pecho.

Tiene el pelo alborotado, los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y la respiración acelerada, y lo primero que me pasa por la cabeza es que ese gilipollas le haya hecho algo.

—¿Dónde vas? ¿Estás bien?

—Sí, yo... te estaba buscando —susurra fatigada.

—¿A mí?

—Sí, necesito hacer esto.

Y sin más, se lanza sobre mi boca, chocando sus labios con desesperación contra los míos. Desconcertado, tardo unos segundos en reaccionar, por lo que se aparta cortada. Introduzco mis manos, como tantas veces he deseado, entre sus rizos, y la atraigo de nuevo hacia mí.

Sus besos son dulces pero urgentes. Demasiado ansiosos, por lo que, a pesar de las ganas que tenía de besarla, me veo obligado a pararla.

—Espera, Bego, ¿a qué viene esto?

—Lo... lo siento, creía que tú y yo... que... Olvídalo.

Echa a correr de nuevo, cruzando con mucha más agilidad que yo entre los arbustos. La llamo a gritos, pero no me hace ni caso, así que salgo a correr tras ella.

Cuando por fin se encuentra a unos pocos metros de mí y estoy a punto de alcanzarla, tropiezo al pisar una rama, perdiendo el equilibrio.

Me agarro por instinto a ella, para evitar mi caída, haciendo que sea ella la que frene asustada de golpe, sin poder evitar que acabe boca abajo en el suelo, conmigo encima.

—No puedes besarme y huir así, ¿te has hecho daño?

—¡Fuiste un imbécil!

—¿Qué?

—En el hospital, estaba preocupada por ti.

—¿Por mí? No tenías por qué, además nadie te pidió que vinieras a verme.

Se gira a mirarme y su rostro queda pegado al mío.

—Podrías haber sido un poco más amable.

—Quizás es que me molestaba tu presencia.

—Aparta —responde claramente cabreada—. No sé para qué te habré buscado.

Forcejea a manotazos, intentando librarse de mí. Me arrepiento al instante de mis afiladas e inoportunas palabras, ya que he podido contemplar en un instante el dolor en sus ojos. No sé qué cojones pensará ahora, pero no me importa. No voy a tener otra oportunidad. Comparadas con las mías, sus manos son muy pequeñas, por lo que cojo ambas con facilidad con una de las mías y las coloco por detrás de su cabeza. Con la mano que me queda libre, me debato entre acariciar ese rostro encendido de rabia o paralizar las piernas que no paran de patear.

—¿Qué coño haces?

—Evitar que te escapes de nuevo. —Rozo sus labios con suavidad, esperando su reacción, ya que es imprevisible. Noto que duda, aunque me corresponde.

Ahora sí que me besa lentamente y yo creo estar en el puto cielo. Por fin sus piernas se quedan quietas y yo relajo la presión de la mano que agarra las suyas.

Se libera de mi sujeción y nuestras manos cobran libertad, acariciando nuestros cuerpos. Gime ante la presión de mi erección, arqueando su cadera hacia mí, sin dejar ni un centímetro de separación entre nosotros.

—Leo —me susurra—, tenemos que parar.

—Shh, calla y sigue besándome. —No puedo evitar que me empuje y se levante. Se sacude la ropa, llena de briznas de hierba y piedrecillas, y un murmullo lejano de voces rompe la magia del momento.

—Deberíamos volver, quizás nos busquen.

—Pasa la noche conmigo.

—¿Qué?

—Mañana os vais, ¿no? Solo te pido eso, una noche.

—Yo... esto no sé si debería haber pasado.

—Bego —acaricio su cara y junto mi frente con la suya, recomponiéndome—, me gustas mucho. Déjame hacerte disfrutar, y mañana me sigues odiando si quieres...

—Solo esta noche.

—Si total, ya no nos vamos a volver a ver.

—Está bien —acepta.



31

Debo de ser una amiga o una persona horrible, ya que, desde que esos malditos ojos azules se han cruzado en mi camino, me molestan las atenciones de Sergio. Le he saludado, y me he ido a coger sitio, mientras que los demás se acercaban a preguntarle cómo estaba. No es que no me importe su estado, es que aún me duele su rechazo en el hospital y que no me dejara estar donde quería estar: con él.

Mientras el guía nos da su explicación, le miro varias veces de reojo, y le noto ensimismado, incluso se le escapa algún bostezo.

—¿Te pasa algo? —pregunta Sergio llamando mi atención—, te veo muy distraída.

—Sergio, tenemos que hablar.

—¿Sabes que esas tres palabras juntas dan mucho miedo? —Sonríe burlón.

—Es en serio, yo... mira, eres increíble, adoro haberte conocido, pero esto...

—Para, Bego, disfruta del último día, sin prisas, ya iremos viendo cómo surge lo demás.

—¡Es que no quiero que surja! —exclamo, frustrada por no atreverme a explicarme mejor.

Parece ser que la explicación del guía ha acabado. Andrea nos acerca unas linternas y unas mantas que coge Sergio.

—¿Os venís con nosotros?

—No, vamos solos, ahora os buscamos —se adelanta él.

Le sigo, decidida a zanzar de una vez este asunto. Me coge de la mano e intenta besarme, pero yo le aparto, resoplo y por fin hablo.

—Sergio, me caes genial, me encantaría tenerte en mi vida... como amigo.

—¿Amigos, Bego? ¿Y por qué me besas? ¿Por qué me sigues el juego si no quieres nada? Te hice esta pregunta antes de seguir justo para que no pasara esto. —Alza la voz y me pongo nerviosa.

—Lo siento, estaba a gusto contigo y me dejé llevar... me gusta otra persona.

—¡Pues así no se hacen las cosas!

—No te he prometido nada.

—Tampoco has evitado que esto —nos señala alternativamente— pase.

—No te enfades...

—Que no me enfade... Será mejor que me vaya. —Se da la vuelta y camina. Me siento fatal por mi falta de tacto, por no saber manejar mejor esta situación, y salgo corriendo. Necesito encontrar a Leo. Se nos acaba el tiempo aquí y no puedo irme sin hablar con él antes.

Los besos y las caricias de Leo me encienden de una forma inesperada. No entiendo ni mi arrebató por buscarlo, ni ese beso. Al arrepentirme e intentar huir, me he visto atrapada por él. He intentado escaparme, disimulando mis ganas locas por quedarme, pero cuando sus labios se han posado sobre los míos con esa pasión y esa urgencia, he perdido por completo el control.

No sé si habrá sido una buena idea aceptar su proposición. Le he mandado un escueto mensaje a Andrea, avisándola de que mañana nos vemos, y me he ido con él. He aprovechado los momentos en que iba conduciendo, camino al hotel, para observar su rostro. Enmarcado por varios mechones de su pelo revueltos, perlado de gotas de sudor, fruto de nuestro fugaz encuentro en el suelo y con sus concentrados ojos azules oscurecidos, no podía dejar de observarlo. Su mano se ha posado varias veces sobre mi pierna, apretándola con suavidad, y creo que se me va a salir el corazón por la boca de la expectación.

Su mirada lobuna, preguntándome por última vez, frente a la puerta de mi habitación, si quiero continuar, despeja todas mis dudas. Quiero que me devore y lo necesito ahora.

Asiento convencida y su respuesta no se hace esperar. Agarra con fiereza mi nuca, atrayéndome hacia él para asaltar mi boca.

Al entrar, me arrincona contra la pared. Deposita pequeños besos sobre mi cuello y mis hombros. Solo se detiene un segundo para quitarme la camiseta. Me vuelve loca su mirada oscurecida contemplando mis pechos. Con destreza, me libera del sujetador, descendiendo por la carne desnuda con sus cálidos labios. Se me escapa un gemido al sentir como juguetea con mis pezones. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Sus labios regresan a mi boca y sus manos vuelan por todo mi cuerpo. Alza una de mis piernas, instándome a abrazar su cuerpo con ella. Sus manos me acarician por encima de la ropa, y presiono sobre ellas, pidiéndole más. Sonríe con lascivia y baja mi cremallera, dejando con facilidad que caigan los pantalones al suelo. Estoy en bragas, totalmente empapada y él está vestido por completo.

—No estamos en igualdad de condiciones —susurro, intentando tocarle.

Él aparta mi mano.

—Me encanta tenerte así, eres preciosa. —Se relame, arrodillándose ante mí, mientras deposita un reguero de besos por mi abdomen, descendiendo hacia mi sexo.

Me mordisquea por encima de la única prenda que me queda puesta y siento que me quedo sin respiración.

—Espero que no le tengas mucho cariño a estas bragas —musita tras arrancármelas de un bocado.

Me alza entre sus brazos, obligándome a rodear su cintura con mis piernas, y me lleva a su cama, depositándome en ella.

Intento atraerle hacia mí, pero se arrodilla a los pies de la misma, abre mis piernas, dejándolas caer por encima de sus hombros y se afana en darme placer con su lengua.

No puedo evitar sujetar su cabeza para que no pare, acariciando su pelo. Aprieta mis muslos y me dedica la mirada más caliente que he visto en mi vida. No tardo en alcanzar el clímax y regalarle uno de mis mejores orgasmos.

Con rapidez, se deshace por fin de su ropa y entra dentro de mí.

Recibo con gusto sus certeras penetraciones. No me ha dejado ni tocarle, y necesito ser yo la que se mueva. Me retuerzo para que se levante y consigo que se dé la vuelta, quedando yo encima suya. Sentada sobre él, le cabalgo lentamente, disfrutando de la sensación de unión de nuestros cuerpos, y del ritmo de mi deseo.

Me acaricio sin dejar de moverme, buscando mi segundo culmen del placer. Tras varios temblores, bajo de mi posición y le dejo hacer.

Me coloca a cuatro patas y se introduce de nuevo en mi interior. Sus embestidas son cada vez más fuertes. Gimo enloquecida mientras acaricia mis pechos y agarra mi cabello, tirando de él para clavármela mejor. Sus movimientos se aceleran más y más, hasta que jadea y, saliendo de mí, noto su líquido caliente chorreando por mi espalda y me tumbo agotada, dejando que su cuerpo caiga sobre mí.

Lucho por no quedarme dormida al notar como se desliza a mi lado.



32

Me despierto cuando unos tímidos rayos de sol se filtran por la cortina de la habitación, y la observo.

Duerme plácidamente, con una sonrisa en sus deliciosos labios. Reprimo mis ganas de besarla y despertarla para un segundo asalto. Su cuerpo desnudo es una verdadera obra de arte.

Esta aventura se acaba hoy y toca la vuelta a la realidad. No puedo decir que me arrepiento, porque no es así. La deseo de una forma irracional desde el mismo momento en que me sacó de mis casillas por primera vez, pero la jodió en el primer instante en que se preocupó por mí.

Por eso decidí lanzarme a por ella, para ver si conseguía disfrutarla, aunque fuera una única vez. Lo de anoche fue una puta pasada. Mentiría si dijera que no me muero de ganas de repetir. Sin embargo, es mejor que me marche ya.

Una ligera punzada de culpa me atraviesa por unos segundos al pensar en Lorena. Aunque nuestra relación no sea perfecta, esto no está bien. Hay cosas que se escapan a nuestro control, y lo que ella me provoca me ha hecho sentir más vivo que en mucho tiempo.

Más que cuando gano un juicio. Más que cuando paladeo cada uno de mis triunfos.

«¿Estaría bien dejarle una nota? No, es absurdo, ¿qué podría decirle? Lo he pasado de lujo, que te vaya bien».

No, no puedo explicar con palabras lo que he sentido con ella, ni tampoco me conviene darle esperanzas, cuando no vamos a volver a vernos nunca.

Suspiro y abandono la habitación.

Sigue siendo bastante temprano cuando abandonamos el lugar Mateo y yo, por lo que no nos cruzamos con nadie.

No le cuento nada a mi amigo hasta que no estamos bien lejos de allí.

—¿Y te has ido sin más? ¿Sin pedirle ni el puto teléfono? Ya sabía yo que te tenía loco y tú a ella, tenías que ver cómo se puso cuando dije que estabas en el hospital. Eres la hostia, Leo, ¿y Lorena qué? Menos mal que yo sí tengo su número, aunque no sé si te lo daré.

—Dios, cállate, eres un puto taladro. Pasó, solo ha sido una puta noche, olvídale. Estoy deseando llegar y volver al trabajo a ver qué desastre hay en la oficina.

—Joder, eres insufrible. Ya tardabas en nombrarlo. ¿Sabes que lo tuyo tiene nombre?

—¿Qué dices?

—Sí, eres un *workaholic*.

—¿*Work* qué?

—Un adicto al trabajo, leí un artículo el otro día sobre eso y creo que tú cumples todos los requisitos.

—Sabes que tú los cumples para que te mande a la mierda, ¿verdad?

—Sí, sí, lo que tú digas, pero sabes que tengo razón.

Subo el volumen de la música, ignorando sus estupideces. Me acomodo en el asiento, y me quedo dormido con las imágenes de Bego desnuda sobre mí ocupando toda mi mente.



Despierto y antes de abrir los ojos ya noto la frialdad de las sábanas ante su ausencia.

Me siento algo decepcionada de que no esté aquí al despertar. Que sea una romántica no implica que por una noche de sexo ya me imagine un cuento de hadas, pero me hubiera encantado seguir entre sus brazos.

La sonrisa de mis labios es inevitable. Aunque me hubiera encantado despertar a su lado, mi cuerpo se enciende inevitablemente con el recuerdo de lo que sucedió anoche.

Mi mano se mueve sola y me acaricio pensando en sus manos, en sus labios, en su lengua y en toda su piel unida a la mía.

Que no le soporto es un hecho. Que me gusta demasiado también lo es. Me doy una ducha revitalizante que me carga de energías y bajo a la cafetería con la esperanza de encontrármelo.

Veo a Andrea sentada sola, así que le sonrío y me dirijo a la barra a pedirme un café para desayunar con mi amiga, deseando contarle mi noche.

Cuando estoy volviendo a la mesa, hacen su aparición Aitana y Sergio.

«Joder, qué oportuno».

—Parejita, ¿qué tal anoche? —pregunta pícara Andrea—. Pasasteis de ver las estrellas, ¿no? —Le guiña un ojo a Sergio, entonces me mira a mí y por mi expresión creo que intuye que la ha cagado.

—Pues tu amiguita no sé cómo lo pasaría. Yo me fui bien pronto a dormir. Y solo —recalca Sergio con una cara de cabreo que no le he visto ninguna vez.

—Emm, sí, yo no me encontraba muy bien y también me fui —miento.

—Vaya, lo siento —musita Andrea con incompreensión—, creía que os fuisteis juntos.

—Creías mal —replica él.

—¿Qué os pasa? —interviene Aitana por primera vez, y me doy cuenta de las ojeras que enmarcan sus ojos, por lo que me intereso por ella—. Nada, ¿tú estás bien?

—He dormido algo mal —se encoge de hombros—, nada que no arregle un café bien cargado. No puedo soportar la tensión, así que apuro el mío de un trago y me levanto.

—Bueno, yo tengo mucho que recoger, luego nos vemos.

Salgo con rapidez de allí y me voy a mi habitación a hacer las maletas. Las lágrimas se golpean en mi rostro. No he visto a Leo. La he cagado con Sergio. Y no quiero irme.

Subo la maleta a la cama y lanzo sin control toda mi ropa y el resto de mis pertenencias por encima de ella. Me tiemblan las manos y no puedo doblar nada, por lo que empiezo a meterlo todo amontonado, espero que luego cierre.

Me interrumpen unos suaves golpeteos en la puerta.

—Abre, soy yo.

Me abrazo a Andrea como si fuera mi salvavidas. Entre hipidos y lagrimeos, le cuento todo. Desde mi conversación con Sergio, hasta mi noche con Leo, aunque sin entrar en grandes detalles.

—¿Y qué haces aquí? Ve a buscarlo.

—¿Y para qué? Cuando me desperté ya no estaba. Además, él lo dijo, me pidió una noche.

—Mira, Bego, la verdad es que no entiendo qué hacías con Sergio, yo creía de verdad que te gustaba, pero ya veo que estaba equivocadísima. Siento si te animé a intentar algo con él, está claro lo que quieres y quién te gusta.

—Le di lo que me pidió... ¿Qué puedo decirle ahora?

—Lo que te dé la gana —exclama secando mis lágrimas con sus dedos—. Ahora mismo te recompones, lo buscas y todo lo que pase por esa cabecita y ese corazoncito se lo sueltas. ¿Qué puedes perder? Al fin y al cabo, nos vamos hoy.

Me dejo convencer por sus palabras y, antes de que se me pase este impulso de valentía, corro a buscarlo.

Recorro el pasillo hacia su habitación, pero no responden ni él, ni Mateo en la que creo que es la suya. Voy a la cafetería, a la entrada, al bar de la plaza del pueblo. Paseo sin rumbo por los alrededores del hotel, paso por el aparcamiento y compruebo desalentada que su coche no está.

Entonces hago lo primero que debía haber hecho: preguntar por él en recepción. Me confirman mis temores. Se ha ido. Sin despedirse de mí.

Suspiro derrotada y comprendo que me toca volver a la realidad.

«Adiós, Leo».



33

A pesar de la rabia que me ha dado que se haya ido sin decirme nada, yo hago lo mismo con Sergio. ¿Qué puedo decirle?

Me apena no haberme despedido de Aitana en condiciones. No obstante, como hemos intercambiado los números de teléfono, cuando esté más calmada, hablaré con ella.

Lo que ha pasado entre nosotros no tiene por qué afectar a nuestra incipiente amistad. Además, por mucho que disimulara, está claro que algo le pasa, qué no está bien, y quiero que sepa que cuenta conmigo.

Estoy agotada de estas vacaciones, tanto física como emocionalmente, y estoy deseando llegar a casa y ver a mis peques.

Andrea intenta animarme durante el viaje, pero me encuentro demasiado chafada, y ni siquiera sé decir con exactitud por qué, por lo que me paso durmiendo casi todo el camino.

Al llegar a casa, apenas puedo saludar a Marta, puesto que los ladridos y maullidos de recibimiento hacen que me olvide de todo, y acabo en el suelo rodeada del amor más sincero y puro que tendré jamás.

No me había dado cuenta de cuánto los echaba de menos hasta que he podido abrazarlos.

Tras agradecerle sus cuidados, consigo que Marta se marche. Estoy demasiado cansada y, aunque la adoro, no creo que ahora mismo sea capaz de aguantar su parloteo.

Vacío sin mirar toda la ropa de la maleta en el cesto de la lavadora, me pongo el pijama y me tiro al sofá a ver un canal aleatorio de televisión. Con Darcy en el suelo a mis pies y con Scarlett

y Jane peleando por su sitio junto a mí, me preparo para pasar la tarde.

Escucho mi teléfono sonar. Debo haberlo dejado en el bolso. Me da pereza levantarme, así que lo ignoro. Cada una de mis manos está ocupada con una gatita, y me duermo escuchando sus ronroneos.

Me despierto totalmente a oscuras. Me levanto a buscar mi teléfono, compruebo que son más de las tres de la madrugada y maldigo estos horarios. Ahora no podré dormir y en dos días tengo que volver al trabajo.

Reviso mis notificaciones por encima, ya que mi vista se queda parada en un mensaje de Sergio. Vale que por escrito no se puede interpretar el lenguaje no verbal, pero su tono deseando que todo me vaya bien y que gracias por mi nula despedida me parece hiriente, incluso sarcástico, nada que ver con el carácter divertido y amable que ha mostrado a lo largo de los días que hemos pasado juntos.

Escribo y borro varias veces, hasta que opto por ignorarle. Si no tienes nada bonito que decir, a veces es mejor callarse.

Igualmente, ignoro un par de llamadas perdidas de Raúl.

«¿Por qué acabo con todos tan mal? ¿Será culpa mía? ¿Será por esa obsesión por encontrar el amor a toda costa, que me hace ver todo perfecto y soy incapaz de aceptar la realidad cuando se me planta en las narices?».

No, no puede ser así. Raúl es posesivo y controlador, aunque Andrea lo defina como cabrón directamente. Yo no soy de usar esos términos tan malsonantes, aunque lo cierto es que muy buena persona no es.

En cambio, Sergio me pareció un amor desde el primer día. Mi absurda fijación con Leo lo ha estropeado. Tampoco quería nada con él. Sin embargo, eso es una cuestión y otra, acabar tan mal.

«Ay, Bego, eres lo peor», me digo a mí misma una y otra vez. No puedo evitar comerme la cabeza. No soy capaz de estar sola mucho tiempo.

Desde mi primer novio de preescolar, que me regaló un corazón de papel, y luego vi que mi compañera de pupitre tenía otro igual, me frustré con el amor y lo busco sin éxito en cada rincón. Basta, hasta aquí. Por una vez, voy a hacer caso a los demás y a dejar que sea Cupido quien me busque a mí.

Siendo práctica, lo de Leo fue un polvazo, y por desgracia no se puede repetir, aunque me muera de ganas, así que a otra cosa.

«Eso no te lo crees ni tú», replica una maligna voz en mi subconsciente.

Me repito eso mentalmente una y otra vez, decidida a cambiar mi forma de pensar, hago caso al rugido de mi estómago, me ceno una ensalada ignorando la hora que es y me preparo palomitas y pañuelos para hacer maratón de *This is Us*, una de mis series favoritas.



34

23 de agosto de 2018

Ha pasado ya un mes desde que volví de mis ajetreadas vacaciones y regresar a la rutina ha calmado un poco a los pájaros que anidaban en mi cabeza.

Adoro mi trabajo, al menos esa parcela de mi vida la tengo completamente cubierta, y es una suerte poder despertar cada día y tener ganas de acudir a él. Compadezco a quienes pelean con sus alarmas y odian el lugar donde deben pasar la mayor parte de su tiempo.

Cierto es que siempre se puede mejorar, y que no carezco de sueños, pero mi día a día en la clínica es genial tal cual es.

Mis pacientes son muy agradecidos. No negaré que en mi cuerpo tengo más de un arañazo e incluso una cicatriz consecuencia del bocado de un perro. Son pequeños gajes del oficio comparados con el cariño que recibo.

No obstante, hay días que son bastante complicados. Como hoy, que hemos tenido que atender a un cachorro atropellado por un malnacido e imprudente al volante que se saltó un semáforo en rojo. Por suerte, el golpe no ha dañado ninguno de sus órganos vitales. Ha sido más el susto ante la gran pérdida de sangre.

Aunque estoy cansada y sea jueves, necesito despejarme, por lo que acepto la invitación de mi amiga Vero de salir a tomar una copa. Nos ponemos mutuamente al día y, entre risas, copas y chupitos, consigo relajarme y divertirme un rato.

Al día siguiente

«No vuelvo a beber», me repito una y otra vez ante el apabullante dolor de cabeza y náuseas que siento. Sorteó como puedo a mis tres acompañantes peludos que ocupan casi toda la cama y me arrastro fuera de ella, con los ojos pegados y la vista borrosa. Tengo la boca muy seca. Me dirijo a la cocina para beber agua fría. Le doy un largo trago y acabo escupiendo gran parte del líquido que me sale hasta por la nariz, al ver la hora en el reloj del horno. ¡Son casi las doce de la mañana! No puedo creer que me haya quedado dormida. Nunca me había pasado antes.

Tengo que salir pitando, así que, lo más rápido que puedo, me lavo la cara, me pongo el uniforme limpio que tenía preparado y me hago un moño. No tengo tiempo de lidiar con mi pelo ahora.

Mi móvil está sin batería, aunque no sé por qué la dichosa alarma no ha sonado, cuando normalmente lo hace, aunque esté apagado. Lo enciendo y cojo el resto de mis cosas, para salir corriendo. Madre mía, mi jefa me va a matar.

Con el bolso aún sin cerrar y las llaves en la mano, pego un portazo. Entonces, todas mis prisas se reducen a ver mi vida pasar a cámara lenta.

Al salir tan acelerada, mientras intento guardar las llaves, piso la cordonera suelta de mis zapatillas, tropezando con torpeza. El ritmo que llevo me impide poder frenar a tiempo, y caigo rodando por las escaleras.

Suerte que vivo en un primero. Lloriqueo observando cómo mi pie derecho está torcido en una postura imposible, además de haberme golpeado la cabeza con el último escalón.

Ante el ruido sale mi vecina Antonia, la del bajo, llevándose las manos a la cabeza.

—Begoña, hija de mi vida, ¿qué te ha pasado?

Intento levantarme, pero el dolor del pie no me lo permite.

—Antonia, ¿está su hijo en casa? Necesito ayuda para moverme.

—No cariño, estoy sola —responde apurada—, pero no te preocupes, ahora mismo llamo a emergencias.

Y así comienza mi fatídico día, en una ambulancia de camino al hospital con mi vecina.



35

Ya ha pasado un mes de aquellas dichosas vacaciones y, aunque intento mantenerme concentrado en el trabajo, la dichosa Bego no abandona mis pensamientos. Es absurdo. Fueron solo unos días de algunas discusiones compartidas, y una noche de pasión, y, sin embargo, mi mente es incapaz de sacarla de mi interior. Sus grandes ojos marrones y su desordenada melena se aparecen en mis sueños cada noche, tanto las que paso solo como las que comparto con Lorena, lo que me pone de muy mala leche y me lleva a evitarla cada vez más y a discutir por tonterías. Tanto es así, que al final ni siquiera hemos hecho ninguna escapada a la playa tal y como ella quería, y ha preferido irse con sus amigas.

En la oficina, me encuentro sumergido en la calma que precede a la tormenta propia de la próxima llegada de septiembre. Tan solo Ana y yo permanecemos al pie del cañón. Ella, porque sus vacaciones ya se han acabado, y yo, porque tengo que poner un orden previo a la vuelta del resto de compañeros, además de que necesito mantenerme ocupado.

—¡Ana! ¿Puedes revisar el aire acondicionado? —exclamo abanicándome con un papel, mientras seco con un pañuelo una gota de sudor que surca mi frente—. Esto no va.

—Leo, si lo tienes a veinte grados —protesta entrando en mi despacho de brazos cruzados—. Me tienes helada.

—Vale, vale —resoplo—, súbelo un par de posiciones. ¿Has terminado ya el repaso de expedientes judiciales para ver qué escritos tenemos que presentar?

—Estoy en ello, me quedan menos de veinte por comprobar y todavía falta una semana para

que podamos comenzar a enviarlos. También he citado a los clientes que me dijiste, por lo que, si no necesitas nada más...

—Sí, sí, está bien —interrumpo—, puedes marcharte por hoy.

—Genial, gracias, y —añade— descansa, tienes mala cara.

Suspiro y masajeo mis sienes. Me empiezo a sentir mareado, debe ser de darle vueltas a tantos papeles, así que me cojo un bote de Coca-Cola de la nevera y me desabrocho un par de botones de la camisa, mientras me tomo un pequeño descanso.

Llamo a Julián para comentarle algunas dudas sobre un caso que tenemos a medio preparar y, poniendo como excusa la mala cobertura, me corta. Decido comentarlo con mi padre, para ver si su opinión me da un nuevo enfoque, y tampoco tengo suerte.

«¿De verdad que soy el único que se preocupa de que salga el trabajo adelante?».

Hablaría con Mateo, pero aún guarda algunas costumbres de la época universitaria, como salir de fiesta los jueves y seguro que hoy, un viernes por la mañana, estará de resaca o algo peor. Así que ni lo intento.

Por tanto, me acomodo en uno de los sillones de mi despacho, dispuesto a enfrascarme en la lectura de una guía actualizada sobre las últimas reformas penales.

El sonido del teléfono me devuelve a la realidad. Lorena me recuerda que hemos quedado para comer. Me he quedado dormido. Estiro mis músculos, desperezándome y siento un molesto dolor de cuello. Tengo la camisa empapada y totalmente arrugada. Menos mal que guardo una de repuesto en el despacho.

Salgo a la calle y recibo algo parecido a una bofetada al notar el aire caliente. A finales de agosto y casi mediodía no es un momento recomendable para estar por la calle en mi ciudad.

Teniendo el coche bien aparcado en el garaje, paso de que luego tenga que estar dando vueltas, hemos quedado muy cerca de aquí, así que echo a andar.

A pesar de que voy por la sombra, la temperatura es imposible de aguantar. Cada paso me cuesta más que el anterior. Me siento sofocado y apenas habré andado unos cien metros. Es cierto que el calor agobia un poco, pero nunca había experimentado esta sensación de no poder más.

Intento culpar al calor, aunque lo cierto es que últimamente me paso el día cansado. No me quiero imaginar cuando llegue septiembre y el trabajo aumente. Desde el dichoso desmayo en Trujillo, mi cuerpo no es el mismo.

Quizás debería hacerle caso a Mateo y apuntarme al gimnasio para estar en forma. No puedo permitirme ser débil ahora. No cuando tengo tantos casos importantes que resolver antes de acabar el año.

Estoy a dos calles del restaurante y ya noto el sudor correr por mi frente, incluso las manos me sudan y tengo que secármelas en el pantalón. Percibo los mismos síntomas que la otra vez, como mareo y sensación de ahogo. La vista por ahora no me falla, así que descanso unos minutos y luego sigo avanzando. Jodido cuerpo.

Lorena me espera impaciente en la puerta. La veo a lo lejos dando vueltas sobre sí misma, hablando por teléfono. Cuelga al verme llegar y su expresión ceñuda se modifica al mirarme, mutando a esa preocupación que odio cada vez que algún rostro la refleja por mí.

—Leo, ¿estás bien? Estás blanco.

—Sí, joder, es este puto calor —resoplo tirando del cuello de mi camisa.

—Anda, vámonos.

—¿Irnos a dónde? ¿No vamos a comer aquí?

—A urgencias. Tú no estás bien. Además, no disimules, que Mateo me contó todo lo de las

vacaciones.

—Chivato... —murmuro—. No necesito ningún médico. Si ese traidor —replico—, te ha soltado todo, sabrás que ya me dieron cita para hacerme pruebas y revisiones. Y estoy perfectamente.

—No seas crío. Si te las tienen que adelantar, pues que lo hagan. No es normal lo que te pasa y lo sabes, y más si es tan a menudo.

Quiero replicar, pero un nuevo mareo hace que tenga que apoyarme en su brazo, y no me queda más remedio que seguirla hasta su coche.

«Ya me las pagarás, Mateo».



36

Me trasladan en una silla de ruedas hacia urgencias, donde, tras contar brevemente en un primer mostrador de control lo que me ha pasado, me entregan un número de orden y nos guían hacia una sala de espera, que está abarrotada.

Según me informan, los turnos de espera se asignan en función de la gravedad del paciente, por lo que puede que me quede un buen rato aquí.

Tanto el pie como la cabeza me duelen horrores. Mientras Antonia va a comprarme un botellín de agua, llamo a Alicia, mi jefa, para contarle lo que me ha pasado y que no he podido ir a abrir la clínica, omitiendo que me quedé dormida. Después hablo con Marta y le pido que venga en cuanto pueda.

—Gracias por todo, Antonia, si quiere le pago un taxi para que vuelva a casa. Yo no sé cuánto tardaré y mi hermana viene de camino.

—Ay, no, hija, ni hablar —replica—, ¡cómo te voy a dejar aquí sola!

—Bueno, de acuerdo —acepto agradecida—. En cuanto llegue Marta se marcha para casa.

Suspiro y me preparo para tener paciencia. Escucho con atención los cotilleos de Antonia sobre sus amigas de la peluquería y las quejas sobre lo tarde que llega a casa su «pequeño» Iván, de treinta y cinco años, y lo poco que colabora en las tareas del hogar.

Varias personas son llamadas, seguro que mi número precedido de una letra «J» no será de máxima prioridad, por lo que, alegando dolor de cabeza, consigo que cese su perorata y cierro los ojos, buscando una pequeña desconexión.

La cantarina voz de Marta me saca de mi ensoñación.

—Tía, ¿qué te ha pasado? ¡Estás palidísima! Y ese pie pinta fatal. Antonia, gracias por acompañarla, ¿cuánto lleváis aquí? Voy a quejarme para que te atiendan ya.

—Calma, nena —musito abrumada—. Tampoco llevamos tanto tiempo y esto va por orden de urgencia.

—Está bien —resopla—. ¿Aviso a mamá y papá?

—No, ni se te ocurra, ya cuando estemos en casa se lo cuento.

Consigo que Antonia se marche, aunque prometiéndole que la avisaré cuando esté en casa para que me suba un caldo, y que Marta se compre un café de la máquina y se quede quieta a mi lado. Me relajo sonriendo mientras me acaricia el pelo con suavidad. Ese gesto se lo hacía yo cuando era pequeña y tenía cualquier problema en la escuela. Era el alivio de todos sus males y de mayores suele ser el mío, ya que mi vida amorosa es tan desastrosa que soy yo la que necesita en más de una ocasión su consuelo. Ella, en cambio, se podría decir que lleva toda la vida con Héctor, su primer y único novio desde la adolescencia, que la adora y es un amor de persona.

Me estoy quedando totalmente en calma, casi adormilada, cuando una palmotada suya en el brazo me hace reaccionar de golpe. Así es ella, tan tierna como brusca.

—Te has dado un golpe en la cabeza, ¿no puedes dormirte!

—¿Podrías no ser tan bruta? —me quejo frotándome los ojos—. No estaba dormida —protesto.

Se dispone a acomodarse en la silla y no le da tiempo porque por fin la pantalla da un pitido mostrando mi número en ella.

Tras pasar un nuevo triaje y explicar otra vez lo que me ha pasado, paso por diferentes salas y pruebas. Me han hecho escáner, radiografías, análisis de sangre y mil preguntas hasta que por fin dejan pasar a mi acompañante al último paso: el despacho médico para darme mi informe.

Sobre mi cabeza, todo parece estar bien, dado que en el escáner no se aprecia ningún daño. Por tanto, salvo la hinchazón, que ya comienza a notarse, ibuprofeno para el dolor y varias precauciones que debo tener en cuenta, como vigilar si sufro náuseas, mareos o algún tipo de confusión, asunto zanjado.

En cuanto a mi pie, es otra cosa. Está horrible, hinchado y morado, y me duele un montón. El diagnóstico es un esguince de grado II. Resoplo al enterarme que mínimo voy a estar de dos a tres semanas de baja, según evolucione.

Marta me infunde ánimos, apretando mi mano, y escuchando con paciencia todas las indicaciones sobre el tratamiento, que se traducen básicamente en que no voy a poder hacer nada.

Deseando irme por fin a casa, una vez acaban de inmovilizar el pie, insisto en que no me hace falta llevar la silla de ruedas hasta el coche, y me apoyo en su hombro para salir de la consulta.

Camino despacio, recorriendo el pasillo y midiendo cada movimiento, con cuidado en apoyar el pie lo justo, sin cargar demasiado peso sobre él.

Voy distraída escuchando a mi hermana y fijándome en mis pasos, cuando alguien abre una puerta a mi derecha con demasiado ímpetu y, sin darme tiempo a frenar, acabo estrellada contra su pecho.

Si no fuera porque me sujeta el brazo, me hubiera caído de bruces. Cuando alzo la vista, dispuesta a echarle la bronca por salir así, sin mirar, sus ojos azules, totalmente abiertos, se clavan en los míos, dejándome incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Tú...



37

Maldita sea la hora en que se le ocurrió al traidor de Mateo contarle a Lorena lo que me había pasado. Es peor que mi madre. De camino al hospital, me va a estallar la cabeza de oírla. Que si trabajas demasiado, que si duermes mal, que comes peor. ¿Hay algo que para ella haga bien?

La mandaría callar si tuviera fuerzas. El aire acondicionado del coche ha aliviado en gran parte mi sofoco, aunque continúo mareado y me cuesta enfocar con claridad la vista, por lo que mantengo los ojos cerrados.

No sé en qué momento estos dos se han compinchado para hacerme la vida imposible. Lo que me faltaba para rematar el día es escuchar la voz de Mateo por el manos libres.

—¿Cómo vais, Lore? Salgo para el hospital y nos vemos allí.

—Aquí tu querido amigo está murmurando insultos para ti, así que mal del todo no está, pero tiene muy mala cara.

—Sabéis que os oigo, ¿no? —replico—. Llévame a mi casa, anda, lo que necesito es comer y una siesta.

—¿Tú lo oyes, Mat? Es incorregible.

Y así continúan criticándome. Parezco el espectador de una película que no va conmigo, puesto que ambos ignoran mis susurros. No me queda otra que dejarme llevar. Espero que me realicen las pruebas que tengan que hacer y por fin me dejen tranquilo.

Estoy harto de que me pidan una y otra vez que descanse. Que tengo veintiocho años, ¿quién descansa tanto como pretenden a mi edad? Ya me tomé unas vacaciones y me han sentado peor

que trabajar.

Llegamos al hospital, me identifico en el control de la entrada de urgencias y me siento, dispuesto a esperar, mientras que mis dos acompañantes conspiran a unos metros de mí. No sé qué habrá dicho Mateo, porque no tardan ni dos minutos en hacerme pasar a una sala.

La intimidad del paciente se la pasan por el forro, porque, a pesar de mis quejas, los dos se cuelan en la consulta.

—Disculpe, doctora... —dice Mateo con su sonrisa de galán—, si insistimos en entrar es porque seguramente mi amigo no le cuente todos los pormenores de su situación física.

—No se preocupe, tenemos acceso al historial médico del señor Márquez, aunque prefiero que me cuente él lo que le pasa —responde dirigiéndome su mirada.

Trago saliva y resumo los síntomas que estoy sintiendo hoy y que se han repetido en otras ocasiones, además de relatar el desmayo que sufrí en las vacaciones. Le intento restar importancia. Su mirada condescendiente, como si tratara con un niño pequeño, me enciende. Eso y los apuntes de las dos moscas cojoneras que insisten en darle más gravedad de la que tiene y en añadir sus opiniones, que nadie les ha pedido.

Respiro al escuchar cómo les indica que tienen que esperar fuera. Me toman la tensión, me sacan sangre, sopro por un tubo, me hacen un electrocardiograma. ¡Cómo odio los hospitales!

Cada vez que me hacen una prueba diferente y tengo que esperar a la siguiente, vuelvo a estar frente a Mateo y Lorena, y vuelvo a cabrearme por su charla incesante. El agobio es tal, que mi parte más rabiosa toma el control y acabo pidiéndoles a gritos que se marchen. Sé que no van a hacerlo, que se quedarán en la retaguardia, escondidos en algún sitio, pero al menos consigo que salgan de la pequeña y asfixiante sala de espera en la que aguardo impaciente una prueba tras otra, hasta que por fin un doctor me atiende.

—Sr. Márquez, por fin tenemos los resultados de sus análisis. A nivel sanguíneo no encontramos ninguna alteración significativa. Tiene la tensión muy alta, lo que podría explicar los mareos. Sin embargo, no hallamos causa aparente para sus continuos desmayos y tampoco para esa sensación de ahogo, lo cual es preocupante, dado que la prueba de capacidad pulmonar ha salido algo justa. En definitiva, tenemos que realizarle una serie de pruebas más específicas, tanto a nivel respiratorio y pulmonar, como a nivel cardíaco, para ir descartando opciones y confirmar lo que creo que podría ser su diagnóstico.

—Mire, doctor, por si no lo ha visto, ya estuve en el hospital el mes pasado, y ya tengo cita para una revisión en noviembre. Mis amigos se han empeñado en que viniera, pero ya ha visto que estoy perfectamente.

—¿No me ha escuchado? Eso no es lo que le he dicho. Voy a tramitar su expediente para que le preparen el ingreso, no se preocupe, calculo que en unos tres o cuatro días ya le habrán realizado todos los exámenes pertinentes para que pueda confirmar mis sospechas y podrá irse a casa.

—¿Ingreso? ¡¿Usted está loco?! No pienso quedarme aquí, seguro que necesitan las camas para alguien que esté realmente enfermo. A mí deme cita y yo vengo a sus pruebas y punto. Tengo mucho que hacer ahí fuera como para esto.

—Sr. Márquez, debería calmarse y analizar lo que está diciendo. Mi recomendación absoluta es que permanezca aquí hasta que sepamos lo que tiene. Si abandona el hospital será bajo su responsabilidad, ¿y si vuelve a desmayarse al salir de aquí?

—Al cuerno con su recomendación, ¡me largo!

Se encoge de hombros e insiste en convencerme de que tengo que quedarme en el hospital. Ante mi reiterada negativa, me entrega mi informe de alta voluntaria y mis citaciones, no sin

antes pedirme que reconsiderare mi decisión.

Evitando soltarle una bordería para que se meta en sus asuntos y me deje en paz de una vez, agarro con fuerza la puerta y salgo de la consulta, con unas ganas tremendas de irme de allí.

Tengo la vista puesta en el informe, buscando la fecha que finalmente me han citado, cuando alguien se estrella contra mi pecho.

Voy a replicar cuando esos preciosos y grandes ojos marrones que llevan atormentando cada noche mis sueños se clavan en mí.

—Tú...

Tiene una pinta horrible. Aunque me ha parecido que sus ojos han adquirido brillo al mirarme, están rojizos. Lleva una especie de férula en el pie y se apoya en una chica que, aunque es más alta y tiene el pelo liso, se parece mucho a ella.

—Bego... —intento acariciar su mejilla, pero aparta la cara con brusquedad—. ¿Qué te ha pasado?

—Te fuiste sin despedirte.

—Yo... era lo mejor, ¿no? —musito. No esperaba su reproche.

—Ambos teníamos claro que íbamos a compartir una noche. ¿Tuviste que ser maleducado hasta el final?

—¿No eres tú ahora un poco borde? —replico.

—Será que no esperaba volverte a ver.

—Ni que yo te hubiera buscado. ¿Cuántas probabilidades existen de que nos volviéramos a ver, y encima en un lugar así?

—Espero que las mismas de que te vuelva a encontrar.

Tras esa frase sentenciadora, intenta alejarse, aunque le cuesta moverse y su acompañante se ha quedado pillada mirándome.

—Marta, ¿nos vamos?

—Espera, joder, ¿no quieres un café o algo? ¿Y si no volvemos a vernos? —Qué absurdo y desesperado ha sonado eso.

—No es el momento, Leo.

Se da la vuelta para irse, y no se me ocurre nada coherente para retenerla. Nada que no sea lanzarme a sus labios y demostrarle a besos cuánto la he echado de menos.

Mateo y Lorena, que no sé de dónde vendrán, hacen su aparición, acercándose a mí con cautela. Imagino que intentando deducir mi estado de ánimo, el cual se ha edulcorado bastante al verla.

Bego se gira al escuchar sus voces, y su cara se alegra al reconocer a mi amigo.

Sorprendido ante su presencia, no tarda en reaccionar y lanzarse a abrazarla.

Ojalá para mí fuera tan fácil acercarme a ella. Ojalá pudiéramos hablar de una forma tan fluida.

Escucho cómo le pregunta qué tal la vuelta de vacaciones, cómo le explica la caída tonta que ha tenido, le presenta a la que resulta ser su hermana y, cuando oigo que él le cambia de tema para no contarle el motivo de nuestra visita al hospital, me apoyo en la persona que está a mi lado, es decir, en Lorena, y, agarrado de su brazo, le obligo a alejarnos sin mirar atrás.



31 de agosto de 2018

Llevo una semana en casa y ya estoy desesperada. Tantas atenciones me abruman. Agradezco las visitas de mis padres, las comidas que me sube Antonia y los cuidados de Marta. No me puedo quejar de sus mimos. Sin embargo, mi querida hermanita se pasa demasiado tiempo aquí, incluso se ha quedado a dormir dos veces, y, aunque la quiera con locura, me agobia.

Aunque los dolores de cabeza ya van remitiendo, y solo me tomo una pastilla para poder dormir por la noche, la falta de movilidad del pie es un incordio. Cada vez que me muevo por casa, Scarlett y Jane se pelean por enroscarse en mi pierna sana, haciendo que peligre mi estabilidad. Además, Darcy es un dramático, ya que me dedica un aullido lastimero cada vez que me mira, y me clava sus ojos de pena por no poder salir a jugar. El único que le anima es mi cuñado Héctor, que pasa por aquí tres veces al día para bajarle a hacer sus necesidades.

Por si fuera poco, Alicia, mi jefa, está que trina. Ni que fuera culpa mía no poder ir a trabajar. Más ganas que yo aseguro que no las tiene nadie. Echo de menos mi rutina y a mis pacientes.

En la clínica solo trabajamos la susodicha, Sonia y yo. Sin embargo, yo soy la que tira con el mayor peso del trabajo. Sonia porque lleva poquitos meses trabajando con nosotras, y Alicia porque pasa la mayor parte del tiempo de congreso en congreso, ya que es una veterinaria bastante conocida, y ha escrito diversos ensayos que la llevan a viajar con mucha frecuencia para dar conferencias. De ahí que le haya sentado tan mal mi ausencia. Por otro lado, Sonia me

escribe más veces de las mentalmente aconsejables para consultarme mil y una cosas. Tengo que reprimir mis ganas de pillar un taxi y plantarme allí para ponerle las pilas.

Ante este panorama, me siento enjaulada en casa. Tanto tiempo libre me da por pensar y no me saco de la cabeza a Leo.

Los escasos minutos que nos cruzamos en el hospital me dan para horas de imaginación. El roce de su mano en mi mejilla estuvo a punto de hacerme caer en su red. Porque sí, me moría de ganas de aceptar ese café o lo que fuera, con tal de volver a estar un rato con él.

La llegada de Mateo fue una bendición. Su alegría me ayudó a disimular cómo me dolió verlo alejarse del brazo de esa mujer.

Y no solo fue mi salvación en ese momento, sino que se ha convertido en todo un apoyo para mí, ya que nos mensajeamos todos los días y su continuo tono bromista alivia un poco mis penas. Entre sus conversaciones —en las que no me atrevo a preguntar por él— y las videollamadas con Andrea, soy un poquito más feliz.

De hecho, nos llevamos tan bien que he decidido invitarle a cenar a casa. A él y a mi amiga Vero, que no la veo desde hace días, ya que la absorbe su trabajo como entrenadora personal, y también necesito su compañía, por lo que me lanzo a sus brazos nada más verla.

—Bego, cariño, ¿cómo te encuentras?

—Aburrida, cansada y dolorida, pero feliz de verte.

—Llevo una semana superliada. Apenas he salido del gimnasio. Me van a salir las dietas por las orejas. Hoy toca mucha cerveza y comida china. ¿Has pedido ya?

—Aún no, tenemos que esperar a otro invitado.

—No habrás vuelto a hablar con Raúl, ¿verdad? —Tantea preocupada—. Sé que te tengo un poco abandonada...

—No, no, tranquila, eso está más que zanjado. Ya verás, te va a encantar.

Tras la llegada de Mateo no puedo evitar activar mi vena romántica casamentera, e imaginar que estos dos hacen buena pareja. No se me escapan las miradas que ambos se echan y sí, ya sé que debe ser pura atracción física, pero siempre guardo la esperanza de que el amor surja en cualquier parte. De hecho, suele hacerlo a menudo, aunque a mí jamás me pase.

Parece que la que se ha enamorado profundamente es Jane, quien no se baja del regazo de Mat.

—¿Qué le pasa a esta preciosidad? —pregunta acariciando su barbilla—. Parece ser que las vuelvo a todas locas —bromea.

Entre risas y anécdotas cenamos y bebemos. Mat y Vero tienen un tema que les apasiona en común. Él está asombrado de sus conocimientos sobre el mundo del *fitness* y ella encantada de poder compartirlos y, quizás, ganar un futuro cliente.

Cuando Vero indaga más sobre cómo nos conocimos y nos pregunta sobre las dichas vacaciones, suspiro incómoda e intento cambiar de tema.

—Hay cosas, bueno, más bien personas de esos días que preferiría no recordar —digo pensando tanto en mi intento de amistad frustrada con Sergio como, sobre todo, con el querido amigo de Mat que no puedo sacar de mi cabeza.

—Oh, vamos —replica él—, tampoco lo pasamos tan mal, ¿no?

Ante mi suspicaz mirada, Mateo entiende por dónde van los tiros y me pregunta por Andrea y Jairo, haciendo que me relaje hablando de mis amigos.

Al final, la noche no acaba tan mal, sobre todo por el hecho de que ambos se acaban marchando juntos.

Mientras yo, como ya va siendo habitual, acabo dormida en el sofá, con el murmullo de la

televisión, la compañía de Darcy y el ronroneo de mis dos incondicionales felinas pegadas a mí.



39

Ni Lorena ni Mateo saben nada de la insistencia del médico de ingresarme en el hospital. Recomendación a la que obviamente no hice caso alguno. Me han adelantado la fecha de las pruebas. Con eso es suficiente, no tengo prisa ninguna por volver.

Estoy harto de tener a todo el mundo pendiente de mí, rayándome la cabeza para que descanse. No puedo hacerlo, no ahora que tengo tan cercano uno de los juicios más importantes y decisivos para mi carrera. Aquel que puede encumbrarme o cargarse mi reputación de un plumazo. De una sentencia, para ser más exacto.

Tengo que preparar nuestra defensa a conciencia, puesto que, aunque tenemos todas las de ganar, nos ha tocado un juez duro y quisquilloso, y no las tengo todas conmigo. Además, en mi profesión, hasta que no lo tengas por escrito, no está ganado, por muchas variables que se encuentren a tu favor.

Por eso me he reunido ya dos veces esta semana con mi cliente, y la próxima semana lo haré una tercera, en cuanto me estudie nuevos argumentos que podemos alegar para justificar su complicada contabilidad.

Tampoco puedo ignorar por más tiempo que mi salud no es todo lo buena que desearía, o que debería ser dada mi edad. No reconoceré esto en voz alta, pero lo cierto es que a veces me veo superado por el día a día, y me agoto más de lo que me puedo permitir.

Quizás baje el ritmo una vez pase el juicio. O quizás no sea capaz de parar. Lo único que sé es que no puedo aguantar más la presión de mi entorno porque lo haga. Debe ser decisión mía.

Por ese motivo, mis peleas con Lorena son cada vez más frecuentes. Nunca hemos sido una relación al uso. De hecho, siempre nos hemos comprendido bastante bien, y ambos solemos priorizar el trabajo frente a otras actividades, y tenemos nuestra vida paralela al otro. Es decir, que no damos cada paso juntos, aunque siempre estamos ahí. Sin embargo, se ha vuelto muy delicada, muy, como diría, madre. Porque sí, parece mi madre, diciendo «Leo, has dormido, Leo has comido, Leo vas a dejar ya el trabajo por hoy», y así, cada vez me alejo más de ella e intento verla lo menos posible.

Del que no me puedo librar es del incordio de Mat. Por temas laborales hablamos casi a diario, aunque no tarda ni diez minutos en dispersarse y hablar de otras cosas. Sé que está preocupado por mí, pero al menos intenta distraerme, aunque no sé yo si tanta cerveza será sana, que luego con la resaca me cuesta más concentrarme.

La realidad es que también me viene bien despejarme un rato, por lo que he aceptado salir a tomar algo a un pub para que me cuente sus aventuras de este fin de semana.

—Buah, tienes que conocerla. No solo tiene un cuerpazo, es que es una mujer total. Es entrenadora personal, tiene conversación interesante, es inteligente, divertida.

—Joder, Mat, sí que te ha dado fuerte con tu nueva conquista, igual hasta te dura más de un mes —ironizo—, ¿me vas a contar dónde la conociste?

—Ni te lo imaginarías, fue en una cena en casa de...

—¿En casa de quién?

—A ver, prométeme que no te vas a enfadar cuando te lo diga. Fue en casa de Bego.

—¿Cómo que en su casa? ¿Tú tienes relación con ella? ¿La has visto después del hospital? ¿Y no me dices nada?

—Tranqui, frena, desde ese día hablo con ella, sí. No todos somos tan bordes como tú.

—¡Si fue ella la que me ignoró! Ni un puto café aceptó tomarse conmigo.

—Algo normal después de que la dejaras tirada en Trujillo, ¿no crees?

—Habló el más indicado —resoplo—. Quiero que me cuentes todo ya, dame su teléfono, y la dirección de su casa.

—Leo, no te voy a decir nada, es mi amiga, y no se encuentra en su mejor momento. No vayas tú a complicarle la vida ahora. Como mucho, puedo tantear si le gustaría verte otra vez.

—¿Tantear? No me la saco de la puta cabeza. Necesito verla. ¿Qué le pasa?

—Bueno, no te pongas así, está bien. No pienso contarte nada. Espero no arrepentirme por decirte cómo localizarla. Cuidado, Leo.

Satisfecho, tras obtener sus datos, no veo el momento de acercarme a ella.

Que mi amigo la defiende con ese fervor, me da mala espina.

«¿Tan malo soy cuando me acerco a la gente?».



40

Que tengo muy mala suerte es un hecho demostrado. Todo me pasa a mí. En la última revisión, mi recuperación iba viento en popa y todo apuntaba a que en la próxima semana podría por fin liberar mi pie, empezar con las sesiones de rehabilitación y comenzar a caminar.

Eso hasta que, cuando cargaba con la taza de desayuno y un paquete de galletas, Scarlett y Jane decidieron que era una buena idea hacer una carrera conmigo de meta. Con semejante torbellino de ocho patas estrellándose contra mí, no pude evitar tropezar y caerme de morros y claro, ¿a dónde van los golpes? Siempre a las heridas, y, en este caso, a mi dichoso esguince.

Si no hubiera estado ya lesionada, hubiera sido una simple torcedura de tobillo, al haber doblado de mala forma el pie al caer. Sin embargo, al estar la zona aún debilitada, el resultado son más días de baja, más días de recuperación, otra vez dolores al moverlo. En fin, que vamos para atrás. Y todavía tengo que dar gracias a que no me he roto la nariz, aunque tengo la ceja hinchada y un par de «bonitos» morados decorando una de mis mejillas y el contorno de mi ojo derecho. Todo un cuadro, vaya.

Pensaba que Alicia se tomaría peor que renovase mi baja. Para mi sorpresa, ni se ha quejado, y solo me ha deseado que me mejore pronto.

Llamo a Sonia para hablar con ella, ya que hace unos días que ha dejado de enviarme consultas. Pensaba que ya se habría hecho al funcionamiento diario de la clínica, y su motivo es otro: han contratado a alguien nuevo.

Por un lado, me siento aliviada de pensar que no van a estar presionándome para que vuelva lo

antes posible, aunque, por otro, quizás peligre mi puesto de trabajo. Desecho ese pensamiento negativo de mi mente. Llevo mucho tiempo trabajando con Alicia, solo habrá buscado una ayuda extra.

Estoy tan desesperada de estar en casa, y más sabiendo que mi reposo se alarga inevitablemente, que decido salir a tomar el aire.

Aún hace calor, así que me visto cómoda y fresca, con una blusa de tirantes y unos pantalones cortos, me maquillo un poco, lo justo para disimular el desastroso aspecto de mi rostro, agarro las muletas y me despido de mi perro, que me mira de forma lastimosa al ver que me voy a ir.

—Lo siento, Darcy, tendrás que esperar a que vengan Héctor o Marta a sacarte de paseo, no me veo capaz de manejar este trasto y cuidar de ti.

Parece que se conforma con el plan, y se aparta de la puerta, dejándome paso.

Apenas doy una vuelta a la manzana y estoy agotada. Creo que ha sido una pésima idea. Sin embargo, ya que he salido no me voy a volver tan rápido a casa, así que opto por cruzar a la acera de enfrente y sentarme en la terraza de la cafetería de Paquita, el lugar ideal para rumiar mis penas con su repostería casera.

Con un vaso de leche de avena y un muffin de calabaza, me siento mucho mejor.

Tengo que reprimir un gemido y cerrar los ojos ante la textura tan esponjosa y el sabor tan delicioso de mi merienda.

—¿Bego?

El sonido de su voz me sobresalta. El corazón está a punto de salirse del pecho, aunque lo que expulso más bien son varios trozos de migas que casi impactan en su cara.

—¿Qué coño haces tú aquí?

—¿Dónde? —pregunta mirando a su alrededor—. ¿En una cafetería pública? Pues venir a tomar un café —indica, como si fuera lo más obvio y normal del mundo que me lo tenga que encontrar enfrente de mi casa—. Y no he podido evitar sentarme delante de ti a ver cómo disfrutabas de eso.

—Pues ya me has visto. Ya puedes largarte —espeto limpiándome los restos de comida de la boca.

—Espera, joder, ¿tienes que ser así de borde cada vez que nos veamos?

—¿Acaso mereces algo más? ¿Algún trato especial? Si no salgo corriendo es porque literalmente no puedo —replico señalando mis muletas.

—En ese caso, compartamos un café, ¿una tregua?

Estira su mano y rendida, la acepto. Un escalofrío me recorre al tocarlo. Un cálido recuerdo de la noche que pasamos juntos. Mantengo mi mano aferrada a la suya más tiempo del permitido para sellar un pacto. Como si esas tórridas imágenes, que seguro me han puesto colorada, se fueran a ir de mi mente por soltarle y ese simple gesto le diera sentido a algo indefinido, algo que no se discernir qué es. Lo único que sé es que de repente ya no tengo ganas de que se marche.

No sé qué pasará por su cabeza, pero no me suelta. Sus dedos acarician con suavidad la palma de mi mano y ese leve roce me estremece. Convencida del todo de que quiero su compañía, carraspeo, rompiendo el raro momento, y le hago un gesto a Paquita para que se acerque a atenderlo.

—¿Puedo saber qué te ha pasado? —pregunta mirando el pie que tengo en alto, apoyado en la silla pegada a la suya, aunque no se me escapa que una ligera mirada se posa en mi cara, y en los moratones mal disimulados.

En los últimos días, todo mi entorno se empeña en animarme, alegando que esta es una mala racha. Valoro sus buenas intenciones, aunque lo único que me apetece ahora es quejarme, y creo

que Leo puede ser el candidato perfecto.

Así que, comenzando por la caída de las escaleras, aunque seguro que esa parte ya la escuchó cuando se la relaté a Mateo, le cuento cómo ha sido mi día a día de las últimas semanas. Me quejo mucho y más y, para mi grata sorpresa, me escucha con atención.

No sé en qué momento su mano se ha apoyado en mi pierna, la que tengo pegada a él, y el tacto de su mano, recorriendo de forma tan inocente como intencionada mi piel desnuda, me enciende de una forma tan exagerada como el nivel de mis quejas.

—Y ese es el resumen de mi interesante vida —ironizo acabando mi relato—. Estoy acaparando demasiado la conversación y no te he preguntado cómo estás tú.

—Muy bien, con mucho trabajo.

—Qué escueto, ¿no? ¿No me vas a contar qué hacías tú en el hospital?

—Mejor otro día.

Me revuelvo incómoda y aparta su mano de mi pierna. ¿Llevo toda la tarde hablando sin parar y él no me cuenta nada?

—Ha sido un placer verte. Ya me tengo que marchar —suelto intentando incorporarme.

—Espera, te ayudo. ¿Quieres que te acompañe o te lleve a algún sitio?

—No, vivo aquí al lado.

Me levanto sin despedirme, acomodándome lo mejor que puedo las muletas, y echo a andar hacia el paso de cebra para cruzar hacia casa. Cuando me giro en el semáforo, me doy cuenta de que me ha seguido y casi nos chocamos.

—¿No pensabas despedirme?

—Lo siento, es que ya me está doliendo mucho el pie. Necesito descansar.

Cuando cruzo, veo que no se rinde y continúa siguiéndome hasta la misma puerta.

—Esto ya es acoso, ¿eh?

—Solo estoy ayudando a una amiga. —Sonríe mientras me sujeta una de las muletas para que busque las llaves.

—¿Quieres subir, ya que no consigo librarme de ti?

—¿Pensabas subir tú sola? —dice al ver que en mi edificio no hay ascensor.

—No seas exagerado, es solo un piso.

—Hoy es tu día de suerte —exclama tomándome en brazos y comenzando a subir los escalones.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? Nos vamos a matar. ¡Bájame! —le pido rendida entre risas.

Mi respiración se acelera al tenerle tan cerca de mí, pegado en mi espalda, esperando que abra la puerta y le deje entrar en mis dominios... y en mi vida.



41

Desde que Mateo me dio su número de teléfono y su dirección, he pensado miles de veces en llamarla, en escribirle, y no me he atrevido. ¿Qué le iba a decir? Ya me dejó claro que no quería saber nada de mí. Me niego a aceptarlo.

No soy un obseso, ni un acosador. Solo necesito comprobar si para ella esa noche fue tan importante como para mí. No puede ser que no deje de pensar en Bego y para ella yo sea tan indiferente. Hubo una conexión especial. La sentí, no estoy loco.

Por eso llevaba días rondando su casa. Si no me atreví a llamarla por teléfono, mucho menos llamar a su puerta. No te puedes plantar en la casa de alguien que no soporta tu presencia. ¿O sí?

Nunca he perdido tanto el tiempo. Tengo trabajo acumulado y, sin embargo, me he pasado varias tardes así. Hasta hoy.

El corazón me ha dado un vuelco al verla sentada en la cafetería. Tan sola. Tan pensativa. Tan vulnerable, tan seria. Hasta que, al acercarme, he visto cómo cerraba los ojos y gemía al morder una magdalena. Ese gesto me ha puesto a mil, y me ha dado el empuje necesario para sentarme a su lado.

Aunque se ha sobresaltado al verme, no he visto rastro de decepción en sus ojos, incluso me ha parecido percibir un ligero brillo, así que me he animado a hablar con ella.

No esperaba para nada que nuestra conversación fuera a tomar ese camino. Se ha desahogado conmigo, desnudándose de una forma que no vi entre las sábanas de aquella noche. Y eso hace que me guste un poquito más.

Y aquí estoy ahora, esperando que abra la puerta de su casa y me deje conocerla un poco mejor. Porque viendo un hogar por dentro podemos conocer detalles de una persona que no nos va a contar con palabras. Y estoy deseando hacerlo.

—Espero que te gusten los animales —dice abriendo la puerta con lentitud—, no te asustes del recibimiento.

Un chucho peludo marrón me taladra los tímpanos con sus ladridos, dando saltos alrededor de su dueña.

—No temas, es muy sociable —asegura—. ¿Qué pasa, pequeño? ¿Quieres conocer un nuevo amigo? Pasa, Leo.

Envidio la voz tan tierna que le dirige a su perro. Ojalá me hablara a mí así.

—Lo cierto es que no soy muy de animales —confieso, sin saber muy bien cómo saludarle—. Emm, hola.

—Se llama Darcy, y le encanta que le rasquen las orejas. —Imito su gesto y parece que no ha ido tan mal, aunque lo peor me mira desde el respaldo de un pequeño sofá, cubierto por una tela azul, que preside su salón. Dos gatos rayados, grises y enormes, me observan con sus grandes ojos—. Si alargas demasiado el saludo a Darcy, se pondrán celosas. Ellas son Jane y Scarlett —me presenta señalándolas alternativamente.

Una de ellas me mira con desdén, pega un salto y se marcha hacia una habitación que hay en el fondo de la sala, mientras que la otra maúlla sin dejar de mirarme.

—Jane es un poco arisca, al menos no se ha lanzado a arañarte —bromea, o al menos eso espero—. Scarlett es más mimosa, ven, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua fría estará bien.

No muy convencido de que ese bicho sea inofensivo, tomo asiento en el extremo más alejado del sofá, mientras ella suelta las muletas y cojea hasta el frigorífico.

Echo un vistazo a mi alrededor. El salón es bastante amplio y curioso. Frente al sofá, hay un mueble con un televisor y su alrededor está lleno de cojines y extrañas estructuras que llegan a la pared y supongo que son juguetes de gato. En el otro extremo hay una pequeña mesa de madera, con cuatro sillas, una estantería con libros y una lámpara de pie. La verdad que está bastante desordenado para mi gusto, aunque quizás sea por el hecho de que no puede moverse bien. Está separado de una pequeña cocina por una barra americana de mármol, en la que Bego me está preparando un vaso con hielo y limón.

Cuando me trae el agua y se deja caer a mi lado, la gata salta a su regazo, aceptando gustosa sus caricias y emitiendo un ronroneo.

—Bego —llamo su atención—. Yo quería disculparme por cómo me fui aquella noche.

—Eso ya da igual.

—No, no da igual. Escucha, soy una persona complicada. Esa noche fue especial y, no quería joderla, no sé, no quería ofrecerte algo que quizás no podría darte.

—Vamos a ver, Leo, tengo claro que fue una noche. De hecho, lo tenía antes de meterte en mi habitación, y no pensaba pedirte nada más. Era el último día de vacaciones y ni me imaginaba que nos fuéramos a volver a ver o que fueras a estar alguna vez así, en mi sofá. Lo que no significa que al menos podías haber tenido la decencia de despedirme.

—El problema es que no sabía si sería capaz de despedirme.

—Ahora no tienes que hacerlo —susurra, acortando la distancia entre nosotros. Suerte que su gata, al notarme más cerca, se larga de un salto tras la puerta y el perro, que hasta ahora se había mantenido tumbado cerca de ella, la sigue.

Me relajo al estar por fin solos.

—¿Y tú, te hubieras despedido?

—Sí —afirma—, pero ahora estás aquí.

Con cautela, me atrevo a acariciar su mejilla. Esta mujer es imprevisible y no sé si me va a corresponder o a echar a patadas. Cierra los ojos ante mi contacto y mueve su cara sobre mi mano, como si fuera ahora ella la gata que busca caricias.

Antes de que pueda arrepentirse, o de que mi valentía se frene, uno mis labios a los suyos en un beso tímido, inseguro, cargado de intenciones y promesas.

Duda unos segundos, hasta que mordisquea mi labio inferior y profundiza nuestro beso.

Nos devoramos. Primero más lento, luego más intenso. Me sonrío con los labios hinchados y las mejillas coloradas, y deseo guardar esa imagen en los pasillos de mi memoria para siempre.

El sonido del timbre del portal interrumpe la magia del momento.



—Vamos Darcy, hora de pasear.

Emocionado, da saltos a mi alrededor, mientras busco la correa. Me recompongo como puedo, aunque mi corazón late frenético, aún intentando asumir lo que acaba de pasar. Lo que puede seguir pasando.

Recibo a Héctor con mi perro ya preparado en el rellano y le largo con rapidez, nerviosa, como si fuera una niña pillada haciendo una travesura.

—Es mi cuñado. Viene a sacarlo todos los días. —Le cuento cerrando la puerta tras de mí.

—¿Quieres que me vaya? —pregunta Leo dudoso.

—No, no, ven —le pido que se levante—. Estoy incómoda en el sofá, necesito estirar las piernas.

Le doy la mano y nos guío hacia nuestra habitación, donde las dos dueñas de la cama están estiradas de forma horizontal, ocupándola entera.

Me apaño para tomar a una y luego a otra, las saco fuera y cierro la puerta para que no nos molesten. No quiero que intimiden a Leo ni vigilen sus pasos. Además, tampoco me apetece que vayan a mirar ahora lo que vamos a hacer.

—Tenemos unos treinta o cuarenta minutos hasta que Darcy vuelva.

—Suficientes para empezar.

Y vaya si empieza. Se tumba a mi lado y su timidez se queda fuera. Tenerle en mi habitación es algo que hace unas horas era impensable y, sin embargo, aquí está. Disfruto de sus besos y de sus caricias, que, a pesar de que me recuerden a aquella primera noche, son diferentes. Más urgentes, más calmados y a la vez más intensos. Más todo.

El ambiente está cargado de una electricidad e intensidad que me abruman. Es como si su cuerpo quisiera expresarme algo que no puede ser. Porque apenas nos conocemos. Es imposible que sienta algo por mí, ¿no?

No quiero caer otra vez en la misma trampa, no quiero ilusionarme, creerme enamorada y luego decepcionarme. O peor aún, intentar convencerme de que lo estoy y que esto acabe mal.

Estas dudas que me corroen se disipan al observar cómo Leo me espera en la cama, totalmente relajado, y esa imagen me provoca un suspiro.

¿Sería una locura querer tenerle así todos los días?

No me da tiempo a pensar mucho más, puesto que, una vez ha vuelto Darcy y regreso a la cama, me atrae hacia él, y sus brazos me parecen el mejor refugio para acallar esas dichas voces que me susurran que esta vez puede ser diferente.

Me abandono a la placentera sensación de su piel pegada a la mía y me duermo agotada a su lado.



42

Despierto al día siguiente con una desagradable sensación de *déjà vu* al notar que estoy sola en la cama. ¿Habrá sido capaz de marcharse otra vez así, sin despedirse? ¿Acaso fui tan tonta de creerme sus disculpas?

Parece ser que sí, ya que no hay rastro de su ropa por el cuarto. No va a ser tan fácil desprenderme del sabor de sus besos. No después de esta segunda vez.

Los gemidos lastimeros de Scarlett al verme salir de la habitación me acusan de haberlas dejado fuera esta noche. Les doy unas galletitas a mis tres pequeños, me coloco la funda de plástico en el pie y me voy a la ducha.

Por muchos litros de agua que derrame sobre mí, por mucho jabón que utilice, su esencia ha quedado impregnada en mi cuerpo y sigo sintiendo su olor.

Me envuelvo en el albornoz y salgo del baño. Casi me desmayo al llegar a la cocina y ver a Leo allí plantado, con una sonrisa resplandeciente y dos humeantes cafés apoyados en la barra.

Disimulo las ganas que tengo de saltar y los pálpitos de alegría que pululan por mi pecho al entender que no se ha ido.

—Creí que te habías marchado —susurro.

—A por el desayuno, espero que no te importe, cogí las llaves de la cajita de la entrada. Es que no tengo ni idea de cómo se usa eso —aclara señalando mi cafetera clásica italiana.

—La próxima vez avisa.

—Tranquila, no voy a huir otra vez. Aunque, no tardaré en irme, tengo que ir a trabajar.

—Oh, ¿y no te puedes quedar un ratito?

Su negativa muere en sus labios al acercarme a él y deshacer el nudo de mi batín, mostrándole mi cuerpo desnudo, dispuesto a fundirse de nuevo con el suyo.

Se relame mirándome de arriba abajo, y ese gesto me parece el más erótico del mundo.

Me libera de la única prenda que llevo puesta, tomándome con cuidado. El calor que irradia mi cuerpo contrasta con el frío del mármol al sentarme en la barra. Acaricia mis piernas con delicadeza, especialmente la del pie herido y, agachándose para poder apoyarlas sobre sus hombros, deja mi sexo completamente expuesto ante él.

Comienza repartiendo un reguero de besos por mis muslos, alternando entre uno y otro, mirándome con deseo. Su dulce tortura no tarda en llegar hacia el centro de mi placer, que mordisquea con lentitud y pasión.

La posición es algo incómoda, ya que no tengo donde apoyar mi espalda, y me retuerzo por la excitación, incapaz de contenerme. Al darse cuenta, Leo para y me lleva hasta la cama, donde de nuevo nos rendimos a la unión de nuestros cuerpos.



43

25 de septiembre de 2018

No soy muy dado a las sorpresas, me gustan las rutinas y tener todo bajo control. Bego se ha convertido en mi lugar seguro, en mi refugio.

Llevamos tres semanas viéndonos con asiduidad, casi a diario, y ya son muchas las noches que hemos dormido juntos.

Fuera de su hogar, mi vida continúa casi igual. Lorena lleva una época muy cargada de trabajo, por lo que apenas nos hemos visto. Quizás que no me busque demasiado, ayuda a aliviar los remordimientos que siento por estar engañándola. Sin embargo, sé que esto no está bien, y que no sé cómo hacer lo correcto. O lo sé, pero me he acomodado con esta situación. Además, ahora tengo otras preocupaciones.

Aunque me he realizado ya algunas de las pruebas médicas previstas, y han descartado la presencia de algunas enfermedades, aún no tengo ningún diagnóstico claro ni definitivo.

En cuanto al trabajo, no he sido capaz de reducir mis maratónicas jornadas, esas en las que me quedo el último en el despacho a pesar de haber llegado el primero, pero sí que desconecto totalmente cuando estoy con ella.

Mi cuerpo parece agradecer ese pequeño respiro nocturno, ya que, aunque sigo teniendo intermitentes dolores de cabeza y algún ligero mareo, no he vuelto a sentir ningún indicio más grave ni sufrir desmayo alguno.

Los primeros días no salíamos de su casa, más bien casi ni de la cama. Lo justo para comer algo y reponer fuerzas, después de entregarnos a la pasión una y otra vez. Aunque acabo agotado, no me puedo resistir a la placentera sensación de unir mi cuerpo al suyo.

Con ella siento mucho más que el evidente placer del sexo, ya que tenemos una conexión especial. Es la calma que mi vida necesita. Un paréntesis de la realidad.

Hasta sus mascotas parece que empiezan a aceptarme. Jane me sigue dedicando su mirada altanera, pero cada vez me vigila menos y tolera mi presencia. Scarlett ha ido más allá e incluso me deja que la acaricie, aunque solo cuando ella me busca, y se queja mordiendo mi mano si la toco durante demasiado tiempo.

Ahora que su pie está mejor y, aunque con una ligera cojera, ya puede caminar, ha prescindido de las visitas de Héctor, con quien no he llegado a intercambiar más que algún saludo de cortesía, y salimos los dos con Darcy, su perro, a dar pequeños paseos por su barrio.

Esos momentos cotidianos, aunque puedan parecer simples, también tienen su magia. Caminar agarrado de su mano me parece algo tan natural que incluso me asusta. Al principio era una mera ayuda, para que se apoyase en una única muleta y en mi brazo a la vez. Sin embargo, se ha convertido en un gesto nuestro. Al menos para mí lo es. Puede parecer una tontería, pero no soy nada dado a las demostraciones afectivas en público, y no había paseado con ninguna pareja mía de la mano. Nunca me he forzado a hacer cosas que no surjan.

Quizás compararla con una pareja no sea la forma más apta para definirlo, porque no lo somos. Esto no tiene nombre ni etiqueta, ni se la hemos puesto, ni lo hemos hablado. Creo que no hay una palabra que defina la necesidad de estar juntos, fuera de lo que acontezca en el mundo real, ese mundo en el que ella no está incluida. Por otro lado, sería absurdo etiquetarnos como tal cuando la sombra de mi relación con Lorena sigue presente.

Por eso, cuando veo una llamada entrante suya, mis alarmas se disparan, ya que, salvo algún mensaje aislado, no solemos comunicarnos por teléfono.

—¿Qué hago ahora? —balbucea entre hipidos. Sus llantos acelerados no me permiten entender mucho más.

—Calma, rizados, respira, ¿qué ha pasado?

—Alicia, yo... no sé qué hacer.

—¡Ana! —grito alejándome el teléfono un segundo—. Necesito que canceles mi reunión con Acevedo, tengo que irme.

Me aterra pensar que le pase algo grave. No es momento de pensar por qué me afecta tanto lo que le pueda estar pasando, por lo que, sin pensarlo más, salgo corriendo en su busca.



Tras mi última revisión, por fin esta mañana he recibido el alta médica. Remito una fotografía del documento al email de la empresa y, acto seguido, tras mandar junto al archivo varios emoticonos de alegría tanto a mi hermana como a mis padres, así como al grupo que tengo con Vero y Andrea, le escribo a Alicia para que me llame en cuanto pueda y me informe sobre el horario y día de mi reincorporación.

Sin embargo, el contenido de su respuesta es totalmente opuesto a lo que esperaba. De una manera muy escueta y fría, me felicita por mi recuperación y me informa de que mi contrato ha

sido rescindido. Así, sin más, sin ninguna explicación.

Creo o imagino que no puede hacer eso habiendo estado de baja y sin decirme nada, pero no le replico porque me he quedado sin palabras. Tras colgar, en un mensaje me indica que puedo pasar cuando quiera, en horario de atención al público, a recoger mis pertenencias de la clínica.

¿Y ya está? ¿Por un simple esguince y un mes de baja se acaba una relación laboral de años?

Mi euforia por pensar en retomar mi vida acaba de ser dinamitada. Me siento perdida, muy agobiada, y mis lágrimas salen sin control.

Y en este momento solo puedo pensar que le necesito. A él. A Leo.

A la persona que lleva alegrando cada día este encierro. En tan poco tiempo, ha sabido ganarse un lugar en mi hogar y en mi vida.

No soy tonta. Y ya aprendí la lección. No me he creado falsas ilusiones, ni me he imaginado ya el nombre de todos nuestros hijos y una idílica vida juntos. Ya entendí que no se pueden forzar ni buscar los «para siempre».

Y no sé si hago bien en llamarle en horario laboral. Ni si pedirle esto entra fuera de lo que somos. De ese pacto no hablado que no tiene cabida al salir de estas cuatro paredes.

Lo único que sé es que ahora solo él puede aliviarme y que acuda a mi llamada, reafirma que he tomado la decisión correcta.



44

Llegar a su casa y encontrarla envuelta en lágrimas, tan perdida, tan rota y vulnerable, me paraliza. No soy bueno consolando a los demás. Siempre he creído que ponerse a llorar es una pérdida de tiempo. Si hay un problema, se le buscan soluciones, y llorar no es una opción.

Sin embargo, no puedo negarme a abrir los brazos y cobijarla en ellos. Tengo que esperar con paciencia un buen rato hasta que se calma y me explica el motivo de su congoja y de este llanto.

Me sorprenden sus palabras. Ante su llamada, me esperaba algo más grave. No obstante, me vuelco, primero en consolarla, y, después, en pensar cómo ayudarla.

Tras comunicarle a Ana que me ha surgido una emergencia y no voy a volver, aparco el resto de mis obligaciones de ese día y me dedico a ella en exclusiva.

Pasamos el día entero juntos. Nunca me había sentido bien por perder el tiempo. Comemos, vemos alguna película entre caricias y besos, sin hacer nada más.

Por la mañana, beso su cabellera rizada antes de marcharme, puesto que salgo muy temprano y no la quiero despertar, y, tras cerrar su puerta, ya la echo de menos.

«Leo, ¿qué está haciendo contigo?».



Al día siguiente de mi fatídico despido, tras la compañía de Leo y un sueño reparador, me siento renovada y con más energías, dispuesta a enfrentarme a todo.

Por eso no dudo en aceptar su oferta para ayudarme. Ya que es abogado, y que nos llevamos tan bien, ¿por qué no pedirle un favor?

A pesar de que en un principio fuera algo reticente a involucrarle en mis problemas, lo cierto es que ayer se portó de maravilla. Esa faceta suya, tan tierna y accesible, me encanta.

Me encuentro delante del edificio en el que se ubica su despacho. Una instalación con grandes cristaleras azules y una portería moderna e impecable, en la que me recibe un atento conserje, que me acompaña al ascensor. Tras cruzar una robusta puerta, me atiende una recepcionista, a la que pregunto por Leo.

—El Sr. Marquez está ocupado ahora mismo. ¿Tenía cita con él? —me interroga.

—Habíamos quedado en que vendría, pero, no concretamos hora —titubeo, sopesando si habrá sido buena idea venir a su trabajo.

—Está bien, pase y espere un momento.

Me acompaña a una sala de espera, en la que apenas me da tiempo a acomodarme, cuando mi corazón se acelera al ver aparecer a Leo acompañado de otro hombre muy alto, de piel y ojos claros, y pelo corto, rizado y de un tono rubio, casi pelirrojo.

—Buenos días, Bego. —Sonríe—. Él es Julián.

—Encantada —saludo estrechando la mano que me ofrece. Dudo cómo saludar a Leo, aunque él se adelanta a mí y me dedica el mismo gesto que su compañero.

—Un placer, Bego, Leo me ha comentado por encima tu caso —explica. Su tono de voz es muy calmado y relajante—. ¿Me acompañas?

—Disculpa, Bego, pero en breve tengo una reunión, y Julián sabe mucho más de temas laborales que yo. Estás en buenas manos.

—Sí, claro —acepto.

Acompaño al susodicho por un largo pasillo hasta la puerta del final, tras la que se encuentra una pequeña sala con una mesa de madera rodeada por varias sillas y una estantería llena de libros.

Julián me indica que tome asiento y, tras una breve charla insustancial sobre mi vida laboral en general, le hablo de la llamada de Alicia y de su inesperada decisión.

En un folio toma anotaciones sobre lo que le cuento, así como de mis datos de contacto.

—Bueno, Bego, está claro que ha sido un despido improcedente. Por un lado, podemos alegar que te han despedido estando de baja, ya que no has llegado a tramitar tu alta médica y, por otro, no se te ha avisado con el tiempo necesario. De hecho, has sido tú la que te has puesto en contacto con ella para informarle de tu vuelta y, en ese momento, es cuando te lo ha comunicado. Sin embargo —continúa—, si no has recibido ninguna notificación de la Seguridad Social, no tenemos clara la fecha exacta en que te ha dado de baja, lo más probable es que no lo haya hecho aún, puesto que es un proceso automático y siempre se informa al interesado.

—Entonces, ¿tengo que denunciarla? Disculpa, estoy un poco abrumada con esta situación. Nunca hemos tenido problemas, no lo esperaba y...

—Tranquila, vamos por partes. Tenemos un plazo de veinte días para impugnar el despido y presentar una papeleta de conciliación. Y sí, debes denunciar.

—¿Cuáles son las consecuencias?

—Pues se puede resolver de dos formas, si se declara despido improcedente, puedes solicitar tu reincorporación a la empresa, que no sé si después de esto estarías dispuesta, o bien el abono de una indemnización, pero, sea como sea, debes hacer valer tus derechos.

—Puff, ¿y qué hago?

—A ver, lo primero es acudir a la Seguridad Social, aquí te voy a anotar los primeros pasos, para que puedas tramitar el cobro de tu prestación por desempleo y te voy a apuntar también una serie de documentos que necesito para que podamos comenzar a trabajar. Ah, si no te importa —añade—, me gustaría derivar tu caso a Lorena Sanz, es una letrada externa, de otro despacho, con la que colaboramos en estos asuntos.

—¿Qué asuntos? ¿Es complicado mi caso?

—No, no, para nada, pero aquí no solemos llevar nada de rama laboral y se lo derivamos siempre y, como eres amiga de Leo, pues imagino que no habrá problema en comunicárselo a ellos. Yo me encargo de ponerlos en contacto.

—Sí, claro, está bien. Muchas gracias por todo.

Me acompaña hacia la salida y de camino puedo escuchar la voz de Leo, enérgica y cabreada, discutiendo con alguien, por lo que me marchó sin despedirme.



45

—¿Que has hecho qué? —le grito indignado al estúpido de Julián—. Te dije que te encargaras tú en persona de su caso.

—Leo, si es la forma habitual de proceder. Sabes que suelo pasarle muchos asuntos a Lorena, no creía que fuera a suponer un problema.

—No, claro, problema ninguno, de puta madre —murmuro saliendo de su despacho dando un portazo.

¿En qué momento se me ocurrió que era buena idea mezclar ambas facetas de mi vida? Cuando vi a Bego mal, no pude evitar pensar en cómo ayudarla. En ese momento no se me ocurrió que quizás la estaba metiendo demasiado en mi vida, en mi terreno. Ahora, a través de Julián, me entero de que la ha puesto en contacto con Lorena y que se han visto ya dos veces, ¡dos!

Tampoco hay que alarmarse, ellas no se conocían, ninguna sabe nada sobre la existencia de la otra. No tienen por qué hablar de mí, ¿o sí?

Es absurdo preocuparse ahora por estos asuntos cuando debería estar pensando en el caso de Acevedo.

De hecho, llevo días sin ver a ninguna de ellas. Con Lorena apenas hablo, nuestra relación ha llegado a un punto tan diluido que es casi inexistente. Sin embargo, es algo que no puedo acabar, siempre ha estado ahí. Además, tengo demasiados frentes abiertos como para lidiar con ello en estos momentos, y ella ni siquiera parece estar preocupada por mi ausencia. De nuevo siento que

su indiferencia reafirma que me acomode en mis silencios.

En cuanto a Bego, hablamos todas las noches, pero he evitado pasar por su casa porque tengo que estar totalmente centrado en el caso. Me juego mucho y el juicio es en dos días.

Me dispongo a retomar mis apuntes y repasar nuestra estrategia de defensa cuando una llamada me interrumpe.

—¿Señor Márquez? Soy el doctor Parra, ya tenemos el resultado de sus últimas pruebas, ¿podría pasar por la consulta mañana?



Después de tantos días encerrada en casa, ahora que por fin puedo caminar y salir, me siento perdida sin mi rutina. Por fin me puedo encargar de los paseos de Darcy y de hacer la compra sin depender de nadie. Sin embargo, no me hago a la idea de no ir a trabajar.

Aparte de por el evidente problema económico, echo de menos el contacto con mis pacientes. Lo que me mantiene más centrada es la tramitación de mi denuncia a la clínica.

Tal y como me indicó Julián, me derivó a otro despacho, donde he conocido a Lorena. Es una tía brillante, se nota que es muy inteligente y profesional, y me ha convencido totalmente de que tengo que luchar e ir a por todas. Me suena mucho su cara y creo conocerla de algo, aunque quizás solo sea impresión mía y no le he preguntado.

Nos hemos visto en dos ocasiones, y ya tengo claro todo el proceso. Solo queda esperar. Por suerte, no parece ser un trámite que se dilate demasiado, sobre todo en el caso de que llegásemos a un acuerdo en la próxima vista.

Intento no parecer demasiado desesperada por ver a Leo, pero lo cierto es que tanto tiempo sola me afecta un poco. O quizás sea que le necesito más de lo que quiero reconocer. No sé cómo me he acostumbrado tan rápido a su presencia en casa. Incluso hasta Jane parece echarle de menos. Y es que lleva varios días que, aunque mantenemos el contacto, no ha aparecido por aquí. Según él, porque tiene que preparar un juicio muy importante que le lleva de cabeza.

Sé que pasa muchas horas en su despacho trabajando, incluso me ha contado que a veces come allí él solo para no perder tiempo en ir a casa y volver. La realidad es que creo que se mete tanto en lo que está haciendo, que es capaz de olvidarse hasta de ello.

Por eso, y como agradecimiento a su ayuda, he decidido dar un paso más y plantarme allí. He preparado un revuelto de verduras y un arroz con tofu y aquí estoy, pasadas las dos de la tarde, en la puerta de sus oficinas, pensando si habrá sido una buena idea.

El conserje me saluda con amabilidad y me mira curioso al ver que doy vueltas frente al ascensor, sin pulsar el botón. Incluso me pregunta si estoy bien o necesito algo.

La luz roja me indica que alguien está bajando. Me recoloco los tirantes de mi camiseta, me ajusto mi coleta y me encuentro con la recepcionista que me atendió la otra vez.

—Hola —saluda jovialmente, con cara de sorprendida—, ¿venías a ver al Sr. Márquez? Ya no es hora de visitas —dice mirando la hora en el móvil que lleva en la mano.

—Sí, ya sé, somos amigos y le traigo comida.

—Vaya, pues suerte con eso —se encoge de hombros—, comer y trabajar no suele ser compatible para él. Hasta pronto.

Toco varias veces el timbre de la puerta hasta que, cuando ya me estaba planteando marcharme, Leo me abre la puerta con cara de confusión.

—Bego, ¿qué haces aquí? Yo... estoy muy liado.

—Solo vengo a evitar que desfallezcas —respondo levantando las bolsas. Le sigo hacia su despacho sin esperar respuesta y un caos de papeles llena su mesa—. ¿Hay un lugar más cómodo en el que podamos comer?

—Sí, sí, claro, acompáñame —acepta—, me vendrá bien un descanso.

A pesar de no notarlo muy convencido por verme, y de ni siquiera saber muy bien cómo saludarle, intento que mi determinación no flaque.

Nos acomodamos en una estancia similar a una cocina, aunque parte de ella está reconvertida en archivo, ya que hay expedientes y cajones que ocupan gran parte de sus paredes.

De hecho, lo único que la asemeja a ella es una pequeña nevera, un microondas, un fregadero, una mesa blanca con varios taburetes a su alrededor y un armario del que Leo saca platos y cubiertos.

En silencio, saca un par de zumos de la nevera y me ayuda a preparar los platos. Apenas me mira, está como ido, y es frustrante su mutismo mientras comemos.

—Quizás no debería haber venido —susurro—. No pareces muy contento de verme.

Alza su cabeza del plato y me mira, clavando su mirada sin brillo en mi rostro.

—Este no es un buen momento para mí, no soy buena compañía...

—Solo quiero facilitarte las cosas, apoyarte —explico soltando el tenedor en mi plato y agarrando su mano—. No necesito que me demuestres nada.

—Es que —resopla—, tengo varios asuntos en mente y, no puedo añadir más preocupaciones. Al menos no hasta que este juicio pase.

—Tranquilo —añado levantándome y acercándome a su taburete—. Yo no te pido nada. Bueno, sí, al menos que comas —bromeo.

Por fin parece iluminarse ligeramente su mirada, acorta la distancia que nos separa, sonrío y me besa despacio. Mi corazón se calienta ante su contacto, y mi cuerpo responde alterándose por su cercanía.

Profundiza el beso, agarrando mi melena. Coge la goma que sujeta mi pelo y la desliza hasta dejarme sin ella.

—Me gustas más así, mi leona.

Sonrío ante su forma de llamarme y le abrazo. Sus brazos me acogen, mientras deposita un reguero de besos por mis hombros.

—Hazme tuya. Ahora —pido susurrando en su oído.

Como respuesta a mi petición, desliza uno a uno los tirantes de mi camiseta, lentamente, deleitándose en la visión de las partes de mi piel que van quedando a la vista. Con una de sus manos, desabrocha mi sujetador, liberando mis pechos, que se yerguen y estremecen cuando sus dedos pasean con calma por ellos.

Poco a poco me va quitando cada una de mis prendas, hasta dejarme desnuda ante él, expuesta. Sin embargo, no me siento cohibida, sino poderosa y deseada en sus manos.

Permito que me devore y disfrute de mí a su antojo. Hoy quiero ser su refugio. Ser un paréntesis en esa caótica vida de la que apenas me cuenta pinceladas. Yo le he contado todo de mí, y él apenas comparte nada sobre sí mismo. Pero hoy, a través de la veneración de mi cuerpo, acepta mi entrega de una forma única. Creo que hemos dado un paso más.

«¿A quién quieres engañar Bego? Tú necesitas mucho más».



46

He intentado posponer la cita médica, sin embargo, el doctor ha insistido y no he podido negarme. Tengo que hacer el último repaso a la declaración de Acevedo, mañana es el juicio y aquí estoy, en la sala de espera del hospital, arrugando el papelito de mi turno entre mis dedos, esperando impaciente a que me diga lo que sea para poder largarme.

Miro a mi alrededor, observo la sala abarrotada, la silla vacía a mi lado, y pienso en ella. Un estúpido pensamiento me dice que me gustaría tenerla aquí. A mi lado. Que ayer se plantara en mi despacho fue toda una sorpresa. Su paciencia y su dulzura conmigo son increíbles. Y el sexo con ella es brutal. No, sexo es una palabra bastante vacía para describir lo que pasó entre nosotros. Fue mucho más. Y, para qué me voy a engañar, quiero más de ella. Lo quiero todo.

Nunca había sentido esa necesidad de compartir mi vida con alguien. Lorena y una pizca de culpabilidad nublan mi mente. En el fondo sé que tengo que hablar con ella y cortar esa relación. Aunque sea inexistente, su sombra sigue ahí, ambos seguimos arrastrándola, y también sé que no es justo para nadie esta situación.

Me siento decidido a encarrilar mi vida, y pienso en hablar con ellas, con ambas. Algo me dice que todo va a ir bien. Una vez me libere del dichoso juicio, lo haré.

Pero, al igual que una veleta cambia de facilidad con un simple giro del viento, mis ideas lo hacen, y mis decisiones se quedan olvidadas en un mero desvarío de una sala de espera, puesto que, una vez conocido mi diagnóstico y traspasada la puerta de salida, sé que no voy a hacer nada.

Estoy roto, incompleto, y ella no merece a alguien así.

Ponerle nombre a lo que me pasa lo hace real, auténtico, y tremendamente jodido. Ya no soy Leonardo Márquez Soto. No. Ahora soy Leo-hipertenso arterial; Leo-insuficiencia cardíaca; y Leo, el del corazón partido. Y es que no debe ser Cupido quien me ha lanzado una flecha, sino algún jodido diablo, algún retorcido karma, el que me va a alejar de todo antes de poder acercarme.

Mis mareos, mis cefaleas, mi agotamiento, mi cansancio y mis desmayos, entre otros síntomas, parece ser que tienen nombre, apellidos y tratamiento. Saturado ante tanta información, he tenido que salir a tomar el aire, volver a entrar y sentarme, por fin, a aceptar mi destino.

Iluso de mí. Creía que mi corazón iba a luchar por amar a alguien, y tiene que hacerlo por vivir. Quizás alguien podría considerar exagerado este planteamiento, pero así es como lo siento.

El médico me sugiere que programe una cita con una psicóloga especializada, que me puede ayudar a asumir mi nueva realidad. Sin embargo, ahora no soy capaz de pensar en eso.

Enfermedad crónica, medicación para siempre, dieta sana, calma, paciencia, riesgo de infarto, todo eso es incompatible con mi vida y con quien soy.

No puedo condenar a alguien a quien apenas estoy conociendo, a estar al lado de alguien así. No merezco su compañía y, la realidad es que no soportaría su pena. Por eso, aunque ella aún no lo sepa, lo nuestro debe acabar antes de comenzar.



47

Me he tenido que enterar del éxito del juicio de Leo al verlo en las noticias. Y es que el dichoso caso, al comprometer a importantes cargos y estar relacionado con varios fraudes fiscales, ha sido bastante mediático. Yo no suelo seguir las noticias, ni siquiera utilizo la televisión más que para ver programación a la carta, es decir, series y películas.

Sin embargo, he estado siguiendo todo lo que dicen sobre el caso Acevedo, y he podido ver varias veces a Leo en pantalla. Y es de la única forma que ahora mismo puedo contemplar su rostro cansado y esos ojos azules, que no entiendo por qué están tan apagados si acaba de triunfar y convertirse en uno de los abogados más reputados de la ciudad.

Y si no lo entiendo es porque tampoco me da la oportunidad de preguntárselo.

Después de nuestro increíble encuentro en su despacho, después de marcharme de allí con mis ilusiones puestas en nosotros, con la creencia de que había surgido algo especial, ¿con qué me encuentro? Absolutamente con nada. Bueno, sí, con su completa ignorancia hacia mí. Con un tremendo *ghosting* en toda regla. O, al menos, ese es el término que ha utilizado Andrea cuando se lo he contado, para definir lo que Leo me ha hecho.

Y es que al día siguiente estuve esperándolo y nada. No soy de las que se sientan a esperar a que les escriban, las busquen o las llamen. Simplemente, no quería molestarle sabiendo que estaría bastante ocupado. Me limité a escribirle un mensaje deseándole suerte en el juzgado. Mensaje que fue recibido, leído y dejado en visto. Ese y el resto de los mensajes que le he escrito después.

Estoy harta de que la dinámica con él sea así. Sin embargo, sé que, si aparece de nuevo, tampoco le voy a pedir explicación alguna. Una parte de mí me dice que él me necesita, aunque no sepa demostrarlo, o admitirlo. O no sé...

También sé, gracias a mi amiga Vero y a que sigue viéndose con Mat, aunque ninguno de ellos me cuenta qué tipo de relación tienen, solo sé que han quedado varias veces, que Leo salió con ellos a celebrarlo. Celebración a la que no fui invitada.

No es que me importe salir de fiesta o no. Lo que me fastidia es que no quiera compartirlo conmigo. Aunque, siendo realista, lo cierto es que no parece que quiera compartir nada.

Acudo al despacho de Lorena, ya que me ha llamado para comunicarme buenas noticias sobre mi reclamación.

Me recibe con un aspecto impecable. Lleva un vestido naranja y unos tacones dorados. Su pelo rubio liso está sujeto en una tirante y perfecta coleta, y sus labios tienen un llamativo tono rojo. Podría parecer vestida para salir de fiesta. Sin embargo, ella destila elegancia.

Yo, por el contrario, acudo a mi cita con el pelo suelto, vestida en vaqueros, una sencilla camiseta de manga corta de rayas rojas y blancas, y mis deportivas, amigas fieles de la comodidad de mis pies.

—Bueno, Bego —comienza una vez nos sentamos—, como te decía, si te he llamado es porque tengo buenas noticias. La clínica está dispuesta a alcanzar un acuerdo indemnizatorio y créeme, la cifra es bastante considerable.

Me entrega un papel en el que leo una cantidad que creo bastante superior a la que debería cobrar. O será que nunca he visto un posible importe así en mi cuenta bancaria.

—¿Y esto? ¿Es una suma normal por un despido?

—Oh, podríamos sacar incluso más si siguiéramos adelante —explica moviendo un bolígrafo entre sus dedos—. A ellos les interesa cerrarlo aquí. Por lo que he podido comprobar, tu jefa es una reputada veterinaria y no quiere verse salpicada por ningún asunto judicial que ensucie su carrera.

—Entonces, ¿me aconsejas aceptar?

—Es lo que yo haría. Con esto podrías empezar por tu cuenta, vivir un tiempo tranquila hasta que encuentres algo. Lo que sea, aunque no te lo creas, si podemos evitar ir a juicio, mejor.

—Vaya, pues sí. El dinero me vendría genial —confieso—. Además, lo cierto es que tengo ganas de olvidarme de esto.

—Perfecto, pues te preparo la documentación a firmar y te aviso.

—Muchas gracias, Lorena, has sido muy amable.

—No hay de qué, siempre es un placer atender a las amigas de Julián.

—Oh, yo en realidad soy amiga de Leo —aclaro.

«Porque somos amigos, ¿no?».

Sus ojos se iluminan de una manera curiosa.

—¿De Leo? Disculpa, como me dijeron que eras una amiga, di por hecho que lo eras de Julián, es que Leo no me ha hablado de ti. Aunque bueno, tampoco me extraña, es tan hermético... —suspira.

—Es buena gente —indico. Quizás ella me cuente más sobre él—. Aunque últimamente está un poco distante por el juicio este tan popular, y eso que parece ser que le ha ido bastante bien.

—¿Últimamente? ¿Hablas con él a menudo? Perdona, Bego, quizás te resulte rara mi pregunta —duda—, ¿qué grado de confianza tienes con él? Quiero decir, no sé si habláis de su vida privada...

—¿Vida privada? —Pienso mientras imagino sus manos y lengua recorriendo mi piel—. No sé

a dónde quieres llegar.

—Solo quería saber si tiene alguna razón para estar tan raro, más de lo habitual conmigo. Olvídalo —hace un gesto con su mano—. No debería hablar esto con nadie que no fuera él.

—¿Y por qué tendría que hablarme de ti?

—Pues —responde como si fuera una obviedad—, porque soy su pareja. ¿No lo sabías?

Me quedo sin respuesta ante la revelación que para mí suponen sus palabras.

Noto como si los pies se me hubieran dormido, clavados en el suelo. Tengo que sujetar mi melena con una mano y echarla hacia atrás, porque me estoy acalorando, incluso siento un leve mareo.

¿Tiene novia? Debí suponerlo cuando casi siempre nos veíamos en mi casa y por lo reservado que es. Pero descubrirlo de la boca de ella no me ayuda a asumirlo mejor.

Me levanto como puedo, con torpeza. Necesito salir de aquí. Y tengo que reaccionar rápido, antes de que las lágrimas abandonen mis ojos y demuestren cuánto me afecta conocer su relación.

—¿Bego? ¿Estás bien? —pregunta confusa.

—Esto... será mejor que dejemos aquí la conversación —balbuceo—. Avísame cuando pueda venir a firmar.

Y, sin esperar respuesta, enfilo el pasillo con la mirada borrosa y me marchó de allí. Con una razón más para entender que acercarme a Leo y entregarme a él nunca fue una buena idea.

«Demasiado tarde».



48

Octubre 2018

El éxito es absurdo. Me abruma. Me agota. La mayoría de las felicitaciones están vacías, puesto que las genera la envidia. La hipocresía es una cualidad intrínseca en mi profesión. Ha sido compañera mía en múltiples ocasiones, pero no tengo ganas de que ahora lo haga. Solo quiero acabar con esto.

Los días transcurren, dispersos e incoherentes para mí. No soy el mismo Leo que antes celebraba las victorias como puntos extra a añadir en mi currículum. Ya no me interesa.

Me he dejado la piel preparando el dicho caso Acevedo y, aunque el resultado del mismo, la sentencia en tiempo récord y la fama de nuestro despacho gracias a ello es increíble, no me importa. Creo que no es suficiente recompensa.

Mi entorno está eufórico. Nos llueven los clientes. Nos caen como una gran tormenta de granizo, golpeándolo todo. Con rapidez. Con rabia. Tan inesperados como bienvenidos. Por todos menos por mí.

No pude negarme a salir con Mat y los demás a celebrarlo. Iba acompañado de Vero, y un impulso al verla me llevó a pensar en ella.

«¿Debería haberla invitado a venir? No, Leo, tienes que alejarla de ti. No se merece tener que aguantarte. Mejor ahora que cuando duela más».

Así me han convencido esas ridículas voces de mi cabeza. Releo sus mensajes una y otra vez,

reprimiendo el impulso de salir corriendo hacia su casa y refugiarme en su hogar.

Acepto cogermelos esos días de baja que tanta falta me hacían, y que ahora creo que me he ganado a pulso, y me encierro en mi casa.

Por esta vez, no estoy ocupado leyendo, ni escribiendo, ni estudiando, ni haciendo nada relacionado con el trabajo. Ni me apetece ni mi cabeza sería capaz de centrarse en ello.

He visitado al doctor Agustín, esta vez sin excusas ni presiones. Parece ser que ahora tanto las pastillas como las revisiones constantes serán parte de mi día a día.

No voy a decir que lo acepte, porque no lo hago. No me queda otra que resignarme. Observo hastiado el nuevo calendario que ocupa gran parte de la puerta de mi frigorífico, en el que se especifican los días, dosis y demás detalles para no equivocarme con la medicación.

Ya me avisó de los posibles efectos secundarios y la mejor forma de adaptarme a esta nueva vida es no resistirme a ellos. Por suerte, salvo algún dolor de estómago y náuseas, y que no soy capaz de mantenerme despierto mucho más allá de las diez de la noche, no son tan graves.

Claro, que eso es ahora que me dedico a no hacer nada. No quiero pensar qué pasará cuando me incorpore de nuevo al trabajo. Ni siquiera sé si seré capaz de hacerlo.

Sin embargo, no es tan fácil recrearme en mi autocompasión. Más bien, no me lo ponen fácil. El primero en tocarme los cojones, sin duda, es mi incondicional amigo Mat, que ha intentado más de una vez sacarme de aquí. Será exagerado... Tantas veces diciéndome que me hacía falta un descanso y ahora no me deja en paz. Es el único que sabe la verdad, es decir, el único que sabe realmente que estoy enfermo, y que por eso estoy así.

De mis padres y del resto de compañeros de trabajo ha sido más sencillo librarme y, por supuesto, no saben nada de mi estado. Seguro que les viene bien no tenerme por un tiempo por el despacho. De todos modos, siempre se han quejado de mis exigencias.

De quien no me he podido librar ya más días es de Lorena, que hace su aparición entrando en mi casa como un torbellino, frunciendo la nariz con asco al acercarse a mí. Puede que llevar varios días sin ducharme y no haberme cambiado de ropa para recibirla, tenga la culpa de su gesto.

—Leo, ¡por Dios! —exclama mirando el fregadero hasta arriba y la mesa llena de restos de diversas comidas con desaprobación—. Vas a crear un nido de cucarachas.

—Lorena, ¿qué haces aquí? —respondo—. Te dije que no vinieras.

—Sí, eso llevas días diciendo, ¿tú te has visto? ¿Se puede saber qué te pasa? Ya sé que el juicio te supuso mucho estrés, y que necesitabas un respiro, pero no me imaginaba este caos.

—No necesito que vengas a echarme broncas —replico—, me has dicho que querías hablar, pues adelante. Te escucho.

Estira la arrugada funda del sofá y se sienta a mi lado.

—Leo —susurra acercándose—, ¿qué te ocurre? Llevas alejado de mí mucho tiempo. Hasta tus amigas saben más de ti que yo...

—¿Mis amigas? —pregunto confundido.

—Sí, tu amiga Bego me dijo que estabas algo distante, aun así, al menos hablabas con ella. Ni siquiera conozco a tus amigos, aparte de Mat. ¿Qué clase de relación es esta?

—Espera, ¿qué? —reacciono despertando de mi letargo al escuchar su nombre—. ¿Por qué hablas con Bego de mí? ¿Qué te dijo?

—¡Vaya! —ironiza—, veo que eso te interesa más que mis preguntas.

—No tienes que hablar con ella —murmuro para mí mismo—, ella no tiene que saber nada.

—¿Nada de qué, Leo? ¿Qué tienes que ver con esa chica?

—Estoy enamorado de ella. —Suelto, sin saber cómo ni de dónde me viene esa respuesta tan

rotunda, tan directa y dolorosa, que hace que Lorena se levante del sofá de un salto, mirándome decepcionada—. Lo siento, yo...

—De puta madre, Leo. Por una puta vez en tu vida eres directo conmigo. —Se levanta y se dirige hacia la puerta—. Pues que venga ella a sacarte de este desastre en el que te estás convirtiendo.

—Lorena yo... disculpa por haberlo dicho así, teníamos que haber hablado hace mucho tiempo.

—Ah, ¡que lleváis tiempo juntos! No quiero saber más, la verdad... Sé que hace tiempo que nuestra relación es prácticamente inexistente, pero al menos, pienso yo que merecía más respeto.

Su portazo me libera de un peso que llevaba sobre mis hombros demasiado tiempo y de tener que dar más explicaciones, aunque me sumerge más en la miseria de mis últimos días.

«¿Qué estás haciendo con tu vida, Leo?».

La certeza de lo que siento me convence más de mi decisión de alejarla de mí.



23 de octubre de 2018

No quería enfrentarme otra vez a Lorena. Se portó muy bien conmigo, y es obvio que no sabía nada de mí, pero, el hecho de saber que ella es su pareja y que seguramente yo habré sido una mera distracción pasajera, me hace muy doloroso tenerla delante. Por eso le envié los documentos firmados por email, único medio en el que me he comunicado con ella. De él no he vuelto a saber nada.

Cuando llevas tanto tiempo trabajando en el mismo sitio, empezar de cero es muy complicado. Todos los días reviso los portales de empleo, buscando ofertas relacionadas con mi profesión. La indemnización ha sido bastante cuantiosa y al haber firmado un acuerdo sin necesidad de esperar al juicio, ya la he recibido, por lo que no tengo prisa en aceptar otro tipo de trabajos. Al menos por ahora. Además, aunque no sea gran cosa, dispongo de unos ahorros que me permitirán sobrevivir un tiempo.

Aprovecho el tiempo para disfrutar de mi familia. Mi madre está encantada de tenerme al menos un par de veces por semana comiendo en su casa.

Darcy salta alegre tras cruzar la puerta de entrada y escuchar la voz cantarina de mi padre, que le recibe como siempre, con unas galletas para perros que le encantan. Suele tener una bolsita en casa para él.

—Bego, cariño, ¿cómo te encuentras? —pregunta mi madre abrazándome—. Tu hermana está

en vuestro cuarto.

—Mami —respondo alegre correspondiendo a su abrazo—. Genial. Muerta de hambre. Voy a ver a Marta. Hola, papi —saludo a mi progenitor con la mano, que está demasiado ocupado con mi perro brincando y moviendo el rabo a su alrededor.

En nuestra habitación, Marta está tirada boca abajo en la cama, leyendo una revista con las piernas cruzadas. Cada vez que entro a este lugar regreso a nuestra adolescencia. Mi madre conserva la habitación tal y como la teníamos entonces, póster y paneles de fotos incluidos, y me quedo embobada y ausente al mirarlos con nostalgia.

—¿Estás bien? —pregunta sacándome de mi trance.

—Sí, solo recordaba lo felices que éramos en esa época —reflexiono señalando una de nuestras fotos en la playa—. Cómo te encantaba pelear con las olas, mientras yo podía pasarme horas recogiendo conchas y piedras. Cero preocupaciones.

—Anda, ven aquí —responde haciéndome un hueco en su cama—. Sabes que esto es solo una mala racha, ¿verdad? Eres la mejor en lo tuyo, y Alicia ha sido una hija de...

—Sssh, calla. No estaba pensando en ella —confieso—. Es otra persona la que no me saco de la cabeza...

Y, al igual que aquellas adolescentes suspiraban por sus actores y cantantes favoritos y compartían sus dramas propios de esa edad, me desahogo con mi hermana, contándole lo mucho que echo de menos al dueño de los ojos azules que me han robado el sueño.

—¡Niñas, que se van a enfriar las pechugas empanadas! —grita mi madre—. Venid a poner la mesa.

Sonríó ante su voz, me seco las incipientes lágrimas que aún no han brotado, me tomo unos segundos para recomponerme y sigo a Marta, que ha salido pitando hacia el salón.

Nos peleamos por el único tenedor que queda de colorines y, como siempre, acaba quedándose ella. Como cada vez que vamos, mi madre ha preparado comida para un regimiento. Nunca falta el plato favorito de Marta: pechugas empanadas con patatas fritas y huevos, afición que comparte con papá; mi tortilla de ajos tiernos y espárragos y ensalada para todos, entre otras cosas que llenan la mesa.

Darcy, satisfecho de las atenciones de mi padre, está tumbado en el suelo, a su lado.

—Hija, ¿cómo te va la búsqueda de empleo? —pregunta mi madre—. ¿Te has inscrito a alguna oferta nueva?

—No, mamá, no hay nada de lo mío.

—Bueno, no pasa nada por hacer otras cosas. Tienes que ganar un jornal.

—Pilar, no empecemos —intercede mi padre—. La niña está bien ahora, déjala hasta que encuentre algo de lo suyo. No hay prisa. —Me guiña el ojo.

—¿Y si te lo montas por tu cuenta? —interviene Marta con la boca llena de patatas fritas—. Siempre has querido estar rodeada de bichos, ¿no?

—Eso es muy difícil, hija, hay que ir a lo seguro.

—¿Seguro como con la perra de Alicia? —rechista ante su respuesta.

—¿Podemos dejar de hablar de mí? —replico, aunque la idea se instala en mi cabeza y, por una vez, no me parece tan disparatada la opinión de Marta.

Consigo desviar la atención de la conversación hacia otros asuntos, preguntándole a mi padre cómo va la empresa. Sí, ese es el motivo de que mi madre insista tanto en que me busque ya otro trabajo, porque tiene miedo de que cale en mí la chispa emprendedora, como ella lo llama. Y es que mi padre es dueño de varias ferreterías. Empresa que comenzó con una pequeña tiendecita en uno de los peores y, por ende, más económicos barrios de la ciudad. Actualmente, cuenta con

cuatro tiendas y, a pesar de las reticencias y miedos de mamá, lo cierto es que le va genial.

Si le pregunto es porque sé que le encanta hablar sobre ello y contarnos anécdotas de su día a día. A pesar de sus quejas, cuando comienza a hablar, su voz es como un bálsamo tranquilizante para mi madre, que le mira con verdadera adoración.

«Eso es el verdadero amor», suspiro en mi interior, sin querer pensar en nada, pero con su dichoso rostro nublando mi mente.

La conversación con mis padres es interrumpida por el pitido de un mensaje entrante de texto, cuyo remitente es Aitana.

«Tengo una movida gorda, ¿podemos hablar?».



Noviembre de 2018

Levantarte y que hasta un puto zumo de naranja te dé náuseas es la dinámica habitual de la mayoría de los días. O al menos la ha sido hasta que, en una de mis últimas revisiones, han decidido cambiarme la medicación para regular la tensión. Y parece que estoy mejor. Cansado, aburrido y solo, pero, irónicamente, mejor.

El médico fue claro al respecto. Debo evitar los disgustos, o podría sufrir un infarto de miocardio, por culpa de la insuficiencia cardíaca, unida a mi hipertensión arterial. Vamos, que me quede tranquilito en casa. Nada de estrés.

Diría que esta es la mejor excusa para llevar casi un mes sin aparecer por el despacho, pero no, lo cierto es que no tengo fuerzas para nada. No me apetece enfrentarme al mundo que normalmente domino, aquel en el que me suelo mover como pez en el agua, y eso me paraliza. Si no soy Leo, el implacable abogado, ¿qué me queda?

Sin embargo, si hay alguien que no se ha olvidado de mí es Mat. El mismo Mat que se ha plantado varias veces en mi casa y, mientras yo me lamentaba de mi suerte tirado en el sofá, se ha dedicado a limpiar el piso. El mismo que ha conseguido que vuelva a trabajar, aunque sea revisando desde aquí algunos escritos que ha redactado Julián. Ni siquiera me altera que su redacción sea pésima.

Y, por supuesto, sigue siendo el único que sabe realmente lo que me pasa, exceptuando a mis

padres, a los que no se lo he podido ocultar por más tiempo, y tuve que contárselo tras varias amenazas de Agustín de saltarse el secreto profesional. Con Mat soy sincero, al menos en lo que a mi estado de salud respecta. El sentimental es otra cosa. Ya bastante jodido tengo el corazón físicamente, como para recrearme en otro tipo de dolor. El de su ausencia.

Cuando por fin me decido a asomar por el despacho, la reacción de mis compañeros no es la que esperaba. Mi padre había optado por decirles que estaba de baja por estrés, sin mencionar nada más, y me imaginaba miradas de lástima y compasión. Incluso, por qué no, quizás también alguna mirada de superioridad. «Míralo, no ha sido capaz de aguantar la presión», «no está hecho para esto», «no tiene aguante para ser un buen abogado», y otras perlas así eran las frases que mi mente ponía ella solita en boca de los demás.

Para nada ha sido así. Todos han sido amables y educados, hasta bromistas. Es un alivio esta especie de vuelta a la normalidad, aunque con un velo de inseguridad por mi parte.

Por ello, he tomado una decisión, y reúno a todo el equipo en la sala de juntas.

—Tú dirás, Leo —indica Julián cediéndome la palabra tras ponernos al día con las novedades laborales—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente —expreso contrariado—. No es de mi salud de lo que vengo a hablar, o quizás sí —divago—. La cuestión es que he decidido apartarme del mundo judicial, y centrarme en el asesoramiento fiscal.

—Vaya —dice Irene sorprendida—. ¿Eso quiere decir que vas a dejar tus casos abiertos, o...?

—Sabes que estamos aquí para lo que necesites —me apoya Mat—. Nos reorganizaremos como sea, tú dedícate a ti mismo.

Sé que tanto Julián como Irene, que no conocen la totalidad de mi realidad, no entienden nada. Sin embargo, no les queda otra que apoyar o aceptar mi decisión.

Por tanto, hago pasar a Ana, quien aparece cargada de un buen fajo de expedientes. Pasamos un par de horas analizando todo el trabajo futuro y tomando decisiones.

Lo más seguro es que busquen un colaborador externo, especialmente para que ayude con los asuntos judiciales que tengan carácter fiscal, y de los que yo he decidido desligarme por completo.

No obstante, y para facilitar las cosas, acepto dejar la oficina poco a poco. Es decir, acudir algún día a la semana, al menos hasta que el caos que les pueda suponer mi partida se estabilice.

Un par de horas más tarde, abandono el despacho con una sensación indescriptible.

¿Es posible sentirse vacío y liberado a la vez?



51

Me sorprende que Aitana haya recurrido a mí. Aunque me pareció una buena chica, y yo le ofrecí mi apoyo en caso de que lo necesitase, al fin y al cabo, la historia con su hermano no es que acabara muy bien y bueno, me preocupa que no tenga a nadie en su entorno en quien apoyarse y por eso haya decidido hablar conmigo. Con una casi extraña para ella, y, además, tan lejos físicamente.

Sea como sea, no voy a dejarla en la estacada. No me olvido de la tristeza escondida en sus lindos ojos cuando la conocí. Por eso, he aceptado que venga unos días a casa. Ya ha cumplido la mayoría de edad, por lo que no creo estar metiéndome en ningún problema por ello.

Aunque, cuando entre lágrimas silenciosas, como si ya hubiera derramado todas las posibles, me cuenta el motivo de su pena, se me encoge el corazón.

Decido que lo mejor que puedo darle es un espacio y mi cariño, y es lo que hago. Observo cómo duerme tranquila en mi cama, con mis dos gatitas enroscadas en sus pies, y, aunque sé que no estará de acuerdo, tengo que avisar a Sergio. Y sé que la conversación no va a ser nada fácil.

—¿Bego? —pregunta, sorprendido, al cogerme el teléfono—. ¿Qué quieres?

—Yo... disculpa que te moleste. Es por tu hermana.

—¿Qué quieres? —interroga cortante, repitiendo la pregunta.

—Antes de que te enfades, déjame hablar —continúo sin saber muy bien cómo—, está aquí, conmigo.

—¿Y qué cojones hace contigo?

—Me pidió ayuda. Quizás me meta dónde no me llaman, pero creo que necesita espacio, y conmigo puede estar bien, y quedarse el tiempo que necesite —suelto intentando parecer convencida y segura.

A pesar de que no me reprocha nada sobre nosotros, hay un velado rencor que se nota en sus respuestas cortantes. Podría pensar que no lo conozco tanto, y es cierto, apenas compartimos unos días juntos. Sin embargo, se nota en su tono de voz que no le agrada estar hablando conmigo, y no creo que sea solo por saber que su hermana está aquí.

No me queda otra que prometerle que le informaré de cómo se encuentra, y creo que le he convencido, al menos por ahora, de que no es buena idea que se plante aquí a su rescate, cuando está claro que, aunque yo no lo logre entender, necesita alejarse de su familia.

Para mantenerla entretenida, me la llevo de compras, e incluso a comer con mis padres. Mi madre, a pesar de ser una preguntona, debe intuir que la chica no se encuentra en un buen momento, y no la atosiga demasiado, aun así, ella responde con dulzura y timidez a su conversación.

Cuando conoce a mi hermana es otra cosa. Es francamente una gran conexión lo que ocurre entre ambas. El chorro de alegría y desparpajo de Marta es bien recibido por Aitana, quien no duda en hacer diversos planes con ella.

Yo sigo perdida con mi búsqueda de empleo, sin saber muy bien qué hacer con mi vida, hasta que, una noche de risas y copas, se me enciende el chip. O, más bien, la valentía de lanzarme al vacío sin frenos.

Y es que, tal y como Marta indica para convencerme, si no encuentras tu oportunidad, ¿por qué no la creas tú misma?

Y así, sin mucha idea, pero con muchas ganas, y rodeada del gran apoyo de mi familia, decido emprender mi propio camino y abrir una clínica por mi cuenta.



52

Acostumbrarme a esta nueva vida no está siendo nada fácil. Liberarme de la presión que suponía enfrentarme a reuniones y a juicios no es comparable al incesante martilleo con el que mi mente me castiga a diario. Tener tanto tiempo libre es sinónimo de pensar más, y corro el riesgo de volverme loco por ello.

Acepté la cita con la psicóloga, aunque nada más aguanté tres sesiones. No me va eso de contarle mis penas a una extraña, ni me apetece hablar de ello. No obstante, tengo que reconocer que, en una de sus charlas, me proporcionó una herramienta útil para intentar aceptar mi nueva realidad: los libros.

De hecho, actualmente estoy leyendo *Retardeceres*, de Susana Escolar Izquierdo y, aunque trate una enfermedad distinta a la mía, conocer su propia experiencia, su visión de la vida y su forma de afrontarla, tengo que reconocer que está ayudándome.

Gracias a las palabras y a las enseñanzas que recoge su libro, he aprendido a identificar mis creencias limitantes, a enfocarme en un lenguaje más positivo, a escuchar a mi cuerpo para entender mis síntomas y a reconciliarme, en gran parte, con este nuevo yo. Aunque cada día suponga un nuevo reto para mí.

Siguiendo los consejos de mis padres y Mat, me he creado una rutina. Tengo prohibido quedarme en la cama lamentándome de mi mala suerte. Por ello, cada mañana me pongo la alarma, me ducho, me quito el pijama, desayuno y comienzo a trabajar.

Apenas dedico unas tres a cuatro horas a ello. Un tiempo considerablemente reducido si lo

comparamos con las horas que le dedicaba cuando estaba en el despacho.

Por las tardes solo trabajo dos veces por semana. Me apaño para que las citas con los clientes a los que asesoro queden repartidas entre lunes y miércoles. Esas pocas horas me sirven para imaginar que continúo con mi vida normal. El resto del tiempo pasa sin más.

Esos dos días acudo a mi oficina, interactúo con Ana que, solícita me prepara un café y me pone al día. Es mucho más eficaz y simpática ahora que no aguanta mis gritos. Incluso comparte conmigo algún cotilleo, hechos que antes no me interesaban en absoluto. Ahora tampoco. Sin embargo, es agradable mantener una conversación relajada con ella.

A Julián y a Irene me los cruzo alguna tarde que otra, aunque no pasamos de un rápido saludo. Los veo tan sumergidos en su vorágine diaria que, con la excusa de que tengo que preparar las visitas que espero, despacho rápido la charla con ellos. Siento que estamos en una onda diferente. O quizás es que una parte de mí no soporta que, aunque esté aquí, en este preciso momento sentado en mi mesa, no soy el mismo Leo.

La voz de Ana por el teléfono interno avisándome que mi cliente ha llegado, frena mis pensamientos autocompasivos. Termino mi café de un trago, me ajusto la corbata y me dirijo a la sala de juntas. Una reunión más. Otra tarde más igual.

¿Cuánto tiempo más podré aguantar así?



53

—¿¡A qué estás jugando!? —exclama Sergio enfadado—. Huir no es la solución. Es absurdo que estés aquí.

—Déjame en paz —replica con voz llorosa—. No tienes ni idea de lo duro que es aguantar vuestras putas miradas de odio y pena.

—Enana... a ti nadie te odia. Nos cuesta asumir lo que ha pasado, ya está.

Cuando las voces parecen calmarse y solo se escucha un tenue sollozo, decido entrar a casa. Sí, estaba escuchando tras la puerta. Cuando he subido las escaleras he oído los gritos y no me atrevía a entrar.

—¿Todo bien? —pregunto dudosa y con el corazón encogido al verlos abrazados.

—Tranquila, Bego, que hoy mismo nos iremos. Gracias por acoger a mi hermana.

—No hace falta de verdad, puede quedarse el tiempo que necesite —aseguro.

Aitana nos mira alternativamente a los dos.

—Voy a recoger mis cosas —suspira, encerrándose en mi habitación, que se ha convertido en la suya durante los últimos días.

Sergio resopla y, enterrando la cabeza entre sus manos, se deja caer derrotado en el sofá. Me siento a su lado, sin saber bien qué decirle.

—Sergio, yo... —comienzo—, solo quería ayudarla. ¿Tan grave es que haya decidido alejarse un tiempo? Lo que ha pasado es muy duro.

—Tú qué sabrás, me sorprende que acudieras en su ayuda. Mis llamadas no las respondiste

—reclama.

—Estamos hablando de tu hermana, no de nosotros —indico—, no me gusta el tono que está adquiriendo la conversación.

Me mira, y el marrón de sus ojos está más apagado que nunca.

—Quieres hablar de Aitana —escupe cabreado—. Esa niñata, después de pelearse con media familia para liarse con el macarra ese que le saca cinco años y largarse a su puta casa, vuelve con un bombo y cuando mis padres, a pesar de su locura, se vuelcan en ayudarla, y aceptan la llegada del bebé, desaparece para regresar a la semana diciendo que se ha deshecho del problema. ¿Tú sabes todo lo que ha llorado mi madre por su culpa? ¿Cómo puedes apoyar eso?

Me acerco a él, agarrando su mano.

—No soy capaz de juzgarla, solo ella sabrá el porqué de sus decisiones. Me he limitado a mimarla, ten paciencia, por favor.

—Joder, es que te juro que no sé qué hacer con ella —confiesa lanzándose a mis brazos. Dudo unos segundos y correspondo a su gesto. El abrazo dura más tiempo del que se podría considerar cómodo.

Derrotado, deja sus brazos caer. Sus ojos me miran, atravesándome con su pena, con su desesperación y su «no sé qué hacer». Su mirada busca consuelo y comprensión, y sus labios se unen a los míos buscando algo que ya no puede ser.

Tras un beso lánguido, sentido y demasiado largo, consigo apartarme. Al principio, Sergio apenas reacciona. Sus movimientos parecen involuntarios, automáticos. Sé que me estoy equivocando mucho antes de abrir los ojos y volver a cruzarme con esa mirada perdida.

Por suerte, la cordura regresa a mí, y me niego a continuar cometiendo este error.

—Sergio, yo... no puedo hacer esto —susurro apartándome lentamente de su lado.

—Ya —suspira—. Tienes razón, ¿amigos?

—Amigos —acepto estrechando su mano.



54

Ya estoy sola en casa. Quiero decir, que mi cama ya no está ocupada por Aitana. Mi acercamiento con Sergio ha servido para que entre ellos se retome la cordialidad, aunque me parte el alma ver a dos hermanos tan cerca y tan distantes a la vez.

Al menos Sergio cede en algunas cosas. Por ejemplo, ha aceptado quedarse aquí hasta la inauguración de mi clínica, ya que Aitana se ha volcado en ayudarme y le hace ilusión verla hecha realidad. Me encanta cuando tienes cerca a otras personas que disfrutan con sinceridad de tus logros.

Esta niña, aunque ahora mismo esté sumida en su propia oscuridad, es luz. Además de sentirse útil y parte de esto, de alguna forma, sé que le está ayudando.

Sin embargo, dado el poco espacio de mi casa, él decidió que ambos se hospedaran en un hotel durante el tiempo que se quedasen en mi ciudad. En realidad, tampoco me sentiría demasiado cómoda teniéndole en mi hogar. Aunque haya aceptado mis deseos y firmado un pacto de amistad, la relación no es la misma que cuando nos conocimos, y Aitana es el único nexo real que ahora mismo nos une. Aun así, tengo que reconocer que se está portando como un buen amigo y me está apoyando con mi proyecto.

El proceso de puesta en marcha de la clínica, especialmente el tema burocrático, no ha sido nada fácil. Muchas preocupaciones, dolores de cabeza y mil y una cuestiones que me hacen plantearme una y otra vez si no habrá sido una mala idea. Una estupidez. Solicitud de licencia, elaboración del proyecto, petición de permisos, altas en Administraciones Públicas, etc.

Nadie me deja echarme atrás. Mi red de apoyo es fundamental en este caso, y me siento feliz y agradecida de tenerlos. Sin ellos no hubiera superado los días de bajón.

Mi madre es la más reacia a que me embarque en esta aventura. El miedo al fracaso la paraliza. «¿Y si te quedas sin nada, Bego? ¿Y si inviertes tus ahorros para perderlo todo? ¿Qué harías entonces?».

Pobre, en el fondo creo que la entiendo. Ya creía que tenía bastante con un emprendedor en la familia, pero no, mi padre es un gran ejemplo de lucha, perseverancia y constancia para mí. Mi proyecto nos ha unido más que nunca.

A Aitana le ha venido bien estar entretenida. No sé muy bien qué estará haciendo, ya que mi hermana y mi cuñado se están encargando de todos los temas informáticos, tanto para crearme una web como para buscar un programa que sirva para gestionar las citas y demás. Solo sé que está trabajando con ellos y parece contenta.

Tras pasar días buscando locales, creo que he encontrado el perfecto. Anteriormente, fue una clínica dental que, al ser abandonada tal cual estaba, aún cuenta con muebles de utilidad, por lo que dispone del espacio adecuado para lo que necesito, ya que, por ejemplo, puedo utilizar su sala de espera sin realizar grandes cambios.

Con el dinero de la indemnización, lo que cobro de paro, y aconsejada por el asesor financiero de mi padre, tengo suficiente para invertir en todo lo necesario y comenzar.

Una vez firmado el contrato, recorro las diferentes estancias del local cargada de sueños y miedo a la vez, imaginando todo lo que podría hacer. Visualizo la sala de espera, las consultas, el quirófano, incluso un pequeño laboratorio.

Un pellizco de miedo e ilusión me encoge el estómago. Ver mi sueño hecho realidad, está cerca, muy cerca.



Diciembre 2018

¿He dicho alguna vez que adoro a mis amigas?

Tras un gran esfuerzo y días de duro trabajo, y gracias a la inestimable ayuda de los contactos de mi padre, mi sueño se ha hecho realidad: mi propia clínica veterinaria se inaugura. No pensaba hacer nada especial para celebrarlo. Lo cierto es que de lo que tengo ganas es de abrir el lunes esta puerta y recibir a mis primeros pacientes.

Me ha costado sudor y algunas lágrimas llegar hasta aquí, aunque, según mi padre, lo hemos hecho todo en un tiempo récord y no veo el momento de comenzar.

Sin embargo, Andrea me ha dado una gran sorpresa plantándose aquí y junto a Vero me han preparado una pequeña fiesta de inauguración en un bar cercano a la clínica.

—Ay, Andrea, de verdad que os adoro, no teníais por qué preparar todo esto —agradezco mirando a mi alrededor—. Esto es... —Me quedo sin palabras al ver la bonita decoración que han preparado en mi nombre.

Vero me abraza.

—Te mereces lo mejor y lo sabes.

—Estoy orgullosa de ti —confiesa mi madre acercándose a mí. Mi padre, que la rodea sonriendo con su brazo, me guiña el ojo.

Han dispuesto un par de mesas con bebidas y aperitivos, en las que poco a poco van tomando

asiento tanto mis padres como mi hermana, mi cuñado y mis amigas.

Sonia, que tras enterarse de la jugarreta que me hizo Alicia, decidió ponerse de mi lado y va a ser una de las trabajadoras de mi clínica, también acaba de llegar junto a su marido.

—Muchas gracias por venir —saludo feliz—. Poneos cómodos y tomad lo que queráis.

—Gracias a ti, estoy deseando volver a trabajar contigo.

Estoy muy contenta y brindo con todos. Tanto Aitana como Sergio me abrazan y me sonríen varias veces. Parece que ambos están dejando de lado sus diferencias, otorgándome el protagonismo que merece mi momento. Sergio se muestra afectuoso y cercano conmigo, pero respetando la distancia que yo he impuesto.

No puedo mantenerme quieta. Quiero que todo el mundo se sienta atendido y a gusto, por lo que me paseo alrededor de todos, dedicándoles a uno por uno bonitas palabras de agradecimiento.

Me tomo unos minutos para mí, apoyada en la barra bebiendo un refresco, cuando me cogen en volandas, haciendo que casi me ahogue.

—Mat, ¡qué sorpresa! —chillo desprevenida.

—Hola, pequeña empresaria —responde bajándome al suelo—. Enhorabuena.

—Muchas gracias. —Sonrío complacida, abrazándolo.

Tras saludarlo, mi vista queda petrificada en una esquina al fondo del bar, en la entrada. Casi como un espejismo. Como un fantasma. Como una imagen totalmente fuera de lugar. Ese es Leo. Y el efecto de su mirada me deja paralizada.

—¿Debería haberle dicho que no viniera? —susurra Mat preocupado.

—No, tranquilo, no pasa nada —consigo balbucear—. Es solo que no lo esperaba.

A pesar de que parece ser que nadie más está pendiente de nosotros, siento como si el mundo a nuestro alrededor hubiera desaparecido. Las mesas. La gente. Todo está borroso, difuminado. Solo existimos él y yo.

Al ver que no hace gesto alguno para acercarse a mí, temblorosa, acabo con la distancia que nos separa, llegando a su lado.

—Hola, Leo.

—Bego, mucha suerte con tu clínica.

Nos saludamos con dos besos y su contacto me electrifica. Cómo he echado de menos su olor, que ahora inunda mis fosas nasales, mareándome.

—Disculpa, pasa y tómate algo, tengo que atender al resto de invitados.

—Sí, por supuesto, es tu fiesta.

Necesito alejarme de él. Voy a matar a Mat. O a Vero, porque él está aquí por ella y por extensión está Leo también.

«Respira Bego, cálmate».

Tengo ganas de montar un numerito. De gritarle por qué desapareció sin dar ninguna explicación, por qué no me contó que tenía novia. Nada de eso importa ahora y lo importa todo.

Ignoro deliberadamente cada intento de Leo de acercarse a mí y me cobijo junto a Sergio, sintiendo esos ojos azules clavados en mí.

Cuando la gente comienza a marcharse, me escapo un momento al baño. Remojo mis manos y cuello en agua fría, tomando unos minutos para serenarme e intentar aplacar esta tensión que siento.

La puerta se abre.

—Sergio, ¿qué haces aquí?

—Me marchó, Bego.

—¿Ya? Hasta mañana no volvéis a Madrid, ¿no?

—No, Bego, no puedo seguir aquí. Ni a tu lado. Me marchó hasta que te decidas.

—No te entiendo.

—Mira, no puedo ser un sustituto, ni un premio de consolación o un hombro en el que esperar a que él se decida a acercarse a ti. —Apoya las manos en el lavabo y se gira hacia mí—. Veo cómo le miras, como a mí nunca me has mirado. He aceptado tu amistad de estos días, pero no me pidas que siga aquí, impasible, observando el efecto que su presencia te provoca. Siempre has sabido que yo quería algo más.

¿Cuántas veces puedo equivocarme con la misma persona?

Un nudo se me instala en el pecho al verle marchar así. Soy especialista en hacer daño sin querer. Cómo he sido tan ilusa de pensar que entre nosotros podía existir tan solo una amistad.

No sé cuánto tiempo paso en el baño. Cuando salgo, ya no está. Andrea y Vero se acercan a mí, preguntándome si estoy bien. Asiento, no muy convencida, y me dirijo hacia él. Hacia la fuente de mis problemas.

Si hay que solucionarlo, que sea rápido y sin dolor.

—Tú —ordeno—, nos vamos.



56

Desde la puerta del bar, observo cómo se despide de sus amigas y de Mat para dirigirse hacia mí. No me atrevo casi ni a mirarla. ¿Qué voy a decirle? ¿Que lo he hecho todo fatal desde el día que nos conocimos y que me muero por remediarlo?

No me creería.

Camina a mi lado, en silencio. Retengo el impulso de agarrar su mano.

—¿Dónde vamos? —pregunto al ver que andamos sin rumbo.

Mira hacia ambos lados de la calle, duda y por fin me pregunta:

—¿Me acompañas a casa?

—Sí, claro.

Caminamos callados, rodeados de un silencio incómodo, que no me atrevo a romper. Creo que cada palabra que diga puede ser susceptible de convertirse en una cagada. Ni siquiera sabría deducir si se ha alegrado de verme. Aunque, si me ha pedido que la acompañe es buena señal, ¿no?

Sé que dije que me alejaría de ella. Sigo siendo el mismo Leo roto que ella no merece. Sin embargo, la echo tanto de menos que una parte de mí sueña con que esto pueda salir bien. Cuando Mat me contó que iba a abrir su clínica, me vi en la necesidad de acompañarla en este día, de celebrar y felicitarla porque esté encontrando su camino.

Al verla con ese tío otra vez, mi corazón herido se ha afligido un poco más. Los celos son como puñales que se recrean en las heridas abiertas. No obstante, creo que he sabido

comportarme y permanecer ahí, en un segundo plano. Aunque nuestros ojos, con libertad propia, se han cruzado anhelantes en más de una ocasión, buscándose disimulados entre la gente.

Aun así, a pesar de esa invisible atracción, reconozco que me ha sorprendido que me pida que me vaya con ella.

Entrar de nuevo a su casa es muy extraño. Siento que debo pasar una especie de prueba. Hasta sus tres incondicionales me miran con una mezcla de desafío y aire de superioridad.

Esperaba reproches, broncas, reclamaciones. De todo menos que Bego se lanzara a mí como si fuera un oasis en un gran desierto.

Dudas, preguntas y confusión se tambalean en el aire, creando una atmósfera pesada, casi irrespirable, incluso incómoda. Sin embargo, no me atrevo a cuestionarla, y me dejo llevar.

Ella se aferra a mí como si quisiera borrar a base de besos todo aquello que nos separa. Y yo, por un momento, dejo de ser el Leo incompleto para sentirme pleno con ella.



Despierto y me parece estar viviendo un nuevo *déjà vu* al ver a Leo plácidamente dormido entre mis sábanas. Observo su expresión relajada y suspiro.

«¿Cuánto tardará en marcharse de nuevo? ¿Cuánto durará esta vez? ¿Me estoy enganchando a un imposible? ¿Y qué hay de ella?».

No hemos hablado nada, ni hemos aclarado el porqué ha vuelto a mí ahora. Y no me atrevo a preguntarle por Lorena.

«¿Acaso me dirá la verdad?».

«Si se alejó de mí, ¿para qué regresa?».

Me vuelvo loca con tantas preguntas sin respuesta. Ojalá fuera capaz de dejarme llevar sin más. De disfrutar de lo que me dé. Pero una parte de mí se niega a conformarse con migajas. Lo quiero todo, y él no puede dármelo.

Si pienso en mí, si quiero proteger mis sentimientos, debería pedirle que se marche, pero soy débil, no sé si voy a ser capaz.

Jane no para de maullar, así que me levanto a alimentar a mis pequeñas fierecillas gatunas, antes de que desarmen la casa peleando por las últimas bolas de pienso.

El frío al abandonar la cama me estremece. Me envuelvo en mi bata de pelo y preparo café.

Sonrío al ver a Leo despezarse y buscarme a su lado, mientras le miro sentada desde uno de los taburetes de la barra americana.

—Buenos días, bello durmiente. ¿Café? —ofrezco cuando se percata de donde estoy.

—Umm, ¿por qué no vuelves a la cama? —se queja somnoliento.

—Mejor desayunamos.

Hago acopio de valor cuando, vestido solo con sus vaqueros desabrochados, se deja caer junto a mí, estirando la mano para que le alcance una taza.

—Leo, yo creo que tenemos que hablar.

—Vaya, no esperaba este despertar después de esta noche. —Se levanta acercándose a mí—. Te he echado mucho de menos... —susurra recolocándose un mechón de pelo tras la oreja—, mi leona.

—Leo, no puedes desaparecer sin dar explicación alguna y luego aparecer así, sin más.

—Estás saliendo con el imbécil, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sergio. Lo vi, ayer. En la inauguración.

—¿En serio crees que tienes algún derecho a venir a pedirme explicaciones a mí? ¿Qué hay de Lorena?

—Lo siento, debería haberte hablado de ella cuando Julián os puso en contacto.

—Ah, claro, bien, porque me iba a enterar de que tienes novia, ¿no? Mira, entre tú y yo no había nada serio, lo puedo aceptar, pero al menos podías haber tenido la decencia de dar la cara, no sé.

—No se trata de eso, Bego. Es mucho más complicado.

—Dime entonces qué es. ¿Desapareciste porque descubrí que tenías novia? ¿Te cansaste de mí? —Intento contener las lágrimas, mi voz se vuelve temblorosa. Espero que la conversación termine pronto porque no quiero que me vea llorar por esto.

—No, joder, me enamoré de ti.

De todas sus posibles respuestas, esta quizás es la única que no esperaba.

—Pues bonita forma de demostrarlo —murmuro—. ¿Enamorado de mí?

—Déjame hacerlo ahora... Déjame que te cuente por qué tuve que alejarte.

—No, esto no puede ser amor —rebato desesperada—. El amor no desaparece y aparece sin sentido, Leo. No juegues conmigo.

—Si es por Lorena, no tiene nada que ver. No estoy con ella.

—¿Acaso si no la hubiera conocido me habrías hablado de su existencia? ¿Querías una relación paralela y te salió mal? No quiero ser tu segunda opción solo porque hayas perdido la oportunidad de estar también con la primera.

—Te equivocas, Bego. Tú eres la única con la que quiero estar.

—Vete.

—¿No vas a escucharme?

Me levanto y me dirijo a la puerta. Le espero con ella abierta, mientras recoge sus cosas en silencio, seguido de Scarlett y Jane, que parecen entender que quiero que se marche y le meten prisa.

—Adiós, Leo. No vuelvas a buscarme.

Cuando se marcha, me dejo caer tras cerrar la puerta y, acompañada de un ladrido lastimero de Darcy, por fin exploto envuelta en lágrimas.



57

Tengo que centrarme. La clínica con la que tanto he soñado por fin se ha hecho realidad. En este momento no puede haber hueco en mi cabeza ni para Sergio, ni para Leo, ni para nadie. De todas formas, Sergio parece ser que ha desaparecido de mi vida, incluso Aitana ha tomado parte en defensa de su hermano y me ignora. En cuanto a Leo, ya me encargué yo de echarlo de mi lado.

Necesito todos mis sentidos puestos en una única dirección. Ahora soy yo la que está al mando, y tengo que luchar porque todo salga bien.

Repetirme mentalmente estas palabras cada día no es fácil. El comienzo está siendo duro, aunque fluye en buena dirección. Gracias a Sonia y su inestimable ayuda diaria, por ahora no me faltan citas ni pacientes.

Sé que va a pasar bastante tiempo hasta que consiga beneficios económicos y que me va a costar recuperar la inversión realizada.

Gracias a mi padre, sé perfectamente lo que cuesta iniciar un negocio. Pero también sé que me puede salir bien, y que mi futuro puede estar aquí. Y eso me basta para continuar.

Por eso, aunque diferentes nudos aprieten mi corazón cuando pienso en ellos, en Sergio por lo mal que me he portado una y otra vez jodiendo nuestra amistad que ya definitivamente parece rota, y en Leo por sus palabras y por lo que me hace sentir; dedico mis fuerzas a mi proyecto.

Se aproxima la Navidad y debo cuadrar con Sonia y con las demás empleadas que ahora trabajan conmigo y dependen de mí, los días que tendrán de vacaciones. Yo debo estar disponible por si se presenta alguna urgencia y, de todas formas, no tenía pensado ir a ninguna

parte, por lo que dejo que sean ellas las que organicen sus días libres de la forma que más les convenga.

Siempre me ha gustado esta época. Aunque en mi familia no tenemos ningún niño pequeño cerca, esto no me impide vivir la ilusión y la magia del momento. Me encanta reunirme con mi familia y con mis amigas y comprar regalitos para todos. No es que sea una propulsora del consumismo, pero me gusta tener pequeños detalles con ellos. De hecho, escribo postales para felicitar las fiestas a todos mis conocidos.

No me gustan demasiado las aglomeraciones ni los centros comerciales, y tampoco soy muy aficionada a comprar por internet, ya que prefiero pasear por los pequeños comercios con tranquilidad, por lo que intento evitar las compras de última hora y aprovecho que he cogido la tarde libre para salir en busca de regalos.

Recorro varios establecimientos y ya voy cargada de varias bolsas con algunos adornos navideños, un detalle para mi vecina Antonia y regalos para mi hermana y mis padres.

Aún no le he comprado nada a mis amigas, por lo que entro en una de mis tiendas favoritas. Es una especie de bazar con decoraciones originales de hogar, en la que puedes encontrar casi cualquier cosa. Desde estanterías con forma de gato hasta cojines con mil y una formas y colores, pasando por velas, lámparas, accesorios de madera, etc. Satisfecha con mis compras, ajusto mi abrigo al salir de la tienda, subiendo la cremallera hasta arriba para protegerme del frío y paseo tranquila hacia mi casa, disfrutando de los colores de las luces y los motivos navideños que decoran fachadas, balcones y tiendas. Atraída por el olor, paro en un puesto de castañas y me compro una ración.

Cuando estoy a punto de llegar, debo hacer malabarismos con las bolsas y los bolsillos de mi abrigo hasta encontrar el móvil, que no para de vibrar.

—Vero, ¡qué sorpresa! —contesto alegre al ver su nombre en la pantalla—. ¿Cómo vas?

—Bastante relajada. La gente ahora pasa de hacer ejercicio. Ya verás el día uno de enero como me llueven los clientes, ¿y tú?

—Genial, haciendo unas compras navideñas.

—Verás, de eso quería hablarte, de nuestra cena de Navidad.

—¿Algún problema? Andrea se encargó de la reserva, ¿no?

—Sí, sí, no es eso, es que, verás, Mat y yo vamos a ir juntos y el resto de días vamos a estar liados con nuestras respectivas familias y había pensado que, bueno, no sé si tú...

—A ver, dime, qué pasa.

—Pues, que he invitado a Leo —suelta—. Tenía que haberte preguntado antes, lo siento.

—Ah. —Me quedo sin palabras al oír su nombre.

—Bego, que aún puedo inventarme cualquier excusa para que no venga, o que le diga Mat que no.

—No, tranquila, somos adultos, ¿no? No pasa nada, al fin y al cabo, si Mat y tú vais en serio y es su mejor amigo, alguna vez sería inevitable cruzarnos.

—¡No vamos en serio!

—Oh, venga, no lo niegues. —Sonrío—. No te preocupes, gracias por avisarme de todas formas.

Maldito Leo. Por mucho que me distraiga con mi rutina diaria, no me lo saco de la cabeza. Ni de otras partes. No puedo permitir que su presencia me afecte. Normalizar que no somos nada me va a costar, pero Mat se merece que lo intente. Es un buen tío y un mejor amigo, y ahora que, aunque ella lo niegue, está germinando una relación con Vero, debemos tolerarnos por respeto a ellos.

Solo es una cena. Sobreviviré.



—Mat, olvídalo, no voy a ir a esa estúpida cena navideña —exclamo por tercera vez cuando mi amigo me insiste—. No pinto nada ahí.

—¿Estás seguro de eso? Venga ya —rebate obstinado—. Llevas un montón de días sin salir. Además, es la ocasión perfecta para un reencuentro.

—¿Qué reencuentro? Sabes que me echó de su casa, ¿no?

—Leo, te has comportado como un fantasma con ella. Ya es hora de que afrontes lo que sientes, des la cara y dejes de desaparecer.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo Mateo?

—No seas cobarde. Te he visto enfrentarte a salas llenas de gente sin inmutarte. ¿Dónde está ese Leo? ¿Ahora temes encontrarte con una mujer?

—Sabes que ese Leo ya no existe, yo... no tengo nada que ofrecerle —confieso—. Estoy roto.

—Estás enfermo, no roto, y créeme si te digo que, tal y como habla de ti, eso no le va a importar lo más mínimo.

—¿En qué momento hablas con ella de mí? —rujo—. Además, no se merece esta carga, es cosa mía.

—Eres imposible cuando te pones así. Esta noche te espero allí, ya tienes la ubicación. Más te vale aparecer —amenaza—, o yo mismo la convenceré de ir a buscarte.



58

¿Es posible tener ganas de verle y a la vez desear quedarme en casa, leyendo bajo mis mantas y no ver a nadie? Sí, ya te digo yo que sí, porque es como me siento ahora mismo.

Sé que ninguna de mis amigas me iba a perdonar el no acudir a esta cena. Sobre todo, Andrea, que apenas va a estar unos días en Alicante por las fiestas navideñas. Además, ¿de verdad estoy planteándome no salir solo porque vaya a estar él? ¿Tanto me afecta su presencia? Intento convencerme de que no, aunque sería una gran mentira, ya que no me olvido ni de esos profundos ojos azules, ni de esa sonrisa que tanto le cuesta compartir, ni de sus besos o sus caricias.

Tampoco me olvido de nuestro último encuentro, y de cómo nos despedimos. ¿Me guardará rencor por no haberle dejado explicarse? Me intento convencer cada día de que fue lo mejor, pero ¿y si estoy equivocada? Resoplo y termino de arreglarme, antes de que entre en bucle con estos pensamientos y se me acabe haciendo tarde.

Llevo un vestido azul oscuro con destellos plateados, con un ligero escote, mangas largas abullonadas y corte recto a medio muslo. Completo mi *look* con unos botines negros de tacón y un abrigo del mismo color. Recojo mi pelo en una trenza lateral, dejando unos mechones sueltos a modo de flequillo, y me maquillo en tonos ahumados para resaltar mis ojos marrones. Por último, pinto mis labios con un tono rojo vino. Lista para la cena.

Me intento relajar leyendo un rato mientras espero que vengan a recogerme. Cuando más absorta estoy en la novela, el timbre suena y mis amigas me piden a coro que baje.

Entre abrazos y besos saludo a Andrea, Jairo, Marta y Vero. Menos mal que mi cuñado Héctor tenía la cena de Navidad de empresa hoy y no puede venir, ya que, de lo contrario, cuando estemos todos iba a parecer una cenita de parejas.

—¡Feliz Navidad! —exclama Vero entusiasmada—. Estáis todos guapísimos. Y tú —me señala— vas rompedora.

—Tú sí que estás divina —afirmo. Vero está impresionante con un vestido verde esmeralda y unos zapatos dorados, a juego con su larga melena rubia.

El restaurante donde vamos a cenar es muy céntrico, así que, agarrada de su brazo y seguida de los demás, caminamos hacia él.

—Mat dice que ya están allí esperando —anuncia mirando su teléfono móvil.

No puedo evitar suspirar al escuchar ese plural del verbo esperar.

—Bego, ¿estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, creo, es solo que, se me hace algo difícil saber que voy a verle...

—Todo irá bien, ya verás —me tranquiliza—. Si en algún momento necesitas huir, avísame y te rescato.

Un poco más calmada tras sus palabras, cambio de tema y charlamos de forma despreocupada hasta llegar al lugar.

La entrada al restaurante es muy cálida, con poquita decoración navideña, pero que consigue crear un ambiente acogedor. Andrea facilita los datos de la reserva y nos acompañan hacia una puerta lateral que, según indica la camarera, es el acceso a una terraza cubierta en la que se encuentra nuestra mesa.

Al entrar me he quedado rezagada y voy la última. Mis amigos van pasando por dicha puerta uno a uno, y escucho la alegre voz de Mat saludándolos. Un pellizco me encoge el corazón al pensar que quizás se haya arrepentido en el último momento y no esté aquí. Sin embargo, la electricidad que siento al atravesar la puerta me confirma su presencia mucho antes de ver cómo sus ojos azules se clavan, más oscuros que nunca, en los míos.

El abrazo de Mat, quien me coge en volandas, como ya parece ser su saludo habitual cada vez que me ve, me saca de mi incomodidad momentánea. Sin poder evitar más el saludo, cuando su amigo me suelta, me acerco a Leo y susurro un «hola» tímido. Me sorprende tirando de mi mano para abrazarme, y susurra en mi oído: «Estás preciosa». Contesto con dos besos, el segundo de ellos demasiado largo y cercano a la comisura de sus labios.

Me las apañó para no sentarme a su lado, aunque le tengo enfrente. A su lado, Mat y Vero tontean sin parar.

Se mantiene muy callado durante toda la cena, interviniendo solo cuando le preguntan algo de forma directa. Incluso parece inmune a las bromas de Mateo sobre cualquier cosa. Cuando Jairo me pregunta qué tal me va con la clínica, no puedo evitar entusiasmarme y compartir mis avances.

—No me puedo quejar. —Sonrío complacida—. El boca a boca de mis primeros pacientes ya está teniendo su efecto y a pesar del poquito tiempo que llevamos, está superando mis expectativas.

—Eres toda una valiente —declara Andrea—. Vas a triunfar.

—Y te lo mereces —secunda Jairo—. Brindemos por la valentía.

Seguro que me he puesto colorada. Nunca sé cómo encajar los halagos. Alzo mi copa de vino y la junto con las demás. Leo entrechoca un vaso de refresco con nosotros, musitando un «enhorabuena» con una voz tan ronca que me atraviesa entera.

¿Estaré bebiendo demasiado? Llevo observándolo toda la noche y no ha querido ni vino ni

cerveza. No es que yo esté borracha, a lo sumo algo contentilla, apenas llevo un par de copas, pero no quiero animarme y luego soltar alguna burrada o hacer algo de lo que me arrepienta mañana. Porque sí, desde que lo he visto, mi corazón tiene vida propia. No puedo controlar el ritmo acelerado de mis latidos, ni el deseo de besar esos labios carnosos o las ganas de sumergirme en la profundidad de su azul y dejarme llevar.

Por un lado, pienso que estoy jodida. Hemos brindado por la valentía y, vale que hablábamos del terreno laboral, pero, y si me atreviera en otros aspectos, ¿sería tan mala idea escuchar lo que tiene que decirme? ¿O será ya demasiado tarde?

Estamos acabando con los postres cuando Andrea propone:

—¿Nos tomamos una copa en el *Arrival*? Por los viejos tiempos.

—Oh, sí —apoya Vero—, hace un montón que no salimos y tenemos que aprovechar que estáis aquí.

—Yo creo que en otra ocasión será —rechaza Marta—. Mañana tenemos aperitivo con mis suegros y no quiero acostarme demasiado tarde.

Sorprendida, intento retenerla.

—Si Héctor también ha salido, seguro que también se va por ahí.

—¡Qué va! —niega—. En su empresa son unos sosos, seguro que no tarda en salir corriendo, de hecho, voy a avisarle y le espero en casa.

—Bueno, me voy contigo entonces.

—Ah, no, ni de broma —suelta Mat—. Tú te vienes con nosotros, ¿a que sí, Leo?

—Yo —por fin interviene— estoy algo cansado, creo que también me voy. ¿Os acompaño? —pregunta mirando a mi hermana y a mí.

Marta acepta su ofrecimiento. Quizás sea esta la oportunidad de hablar con él. Nerviosa, me despido del resto, que se dirigen a continuar la noche.

—¿Volvemos caminando? —sugiero una vez nos quedamos los tres solos.

—¿Con estos tacones? —responde Marta señalando sus pies—. Estarás de broma.

—Tranquilas, he traído mi coche. Vamos —indica Leo echando a andar.

Tras subir al coche, Marta le da primero las indicaciones de su dirección. Aunque no he bebido mucho, el recorrido de calles hasta su casa me marea, por lo que desabrocho mi abrigo y le pido a Leo que quite la calefacción.

—¿Te encuentras bien? —pregunta tras arrancar camino a mi casa—. Si quieres abre la ventanilla, aunque va a entrar aire frío.

—Sí, solo, estoy algo mareada —musito cerrando los ojos. Y así los mantengo hasta que noto que el coche frena.

Hemos llegado.



59

Llevo toda la noche conteniendo mis ganas de borrar a besos ese tono oscuro que enmarca sus sugerentes labios. Sin embargo, ahora tiene mala cara, y solo pienso en asegurarme que está bien y llega a su casa en condiciones.

Por lo menos acepta que baje del coche y la acompañe.

—¿Te sientes mejor? —pregunto ofreciendo mi brazo para que se apoye en él.

—Sí, es que los coches y el alcohol no nos llevamos demasiado bien. ¿Quieres subir?

—¿Estás segura? —dudo recordando la última vez que estuve en su casa.

—Bueno, tenemos una conversación pendiente. ¿Por qué no ahora?

No muy convencido, subo tras ella las escaleras hasta su piso. Sonrío ante el recibimiento de sus tres inseparables.

—Darcy, amigo, ¿cómo te va? —Acaricio sus orejas mientras ladra y da saltos a mi alrededor.

Sus gatas me echan miradas reprobatorias y una de ellas maúlla, aún me cuesta distinguir cuál es cuál.

Bego me indica con un gesto que tome asiento en el sofá y ella hace lo mismo, tras quitarse los botines y suspirar aliviada.

—¡Qué gusto! Me estaban matando los tacones.

La incomodidad que me ha acompañado toda la noche se disipa al verme aquí, sentado junto a ella, en este lugar que tantas veces ha sido nuestro. Sin embargo, temo que cualquier palabra que diga sea la culpable de que me vuelva a echar de su casa, o de que este momento se estropee. Por

eso permanezco callado, esperando que sea ella la que tome la iniciativa.

—Leo —comienza a hablar—, no sé si esto llegará tarde ahora, pero siento no haberte dejado decir nada la otra vez. Creo que al menos mereces la oportunidad de explicarte. Mat y Vero son nuestros amigos y, al menos por ellos, deberíamos zanjar esto de la mejor forma posible. Creo que vamos a tener que vernos a menudo.

«¿Zanjar? No era eso lo que esperaba que dijera».

—¿Y eso te supone un problema? El tener que vernos —aclaró.

—Umm, siendo sincera —confiesa— esta noche incluso me he planteado no ir a la cena, y no quiero dejar de hacer planes porque tú estés en ellos.

—Yo tampoco quería ir —suspiro—, aunque quizás mis motivos fueran diferentes.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sabía si soportaría verte y no tocarte. —Ante mi confesión, y el sutil roce de mi mano con la suya al decírselo, se echa hacia atrás, todo lo que el sofá la deja, como si mi contacto o mis palabras le quemasen.

—No puede ser... no otra vez —susurra, manteniendo la distancia.

—Sé que lo he hecho jodidamente mal contigo, pero te aseguro que no es por lo que piensas.

—¿Y por qué es entonces? —pregunta acercándose y subiendo el tono de su voz—. Cada vez que te da la gana desapareces y me ignoras, no sé dónde va esto. ¿Es por ella? No pienso ser la otra, desde ya te digo que Lorena es una tía estupenda y ni ella ni yo merecemos esto.

—¡No desaparecía por eso! —exclamo—. Al menos, no la última vez. Sé que va a sonar a la típica excusa, pero Lorena y yo no estábamos bien, y ya no estamos juntos.

—Vale, si eso es lo que querías aclararme, perfecto. Mejor que no estés con ninguna.

—Joder, Bego, el problema soy yo. No puedo darte lo que necesitas.

—Eso lo tendría que decidir yo, ¿no crees?

—Estoy... roto. Incompleto. —Suspiro derrotado—. No puedo entregarte un corazón así.

—¿Eso es una manera extraña de decirme que aún sientes algo por ella? —interroga confundida.

—No, mi leona. Eso significa que estoy enfermo —sentencio, liberando por fin el peso de mi realidad.



Las palabras de Leo son tan inesperadas como esclarecedoras. Que algo le ocurría estaba claro. No se me olvida que acabó en urgencias en las vacaciones que nos conocimos, así como que uno de nuestros encuentros también fue en un hospital. Nunca le he preguntado directamente qué le pasaba, porque nunca me ha dado pie para ello.

No me ha otorgado ese nivel de confianza. Ilusa de mí, creía que era porque me veía como una simple amante, o algo así y, mientras que yo desnudaba cada emoción o cada problema, transparente como el agua, él era tan opaco e inaccesible como la madera más robusta.

Sin embargo, ahora, verle tan perdido, como rendido a la realidad, en el sofá de mi casa, tras escuchar por fin todas las explicaciones al detalle, me entenece a un nivel que asusta. No es compasión lo que siento, y no quiero que confunda mi apoyo con lástima. Al contrario, que muestre su vulnerabilidad ante mí me parece la mayor demostración de fortaleza, y el mejor

motivo para abrazarlo.

Sus brazos me acogen con timidez. Permanecemos así un tiempo indefinido, hasta que mis ojos se encuentran con los suyos. Su mirada se desvía unos segundos a mis labios, los suficientes como para que me atreva a lanzarme a por los suyos.

Nuestros besos ahora son cortos, tiernos e inseguros. Son el comienzo de algo intangible. Por primera vez, ambos estamos en igualdad de condiciones, desnudos por completo ante el otro, a pesar de que conservemos toda la ropa.

Y así, tras confesiones, sinceridad y besos, que se transforman en caricias, nos convertimos en uno solo de nuevo, y no puedo evitar preguntarme si en el fondo estaré equivocándome otra vez.



60

Nunca he sido demasiado aficionado a las fiestas navideñas. No me van ni las reuniones familiares, ni los compromisos impuestos. Por suerte, mis padres son parecidos a mí en ese aspecto; tampoco le dan una excesiva importancia a estas fechas y se han marchado a una casa rural.

Bego, en cambio, es todo lo contrario. De hecho, no se explica cómo puedo ser tan indiferente a esta época del año.

—¿Qué eres, una especie de Grinch? —bromea empujando la puerta cargada de guirnaldas y con una caja en la mano—. Eres un soso, ¿lo sabías?

—¿No tienes bastante con todas las luces de colores que hay por tu casa?

—¿Estás de coña? —Me saca la lengua—. Scarlett y Jane no me dejan poner casi nada. Todos los años tengo que hacer malabarismos para que no me tiren las bolas ni me desmonten el árbol. Tener permiso para decorar este espacio es una fantasía.

En pocos días se ha convertido en todo un torbellino que revoluciona mi vida. Cuando le he dicho que pasaba de la Navidad, no ha dudado en plantarse en mi casa cargada de todo tipo de cosas extrañas y aleatorias, de muchos colorines.

Si paso de esta época, con la decoración me pasa lo mismo. Mi casa es un lugar bastante funcional, en el que siempre me he preocupado por la comodidad más que por la estética. Tengo muebles básicos, y los justos, algo que parece que va a cambiar a partir de ahora.

Tumbado en el sofá, me encanta verla dar saltitos, completamente ilusionada, decorando cada

rincón de mi casa, y que ella está convirtiendo, así sin querer, en algo parecido a un hogar.

Su presencia me alborota y me relaja a partes iguales.

—No puedes cenar solo en Nochebuena —niega sorprendida—. Eso es un sacrilegio. ¿Cuándo vuelven tus padres?

—Ni idea, después de Reyes, creo.

—Pues en Nochebuena y Reyes cenas con los míos —resuelve—. Ah, y en Año Nuevo con Andrea y Jairo, que el día tres ya tienen que marcharse a Covarrubias.

Ante mi silencio, baja de la escalera, dejando una cinta de piñas colgando y a medio poner, y me obliga a mirarla.

—Disculpa, Leo, ¿vamos demasiado rápido? Esto no es una encerrona para presentarte formalmente a mis padres, pero es una época especial y me gustaría compartirla contigo.

No puedo negarle nada al brillo que ilumina sus grandes ojos marrones y, aunque me apetezca cero relacionarme con el resto del mundo, acepto sellando con un beso todos y cada uno de sus planes.

En circunstancias normales, habría aprovechado la Navidad para adelantar tareas pendientes, estudiar nuevos cambios legislativos e incluso acudir algún día, aprovechando la soledad del despacho, para trabajar sin distracciones.

Me abruma un poco pensar en el cambio radical que ha dado mi vida. No cabe duda de que el principal motivo es que ya no soy ese Leo, sino uno con limitaciones, uno al que la vida le ha obligado a echar el freno, y al que ni su cuerpo ni su mente le responden como desearía.

Sin embargo, ya me estoy acostumbrando a delegar, a dejar el trabajo en un segundo plano. Pensaba que echaría de menos el acudir a juicios, el defender mis argumentos y pisotear los del contrario para alzarme vencedor. Para nada es así. Me siento satisfecho con la decisión que tomé de dedicarme en exclusiva al asesoramiento y olvidar el trabajo una vez que cierro la puerta de la oficina, o que apago el portátil cuando trabajo desde casa, es lo más liberador que he experimentado en mucho tiempo.

Por eso me parece tan sencillo dejarme llevar por Bego y sus ideas. No tengo la sombra del trabajo en mi mente. La voz que antes me incitaba a salir corriendo de cualquier parte ha desaparecido, y en parte me aterra.

Cuando le confesé a Bego mis «apellidos reales», es decir, las enfermedades que me acompañan, esperaba lástima, compasión, quizás pena, o que le costase decirme adiós por ser un puto enfermo. Sin embargo, ser real ante ella nos ha unido más que nunca. Y no veo condescendencia ni miedo en sus ojos. Veo brillo, deseo, unión, esperanza y ¿amor?

Nunca he estado tan feliz y a la vez tan acojonado.



61

No me puedo creer que él esté aquí, tan feliz, tan integrado. Bromeando con Héctor, picándose con Marta, debatiendo sobre negocios con papá y esquivando con gran maestría los interrogatorios de mamá. Incluso Darcy se ha rendido a él y está bajo sus pies mendigando un poco de comida.

Tenía algo de miedo de meterle en mi familia. Por un lado, por si salía espantado, y porque aún tengo ese temor de que vaya a salir corriendo en cualquier momento y, por otro, porque esto significa un gran paso para mí, lo hace más real y me asusta tanto como me ilusiona.

No es el primer novio que traigo a casa. Novio, palabra que me parece pequeña para definir la conexión que siento con él. Lo que quiero decir es que he traído más chicos a los que he presentado a mi familia como mi pareja, y me he empeñado en conseguir que encajaran, en llenar ese vacío que siempre he tenido. Sin embargo, nunca había sentido que alguien se adaptaba tan bien, de una forma tan natural, como si fuera la pieza del puzle que faltaba para completar este hogar.

Aunque recibe «disparos» de diversos frentes, ya que entre uno y otro lo atosigan a preguntas, adoro cómo se preocupa por mí con pequeños gestos, un apretón en mi muslo, una mirada de reojo, una leve sonrisa. Y yo le correspondo de la misma forma.

—Hija, este sí es un hombre de verdad, y no ese enclenque antipático de Raúl —dice mi madre mientras preparamos el postre en la cocina—. Solo hay que ver cómo te mira... Y es tan educado.

—¿Podrías no volverlo tan loco a preguntas? —protesto—. No querrás que salga corriendo el primer día, ¿no?

—Tengo que asegurarme de que escoges bien —insiste—, ¿o te recuerdo la colección de idiotas que han pasado por aquí?

—Mamá... —se carcajea Marta—, mejor no se lo recuerdes. Yo también apruebo a Leo, hermanita. —Me guiña el ojo—. Y papá creo que también —añade señalando a través de la cristalería de la puerta de la cocina. Desde aquí podemos ver lo animados que están conversando entre ellos.

Tras comernos un bizcocho de chocolate y brindar por unas felices fiestas, damos la primera velada familiar como totalmente superada.



Esta noche no me apetecía lo más mínimo acudir a ese encuentro familiar. No me gusta relacionarme con la gente, ni mucho menos la hipocresía y falsa felicidad de estas fiestas. Lo único de lo que tenía ganas era de estar a solas con ella. Sin embargo, me ha sorprendido lo bien que me he sentido junto a ellos, como uno más. Sin necesidad de disimular.

No es que tenga conflictos con mi familia, ni nos llevamos mal, ni hay problemas. Mis padres simplemente son muy pragmáticos, prácticos, nada dados a afectos ni a estrechar lazos familiares, por eso estas fechas no significan nada especial en mi casa.

En cambio, en el hogar de Bego todo es entusiasmo y alegría. Ella y su hermana son como niñas. Incluso han recibido algún que otro peluche de regalo. A pesar de que sus padres me han sometido a un estricto y extenso tercer grado, creo que lo he superado con nota, y ambos me han hecho sentir muy cómodo. Creo que podría acostumbrarme muy rápido a esto.

No obstante, tampoco negaré el alivio que siento ahora, una vez que estamos a solas, y por fin mi leona es solo para mí.

—Bueno, ¿crees que habré pasado el examen de tu familia?

—¿Bromeas? Te los has metido a todos en el bolsillo —asegura—. Gracias por esto.

—No tienes que agradecerme nada —contesto—. Estoy aquí para ti.

Intento reprimir un bostezo, aunque ya los ojos se me cierran. La maldita medicación a ciertas horas me produce bastante sueño, y hoy ya se me ha pasado la hora en la que me suelo dormir.

Nos acostamos y, aunque deseo hacerle de todo esta noche, mi cuerpo cansado no responde, y tras varios besos, acabo rindiéndome al sueño a su lado.



62

2 de febrero de 2019

Hoy es mi vigésimo sexto cumpleaños. Quien me iba a decir que en el último año mi vida iba a cambiar tanto.

Viví unas vacaciones únicas. Perdí mi empleo. Hice nuevas amistades. Otras las perdí. Monté mi propia clínica. Y le conocí.

Leo y yo estamos mejor cada día. He tenido relaciones de años y en ninguna he podido sentir este grado de confianza, esta complicidad o esta conexión de un modo tan natural. Puede que no sea el tiempo, sino la persona.

Desde luego que no todo es color de rosa. Ni siquiera es la relación idílica que siempre he buscado y que soñaba vivir, influenciada por las novelas románticas. Él no es nada fácil. Muchos días se muestra irascible y gruñón. No es sencillo lidiar con lo que quiere y lo que su cuerpo le permite. Y no son los límites de su medicación o el tener que llevar una vida tranquila los únicos que le paralizan, sino los que él mentalmente se impone.

Sin embargo, su amor lo compensa todo. Y sí, me da igual que quizás pienses que es demasiado pronto para hablar de esa palabra de cuatro letras que ha marcado las expectativas de toda mi vida. Pero no lo es. Porque cada gesto suyo y cada momento que compartimos acelera mis latidos a un ritmo frenético, diferente, imposible de alcanzar de cualquier otra forma, que no sea refugiada en esa mirada azul que me venera cada día.

Mi felicidad es mucho más grande al ser compartida, y al sentirme completa en el resto de parcelas de mi vida.

Tras una cenita familiar, en la que he soplado las velas, pedido un deseo y disfrutado de una tarta de fresas con nata, estamos disfrutando de unas copas en el *Arrival*, nuestro sitio de confianza.

Leo y yo estamos acomodados en unos sillones, mientras observamos cómo Mat y Vero lo dan todo bailando desenfrenados en la pista.

—¿Lo estás pasando bien? —me susurra al oído tras dar un trago a su refresco.

—Sí —suspiro—, solo que ya estoy algo cansada y me hubiera gustado tener a Andrea y Jairo aquí.

—Seguro que cuando menos te lo esperes se escapan a Alicante y puedes verlos —afirma.

—Ey, chicos, ¿no os animáis a moveros? —grita Vero acercándose—. Vamos, cumpleaños, la edad te sienta fatal, ¿eh? —bromea.

Por un momento pienso en levantarme a bailar, pero observo con disimulo a Leo y me bastan unos segundos para saber que no se siente muy cómodo aquí, y lo cierto es que yo tampoco estoy demasiado a gusto, y el estridente sonido de la música empieza a agobiarme.

Nos despedimos de ambos y salimos del local. El frío de la noche me espabila y, tras ajustarme el abrigo, agarro la mano de Leo y camino apoyada sobre su hombro.

Sus pasos se dirigen en dirección contraria a mi casa. Durante el último mes hemos dormido indistintamente tanto en la suya como en la mía. De hecho, nuestra ropa y enseres personales están divididos entre ambas. Sin embargo, la mía está mucho más cerca del pub. Se puede ir caminando sin problema, lo contrario que a la suya, por lo que me confunde que quiera conducir ahora, después de haber estado danzando de un lado para otro.

Sus ojos brillan de una forma intensa y extraña cuando le pregunto a dónde vamos.

—Es una sorpresa.

—¿Vamos a tu casa? —interrogo al ver que hemos llegado al coche.

—Te he dicho que es una sorpresa —insiste misterioso— y no, no vamos a mi casa. Acomódate, nos queda una hora de camino.

—¿Una hora? —exclamo confundida—. Pero son casi las doce de la noche. ¿Dónde me llevas a estas horas? Y, ¿te sientes bien para conducir? ¿Y la medicación?

—Bego, relájate por un día. Estoy perfectamente —añade convencido—. Cuando lleguemos ya lo verás.

Por más que insista no suelta prenda, así que no me queda otra que confiar en él. Me quito los zapatos y el abrigo y me acomodo en mi asiento.

Leo no es de hablar mucho cuando va conduciendo, se concentra al máximo en la carretera. Apenas le doy algo de conversación por miedo a que le entre sueño. Aunque confíe en él, las expectativas no me permiten descansar. Estoy muy intrigada e impaciente por saber a dónde me llevará de noche.

Un ligero temblor me estremece cuando enfila la rampa que nos conduce hacia la autovía. Su mano distraída, posada en mi pierna por unos segundos, me calma.

La carretera, en estas fechas y a estas horas, está muy tranquila, y apenas nos cruzamos algún coche. Me pongo más nerviosa según pasan los minutos y nos acercamos al tiempo que se supone que dura nuestro camino. Y es que Leo ni siquiera ha puesto el GPS, por lo que aún no tengo ni idea del destino ni de lo que falta para llegar.

Me rindo a esperar que lleguemos e ignorando los carteles, me permito cerrar los ojos varias veces, aunque sin dormirme. Tras salir a una carretera convencional y cruzar varias rotondas que

me marean un poco, mi vista se encuentra con una preciosa avenida, flanqueada por palmeras, en la que se divisa una montaña a lo lejos.

Leo detiene el coche frente a la puerta de un majestuoso hotel blanco y azul.

—Bienvenida a Denia.



63

—¿A Denia? ¿Venimos a pasar la noche aquí?

—La noche, no. Más bien una semana —puntualizo sacando dos maletas del maletero.

—¿Cuándo has hecho mi maleta? ¿Y cómo que una semana? —Aturdida, me sigue hasta la recepción, donde tras hacer el *check in* y coger la llave de nuestra habitación, le aclaro parte de sus dudas.

No puedo dejar de sonreír ante sus saltitos y su infinidad de preguntas.

—Despacio, de una en una —intento tranquilizarla—. Lo del hotel es cosa de Andrea, es de la cadena de su familia, y de la semana libre ya me he encargado yo.

—¿Cómo?

—Hablé con Sonia para que reubicara a tus pacientes en otras fechas. No te preocupes, está todo controlado —aseguro—. Y yo también estoy libre. Estos días son para nosotros. Ah, y antes de que preguntes, Marta se va a encargar de cuidar a tus tres fieras.

—Joder, esto es... es lo más, gracias. —Me abraza conmovida.

Beso sus rizos y un te quiero murmurado se pierde entre su pelo.

Satisfecha su curiosidad, descubrimos nuestra suite. Sin pensarlo, me tumbo en la gran cama que preside el centro de la misma.

—¡Madre mía! ¿Has visto qué pedazo de jacuzzi? —grita comenzando a desnudarse—. Y en nuestra propia habitación. —Emocionada, toquetea sus botones hasta dar con el que conecta los chorros de agua.

Me carcajeo alargando la mano hacia la mesilla para coger el mando de la calefacción.

—¿Te piensas bañar ahora?

—Obviamente —responde lanzando varias prendas al suelo y tocando el agua para comprobar la temperatura.

No era mi intención estrenarlo nada más llegar, y, aunque disimule, estoy cansado del viaje, pero no puedo ser inmune a las partes de su piel que quedan a la vista.

Me desnudo lentamente, sin apartar la vista de su cuerpo. Sin esperarme, se introduce en la bañera. Suspira y se sumerge hasta el cuello.

Sus grandes ojos marrones me estudian con deseo. Las puntas de su pelo mojado se alargan, perdiéndose dentro del agua. No la hago esperar.

Le damos alas a nuestra pasión dentro del agua. Entre risas, besos, burbujas y caricias, comenzamos a hacer el amor. Terminamos sobre la cama, mojados, felices, extasiados, plenos y satisfechos.

A la mañana siguiente, tras desayunar en el hotel, salimos a pasear por la ciudad. El invierno en esta zona es cálido, incluso me tengo que desprender de la chaqueta cuando llevamos un rato caminando. Aun así, se nota la falta de turismo de estas fechas. Bego insiste en entrar en la playa casi desierta y se descalza, correteando por la arena.

Dobra el bajo de sus pantalones, hasta dejarlos a la altura de sus rodillas y se dirige decidida hasta la orilla.

—Ay, está muy fría —se queja, metiendo sus pies—. Ven, acércate, el agua está supercristalina.

—No pienso mojarme —afirmo sin llegar a su lado del todo.

Sin pensarlo, se sienta, se remanga e introduce también las manos, jugueteando con las piedrecillas.

—Te vas a mojar el culo —regaño como si fuera una niña pequeña—. Sabes que estamos en invierno, ¿no?

—No seas aguafiestas —replica salpicándome.

—Está helada.

—Claro, como si dos gotas de nada hubieran atravesado tus capas de ropa —se burla.

Cuando consigo que se levante, efectivamente, está mojada. Adoro cuando se comporta así, feliz, despreocupada, dejándose llevar por el momento. A mí me cuesta ser así, pero con ella todo es mucho más fácil.

Quizás tenga razón en que no me he mojado con ese par de gotas. Sin embargo, sí que hay algo que atraviesa tanto las capas de ropa como mi piel. Su risa, sus caricias espontáneas y su vitalidad me llegan mucho más adentro de lo que nadie ha llegado jamás.

Y así pasamos estos días.

Sin horarios, sin alarmas.

Sin nadie más.

Siendo nosotros mismos mientras comemos, paseamos y disfrutamos el uno del otro. Yo de ella. Ella de mí. Del buffet del hotel. Del sol de invierno. De sus carreras por la playa. Del rugido de las olas del mar. Del olor a salitre. De la brisa. De la luz de las farolas. Del abrazo que calma el frío nocturno. De la vida.

Quién nos iba a decir en ese momento, mientras el mundo giraba alrededor nuestro, mientras solo existía el despreocupado «ahora», que el destino no tardaría en cebarse con nosotros de la manera más cruel.



64

Volver a la rutina siempre es difícil. Y más cuando pasas unos días tan maravillosos. Un suspiro transcurre más lento que una semana junto a Leo.

Esta escapada en la playa ha sido la confirmación real de nuestra unión. No me hacen falta más palabras, etiquetas ni definiciones para saber que es él. El amor que siempre he buscado. La persona que me complementa. Cada gesto y cada detalle suyo me acercan más a esa sensación de que juntos podremos con todo, que somos un pack indivisible.

Eso no significa que cada uno no tenga su espacio. De hecho, llevamos un par de días que apenas nos hemos visto un rato por la noche. Lo justo para irnos a dormir. Y es que, aunque él dejó todo debidamente organizado, en la clínica se me acumula el trabajo y estoy hasta arriba.

Por su parte, aunque ya hace tiempo que se toma el trabajo con más calma, cosa que me encanta, estos días tiene algunos asesoramientos pendientes.

El recuerdo de esta escapada se filtra en mis pensamientos. Acaricio mis labios distraída, recordando sus besos frente al mar, mientras reviso mi agenda.

Intento concentrarme leyendo el historial de un paciente cuando una extraña sacudida invade mi pecho. Siento mis latidos sin tan siquiera poner la mano sobre el corazón. Un ligero pinchazo me asusta. No se trata de dolor. Es más bien una sensación amarga. Un presentimiento. De súbito, sé que algo no va bien. Nada bien.

El sonido del teléfono se me clava en los oídos. No sé por qué, pero tengo claro que serán malas noticias. Lo dejo sonar varias veces. Sé que es inevitable coger esa llamada. Lo sé porque

al sonido de mi teléfono móvil se une el del teléfono fijo de la clínica. Ambos timbres parecen reírse de mí. No sé cuál contestar primero. Ni me atrevo a descolgar.

Tampoco entiendo de dónde proviene esa sensación de que, una vez que responda, nada volverá a ser igual. Quizás solo hayan transcurrido unos segundos, no lo sé. A mí el tiempo se me ha paralizado.

El teléfono de la clínica decide dejar de atormentarme ante mi falta de respuesta. En mi móvil, el nombre de Marta ocupa la pantalla y, temblorosa, decido pulsar el botón verde y escuchar a mi hermana.

¿Has tenido alguna vez esa sensación de que las horas, los minutos, los segundos, no transcurren igual para todo el mundo?

Esa típica frase, que yo también he utilizado más de una vez, como «el tiempo se paró», se puede aplicar en diferentes contextos.

Por ejemplo, puedes estar viviendo un momento único, especial, y querer que no termine nunca. En esas ocasiones el tiempo parece ir en tu contra, y escurrirse burlón entre tus dedos. Como cuando estuvimos en Denia.

En cambio, cuando algo malo sucede, el tiempo se ensaña contigo, se ralentiza a niveles inaguantables, y solo quieres que avance, y lo que sea que te está sucediendo, termine. Como ahora.

Ante un hecho terrible, entonces cada segundo se vuelve una auténtica tortura, y las manecillas de los relojes se frenan, pero solo para ti. El resto del mundo sigue igual, con prisas, apurando segundos, derrochando minutos y gastando horas sin pensar.

Allí, en aquella horrible silla de hospital, rodeada de casi todos mis seres queridos, supe que el tiempo se había detenido. Lo curioso es que no fue a la misma vez para todos, sino que había sido una parada progresiva. No todos habíamos recibido la noticia a la vez, ni habíamos llegado juntos. Y, por supuesto, no a todos nos causaba el mismo impacto.

Las caras consternadas, las lágrimas reprimidas, las derramadas, la incredulidad ante una partida tan repentina, las palabras del doctor: «Lo siento. No hemos podido hacer nada». Todo ello eran los ingredientes de un cóctel tan absurdo como indigerible. Un infarto fulminante había sido el causante de este prematuro adiós.

No sentía las manos que se apoyaban con suavidad en mi hombro. Tampoco los abrazos que recibía y quedaban sin respuesta de mis brazos.

No podía reaccionar. Ahora esa dichosa frase cobra más fuerza y sentido que nunca, ya que el tiempo se había parado, nunca volvería a avanzar.

Nadie debería perder a su alma gemela. No hay vida suficiente para disfrutar junto al amor de tu vida. Ojalá existiese el macabro pacto de abrazarse a la muerte, acogerse a ella cuando la parca decidiera llevarse a esa persona. Abandonar juntos el plano terrenal por decisión propia.

Sin embargo, aquí se queda sola una mitad. Desamparada, destruida, vacía. Más aún cuando ese duelo es algo inesperado, sin avisar, sin una convalecencia previa que ayude a hacerse a la idea.

Jodido tiempo y malditos segundos que lo rompen todo.



65

Su entierro fue casi tan rápido como su partida. La vida no espera a nadie, y el mundo sigue girando, aunque no esté.

El automatismo de cada acción es posible gracias a las personas que siguen a tu lado y dan los pasos que tú no puedes dar en soledad.

Su presencia a mi lado es cómo un bálsamo que alivia mis heridas. Heridas que tardarán mucho en cicatrizar, y que a cada uno dejan una huella diferente.

Mi padre ha envejecido veinte años en tan solo unos días. Ha perdido el brillo en su mirada y la sonrisa de su boca. Incluso su espalda se ha encorvado. Ni siquiera camina igual. Es como si su cuerpo le pesara una tonelada. Como si dar cada paso sin ella fuera una tremenda tortura. Un gran esfuerzo. Aun así, a pesar de estar destrozado, sé que lucha cada segundo por acompañarnos en nuestro dolor.

Perder a mamá así, tan de golpe, tan de repente, ha sido un tremendo golpe para todos. Marta bromea mucho más que antes. Creo que intenta enmascarar su pena de esa forma. No solo por animar a los demás, sino por no derrumbarse ella misma.

Yo me he volcado en mi trabajo para distraerme. Pensar en mis pacientes me ayuda a mantenerme cuerda, aunque soy humana, y muchas veces necesito tomarme un momento a solas y llorar. Por mamá, por papá, y por esta familia rota.

Leo pasa casi todas las noches conmigo. Su sola compañía me basta para sentirme mejor. No necesito que haga nada, solo que esté ahí. Sin embargo, aunque me ayuda en temas logísticos,

como cuidar de mis tres mascotas, cocinar e incluso adecentar la casa los días que se me hacen más cuesta arriba esas tareas domésticas, una parte de mí le echa de menos.

Me trata como si me fuera a romper en cada momento. He perdido a mi madre de forma repentina. Claro que estoy triste, claro que me siento sola y perdida muchas veces, pero le necesito a él como siempre. No entiendo el miedo a dirigirse a mí, o la torpeza en su trato.

No sé si estaré siendo injusta, o si tengo una percepción distorsionada de la realidad, pero creo que algo le pasa. Está demasiado decaído, demasiado taciturno, demasiado ausente.

Continúa con su rutina normal. No ha tenido cambios en su medicación. Tampoco ha sufrido, salvo que me lo oculte, ningún síntoma ni problema físico más allá de su cansancio habitual.

Sé que hay algo que no me cuenta. No tengo fuerzas ahora para jugar a adivinar qué es. Solo espero que, sea lo que sea, no tenga nada que ver con esta angustia que atenaza mi pecho, ya que me aterra pensar que más cosas malas están por pasar.



66

No sé si seré una persona egoísta. Lo único que sé es que siempre he antepuesto mi felicidad o mis necesidades a las de los demás. Más que egoísmo, lo definiría como amor propio.

Sin embargo, el ver sufrir a Bego así, me destroza. Sin dudarlo lo aguantaría por ella si fuera posible traspasar los sentimientos de una persona a otra. Echo de menos su espontaneidad, su sonrisa y su dulzura.

Estos últimos días me he limitado a permanecer a su lado. He colaborado con ella de las formas más sencillas y a la vez más útiles que se me han ocurrido. Paseando a Darcy, manteniendo limpias y alimentadas a Scarlett y a Jane. Cocinando para ambos. Incluso me he comprado un libro de cocina vegana para preparar platos que le agraden. Aunque, sinceramente, creo que en estos momentos se hubiera comido un bistec de ternera sin rechistar, ya que mordisquea la comida sin apenas mirarla.

Sé que debe ser, bueno, no lo sé porque no lo he vivido, pero imagino que es muy jodido perder a una madre. Más si provienes de una familia tan unida como la suya. Es muy complicado rehacer el puzle que ahora forma junto a su padre y a su hermana y que este se mantenga a salvo con la falta de una pieza tan primordial.

Sin embargo, el dolor que me paraliza, el que me castiga día tras día, es el de su padre. Verle tan destrozado, tan vacío, tan... es algo inexplicable. Algo que me ha llevado a una conclusión fatalista. Enamorarse y perder a la persona que amas es lo peor que te puede suceder.

Y no puedo hacerle pasar por ese sufrimiento. No se lo merece. Y, aunque la muerte no sea

algo previsible, y no sepamos cuál será el día de nuestra hora, creo que tengo todas las papeletas de abandonar este mundo mucho antes que ella. Tengo muchas posibilidades de que mi cuerpo decida que no aguanta más. Estar enfermo es lo que tiene, que tu esperanza de vida se reduce, por mucho que los médicos digan que tengo una vida normal, que estoy controlado. Mentira.

Por ese motivo, creo que lo más sensato es abandonar esta relación antes de que sea demasiado tarde. Antes de que se enamore de mí, tanto como yo lo he hecho de ella. Y, si ya lo está, siempre es mejor superar una ruptura, un desamor, que enfrentarse a una pérdida irreparable. No quiero que repita la historia de su padre.

Quizás parezca un cobarde por largarme en un momento así. Tan vulnerable. Sin embargo, creo que es el mejor. Es el momento crucial para decirle adiós.



67

Maldito cobarde. No me creo ni una sola de las excusas de Leo. No me siento capaz de lidiar con él. No puedo. Ahora que empiezo a aceptar que mi madre se ha ido, que siento que estoy en una fase del duelo diferente, se larga. Desaparece. De mi vida, de su casa, del trabajo. Del mundo en general.

No discutimos por nada importante. Ni siquiera por cosas banales. No hay terceras personas. No hay problemas de convivencia. No hay nada que me pueda hacer pensar que lo nuestro va mal. Solo sé que se ha agobiado y ha salido por patas. ¿Acaso vamos demasiado rápido?

No me ha parecido que hayamos forzado nuestra relación. Todo ha surgido de una forma natural. Dejando atrás problemas pasados, creo que desde el viaje a Denia dimos un paso más.

Está claro que la muerte de mi madre ha sido una prueba muy dura para mí. Para lo nuestro. Pero él ha estado completamente a la altura. Y yo, a pesar de mi pena, he intentado estar a su lado, preocuparme por su salud y su día a día igual que siempre.

¿El fallo?

Pues no lo sé. Solo me ha dicho que necesita alejarse, y que necesita tiempo. Un gran eufemismo para no decir que me deja tirada.

No le quiero atosigar ni con mensajes ni con llamadas. Prefiero, a través de Mat, asegurarme de que está bien, aunque no entienda qué le pasa, ni por qué huye.

Sin embargo, cuando los días pasan y veo que no regresa, acabo interrogando a su incondicional amigo hasta la saciedad. Hasta que, haciendo caso a mis súplicas, me confiesa el

motivo real de su marcha.

Jodido Leo y sus teorías fatalistas.



Si tengo que alejarme de ella, también debo hacerlo de todo lo demás. Al menos hasta que reorganice mis ideas.

Que mi amigo Mat disponga de una cabaña rural familiar en desuso actualmente, propiedad de sus tíos, es una gran bendición, y facilita mucho mis planes.

No he elaborado grandes excusas. He utilizado una muy trillada: que necesito tiempo. Sé que Bego se merece una mayor explicación, y algún día quizás sea capaz de dársela. Sin embargo, en estos momentos prefiero que me odie a que se plantee que podemos arreglarlo, y que solo estoy confundido o enfadado. Aunque no tenga motivos para ello.

Procuro no pensar en si lo estará pasando demasiado mal por mi culpa. Sé que lo superará, aunque, por un lado, temo que este rasguño en su corazón le impida abrirlo en el futuro a otros latidos. A otra persona que no tenga el suyo dañado, y que sepa amarla bien, al completo, sin temor a dejarla sola.

Doy innumerables paseos por las montañas que me rodean. Camino hacia el supermercado del pueblo. Cocino, leo, incluso veo películas de sobremesa. ¿Así debería ser mi vida hasta el fin de mis días? ¿Tan tranquila como vacía? ¿Y si me estoy equivocando por completo?

Mi protector se convierte en traidor cuando, tras una llamada telefónica, me alerta que ha desvelado mi escondite.

—¿Cómo se te ocurre contarle dónde estoy? —rujo enfurecido—. ¡Para una puta cosa que te pido!

—No puedes esconderte eternamente, está preocupadísima por ti —rebate con calma—. Ódiame si quieres, pero le he dado tu ubicación.

—Eres un gilipollas, chivato —insulto entre dientes—. Ten amigos para esto.

—Algún día me lo agradecerás —suspira antes de colgarme.

Lanzo el teléfono con rabia tras entender que ya no hay nada que hacer, que no puedo esconderme más ni prolongar nuestra conversación pendiente.

No obstante, por mucho que lo sepa, no creo que exista forma alguna de prepararme al saber que conoce mi paradero y que en cualquier momento se puede plantar ante mí y pedirme una explicación que no tengo.

Porque ya ha descubierto mis motivos y sé que no va a rendirse.



68

Una sensación de angustia me acompaña durante todo el trayecto. Se lo achacaría a la forma en que el autobús toma las serpenteantes curvas que me dirigen al pueblo donde Leo se refugia. Sin embargo, es el miedo el que se ha asentado en mi estómago.

Temo no poder convencerle para que vuelva, que no se atreva a apostar por lo nuestro. Que no entienda que prefiero mil veces vivir un día a su lado, a aceptar perderle solo porque le asuste dejarme sola.

En la estación, pido indicaciones para llegar hasta la dirección que me ha facilitado Mat. Creo haberme equivocado, tras caminar durante veinte minutos, siguiendo tanto las señas que me han dado, como el GPS de mi móvil, que falla constantemente ante la nula cobertura del sitio.

Por fin, tras un camino de tierra, diviso una cabaña de madera a lo lejos. Debe ser esa, es la única que hay, y corresponde a la descripción que me han dado.

Tomo aire. Respiro hondo. Repaso mentalmente una y otra vez la conversación imaginada entre ambos. Me preparo para encontrarme con él. Mis pies deciden que ya es momento de avanzar y, a paso lento, me dirijo a mi destino.

Antes de que se percate de mi presencia, le veo. Está sentado en el porche, en una mecedora de hierro negra, con un libro en sus manos. Lleva unos pantalones grises de chándal, y una sudadera del mismo color. Parece cómodo y despreocupado.

Los latidos de mi corazón, asustadizos y acelerados, amenazan con atravesar mi pecho según me acerco.

Cuando alza la vista, una marca violácea surca el contorno de sus ojos. Me preocupan esas ojeras, aunque quizás no sea el mejor momento de preguntarle por ello.

Me acerco despacio, insegura, aunque no parece demasiado sorprendido al verme.

—Mat ya me avisó que sabías dónde encontrarme —aclara—. Ven, siéntate.

—¿*El arte de la guerra*? —pregunto al leer el título—. ¿Buscas estrategias para conquistar el mundo? —bromeo, intentando disipar la tensión que me ahoga.

—No es el mundo lo que intento conquistar —suspira—. ¿Sabes cuál es la principal estrategia de Sun Tzu? Él nos enseña —continúa mientras hojea el libro— que para aplicar una estrategia con sabiduría hay que comprender las raíces de un conflicto, de lo contrario, no podrías buscar una solución adecuada.

—Y... ¿cuál es tu conflicto?

—El temor al sufrimiento, al mazazo que supondría la pérdida a mi gente... Mi batalla es contra mí mismo. Joder, Bego, he visto cómo sufre tu padre. Es un alma en pena. No quiero que tú acabes así por mi culpa. Sé que ahora puedes superar que me aleje, pero perderme... es otra cosa.

—No te entiendo, Leo —intervengo dudosa—. No sé a dónde quieres llegar. ¿No crees que merezca la pena luchar por nosotros?

—Este libro también dice que «triunfan aquellos que saben cuándo luchar y cuándo no». ¿Y si es el momento de mi retirada? No quiero hacerte sufrir si puedo evitarlo.

—Tú no puedes decidir eso. ¡Mi madre estaba completamente sana! ¿Acaso crees que mi padre, aun habiendo conocido su final, hubiera optado por alejarse de ella? No puedes hacerme eso.

—¿Y si no te doy el tiempo suficiente?

—Cada segundo a tu lado es suficiente —expreso agotada—. Somos tú y yo, el tiempo que se nos conceda. Me da igual un día que años. Lo que nos quede, lo quiero contigo.

—Mi corazón, mi tensión, mi maldito cuerpo, nada funciona como debería. ¿Cómo podrías enamorarte de alguien tan incompleto?

—¿Quieres saber qué les pasa a los latidos de mi corazón contigo? ¿Sabes qué les ocurre a los colibríes? ¿Conoces su maldición?

—¿Colibríes? —pregunta confundido ante mi cambio de tema—. ¿Es una de esas aves extrañas que tanto te gustan?

—Los colibríes siempre se encuentran a una hora de morir. Su corazón bombea sangre a un ritmo frenético. Deben alcanzar el equilibrio entre su necesidad por ser ligeros y mantener un vuelo que les permita llegar a las flores y, a la vez, libar el néctar suficiente para vivir.

—No te sigo...

—No he terminado —prosigo—. Lo que quiero decir es que estas aves se encuentran en constante peligro. Toda su vida. El riesgo de morir de inanición es muy grande. Además, si no comen cada quince minutos, corren otro riesgo, el de sufrir una deshidratación. Su corazón puede pasar de más de mil doscientas pulsaciones por minuto a ralentizarse a menos de cien. Sin embargo, nosotros solo podemos contemplar su vuelo armonioso, su belleza incomparable, sus atractivos colores, su libertad al volar tan ligeramente.

—¿Y eso encaja con nosotros...?

—Porque así me siento contigo. Cada vez que creo que vas a salir corriendo, mi corazón se ralentiza. Cuando vuelvo a estar contigo, se acelera al límite. Pero todo eso merece la pena, porque juntos volamos, y me siento libre. Me da igual el tiempo que esto dure, porque lo que siento por ti es tan intenso como el latido de un colibrí.

Un silencio se posa sobre nosotros ante mi confesión. No podría haber encontrado mejor símil, ya que creo que mis latidos se han ralentizado, y que una parte de mi morirá hoy si su respuesta no es positiva.

—Vaya —dice por fin—. No sé si existirá algún animal con el que yo pueda comparar mis anormales latidos. Yo... necesito pensar, Bego.

—¿Pensar? —pregunto temblorosa—. ¿En qué? Por una vez podrías dejarte llevar por lo que sientes.

—En si esto merece la pena.

No puedo contener más mis emociones. Estoy a punto de estallar en llanto.

—¿Si la merece para quién? Joder, ¿en serio eso tienes que planteártelo?

—No quiero que te sientas así, como ese pájaro con una vida tan chungueta. Mereces a alguien que no te dé ese tipo de preocupaciones.

—Lo que me siento contigo es viva —espeto indignada.

—Lo siento, necesito tomar el aire.

Se levanta y se aleja a grandes zancadas. Cuando su figura se pierde, entierro mi cara en mis manos y derramo todas las lágrimas guardadas. Creo que esta vez debo ser yo la que me marche.



69

No sé el tiempo que paso caminando sin rumbo, dándole vueltas a sus palabras y a las mías. Tengo la sensación de que esta vez la he jodido a un nivel abismal. Mi mente juega con imágenes absurdas de batallas y pájaros de colores, corazones rotos y latidos vibrantes.

Sería una gran mentira el no reconocer que ardo en deseos de fundirme con ella. De vivir juntos. De repetir la escapada en Denia. De imaginar más cenas navideñas en familia. Más fiestas con amigos. De cocinar para los dos. De pelear por su cariño frente a esas gatas endemoniadas. De pasear juntos a Darcy. Lo quiero todo con ella y a la vez me siento culpable de quererlo.

«¿Y si no es suficiente? ¿Y si lo nuestro es tan efímero como doloroso?».

Aún sigo confundido cuando vuelvo tras mis pasos. Sin embargo, el dolor que encoge mi pecho al comprobar que se ha ido es superior a todas mis dudas. Ha venido hasta aquí para abrirme su corazón y yo solo he conseguido que huya.

«Eres un desastre, Leo».

Desesperado, pienso en cómo arreglarlo. A pesar de que mi primer impulso es salir corriendo a buscarla, tomo una bocanada de aire, me bebo un vaso de agua y decido marcar el teléfono de Mat. No creo que esto lo pueda arreglar solo.

Hoy es él quien que me insulta y se queja de mis reacciones, aunque promete ayudarme.

Paso unos días más en la cabaña. Aclarando mis ideas. Planificando mis pasos. Tomando decisiones. Suele ser complicado estar conmigo mismo. No soy buena compañía para mí. Me juzgo y me castigo demasiado.

El aire puro, la belleza de la naturaleza y la tranquilidad de esta soledad acaban calando en mí. Ya no soy ese Leo urbanita. La vida me ha obligado a tomar otros caminos. Creo que ya sé cómo podríamos encajar.

Tengo que demostrarle que apuesto por lo nuestro. Que, a pesar de mis reticencias, acepto sus ganas de estar a mi lado. Y solo se me ocurre una forma. Una bendita locura de la que espero no arrepentirme.



Abril 2019

Soy una masoquista. Llevo días escuchando en bucle las canciones más nostálgicas de mi lista de reproducción. He releído mis novelas favoritas una y otra vez. He hecho maratón de las series y películas más dramáticas que conozco.

No, no me he encerrado en casa. Tratar con mis pacientes y sus dueños me mantiene a flote. Sin embargo, cuando entro en mi hogar, me recreo en mi desesperación y me torturo con las mismas historias imposibles una y otra vez. Abrazada a mis fieles compañeras, ya he vaciado todas las lágrimas que me quedaban.

Quizás él tenga razón y superar ahora su ausencia sea más llevadera. No, tonterías. No es lo que quiero. Quiero volver a esa estúpida cabaña y cantarle las cuarenta. Decirle que es un cobarde. Que se acomoda en su situación para no luchar por lo nuestro.

No lo hago. No soy yo la que tiene que dar el siguiente paso. Quizás me quede rumiando las palabras que se me han quedado sin decirle para siempre. No puedo plantarme allí otra vez. De todas formas, ni siquiera sé si sigue en ese lugar.

Me obligo a continuar con mi vida, por lo que, aunque no me apetezca demasiado, acepto la invitación de Vero de salir a cenar. Tras una ducha, opto por dejar mi melena suelta, maquillarme en tonos suaves y vestirme de forma sencilla. Unos vaqueros negros, una camisa de manga larga rosa pastel, unos botines bajos y una chaquetilla negra componen mi atuendo.

—Te aviso que no tengo ganas de fiesta —suelto nada más verla—. He aceptado porque me vendrá bien salir un rato de casa.

—Ay, Bego, acabamos de salir y ya estás pensando en cuándo volverás —protesta con cariño—. Tranquila que creo que no te vas a arrepentir de haber venido —añade misteriosa.

Vero me pone al día con sus anécdotas diarias y agradezco esa desconexión. Sus cotilleos son justo lo que necesitaba para distraerme.

Cuando llegamos a la puerta del restaurante, me sorprende encontrar a Mat allí.

—No sabía que venías. ¿Cómo estás?

Me saluda de forma efusiva y con un brillo en sus ojos.

—Deseando verte aparecer.

—¿Y eso, cenas con nosotras?

—No, lo cierto es que he venido para recoger a Vero.

—Lo siento, pero no entiendo nada.

—Pronto lo harás —asegura.

—Perdona el misterio, buena suerte —indica Vero apretándome el brazo—. Anda, ve, tu cita espera dentro.

—¿Qué cita? ¿Es una encerrona para presentarme a alguno de tus amigos del *gym*? —musito algo mosqueada.

Sin embargo, tras seguir su mirada hacia el interior, el corazón me da un vuelco al ver, impecablemente vestido con uno de sus trajes azules, al dueño de los ojos del mismo color, tan profundos e inalcanzables como el fondo del mar.

Sin darme explicación alguna, tan solo infundirme ánimo, los traidores de Vero y Mat abandonan el lugar. Suspiro y entro.

Leo me observa, indicándome con un gesto de su mano que tome asiento frente a él. No lo esperaba y no sé qué decirle. Ni siquiera soy capaz de dirigirle un simple saludo.

El camarero interrumpe el duelo de miradas y, tras pedir unas bebidas y aceptar comer lo mismo que pide Leo, nos quedamos a solas de nuevo.

—Bego, ¿cómo estás? —pregunta con voz ronca, como si le costase pronunciar las palabras.

—He estado mejor —confieso—. Y no sabía que iba a cenar contigo —añado.

—Lo siento, quizás preferirías la compañía de tu amiga. Fue cosa mía el engaño, quería asegurarme que no decías que no.

—Está bien —claudico—. Al menos una cena podremos compartir.

—¿Una tregua, rizos? —Estira su mano.

Se la estrecho. Se me calienta el corazón al recordar ese momento y aquellas vacaciones que ahora me parecen tan lejanas. La comisura de mis labios se curva ligeramente hacia arriba.

—Y bien, ¿sigues perdido entre montañas?

—No, lo cierto es que ya he vuelto a la ciudad.

—Ah —asiento sin saber qué más decir.

—Aunque —continúa hablando— se está muy bien allí, quizás me plantee comprar a los tíos de Mat esa propiedad. Sabes, allí se piensa muy bien.

—Pensar demasiado no es bueno —opino sin saber a dónde quiere ir a parar. Me pone muy nerviosa su actitud tan aparentemente relajada. Los silencios que se suceden mientras comemos y bebemos me incomodan. Hay algo pendiente de decir que enrarece el ambiente y me dificulta la respiración. ¿Será el pensar que su tregua significa el adiós definitivo?

—Sabes... —dice sacándome de mis divagaciones—. Entre mis pensamientos he podido darle vuelta a lo de los colibríes y aquellas reflexiones tuyas.

—Olvidalo, Leo —intervengo dudosa—. Compartí lo que siento, ya está. No tienes que hacer nada con ello. Aunque me duela, respetaré tu opinión. No necesito disculpas o lo que sea que hayas venido a hacer. No entiendo para qué querías verme.

—Tenías razón, rizos.

—¿Qué? ¿E-en qué? —tartamudeo confundida.

—En eso de vivir el momento, de aprovechar el tiempo juntos, sea el que sea. —Alarga una de sus manos por encima de la mesa, acariciando la mía, que tiembla ante su contacto.

—Leo, no sé a dónde quieres llegar a parar. ¿Podrías ser directo por una vez en tu vida? —Suspiro.

—Creo que esto disipará tus dudas.

Introduce su otra mano en el bolsillo de su pantalón y saca una pequeña cajita aterciopelada color azul.

—Cierra los ojos —me pide con expresión anhelante. No entiendo nada, pero le obedezco—. Ya puedes abrirlos —indica al cabo de unos segundos.

Ante mí, arrodillado, con la cajita abierta y un anillo en su interior, me mira con los ojos más azules que nunca. Las lágrimas se agolpan en los míos cuando entiendo lo que va a hacer.

Saca el anillo y lo miro sorprendida. En él, un diminuto pajarito, agarra un corazón con su pico, que tiene un brillante en su punta.

—Es precioso —exclamo impresionada.

—Bego, ¿quieres casarte conmigo?

Y por fin, al responderle de forma afirmativa, mi cuento de hadas soñado se hace realidad.



El día de la boda

Apenas he podido dormir la noche antes del gran día. Lo cierto es que a mí las bodas siempre me han parecido un disparate. Si casarse es un mero trámite, ¿qué necesidad hay de tal ostentación?

Boda, banquete, vestido, traje, decoración, barra libre, menú, y un largo etcétera de gastos absurdos para un rato.

Yo me siento más ligado a Bego que nunca y esto no tiene que ver con el evento de hoy. Nuestro compromiso se basa en el apoyo diario, en disfrutar cada momento como si fuera el último. En asegurarse de que el otro se encuentra bien, y en todo lo feliz que puede ser. No necesito plasmarlo en la fotografía de un efímero día.

Sin embargo, sé que para ella es importante. Por suerte, cuando entre abrazos, risas y llantos, aquella noche en el restaurante me dijo que sí, alegó que no necesitaba una gran fiesta. Solo compartir este día con nuestras familias y amigos.

Espero impaciente y nervioso, dando vueltas de un lado para otro, en el Ayuntamiento. Sé que, como toda novia, va a hacerse esperar a propósito. No obstante, una mínima parte de mí aún teme que haya podido salir corriendo.

Menos mal que tienen aire acondicionado porque al final la sala se está llenando y los nervios me acaloran. Por fin, el murmullo cesa, la gente se levanta y la puerta del fondo se abre.

Del brazo de su padre, una resplandeciente Bego hace su entrada estelar. Mi corazón late

frenético al verla tan preciosa. Según se acerca, el brillo de sus ojos es más intenso.

Lleva un vestido blanco en apariencia muy sencillo, pero con un gran significado, ya que es el vestido que su madre llevó en su día.

Su padre, visiblemente emocionado, me estrecha la mano y me susurra al oído.

—Hazla muy feliz.

Sé que para ambos este momento será agridulce y complicado sin la presencia de su madre. Incluso a mí se me cierra la garganta y tengo que carraspear con disimulo para que me salgan las palabras.

Cuando el concejal finaliza su tarea y, por fin nos declara oficialmente casados, la resplandeciente sonrisa de mi ahora esposa acaba con todos mis nervios. Un pequeño y tierno beso sella nuestro pacto.

Tras acabar agotado de hacernos mil y una fotografías, hacemos nuestra aparición en el restaurante donde el resto ya nos esperan.

Nos reciben entre aplausos, vitoreando nuestros nombres. Me marea un poco que nos lleven de un lado para otro, aunque soporto con estoicidad tantas muestras de afecto que me abruman. Nos cuesta un buen rato llegar a sentarnos en nuestro sitio.

—¿Cuánto tiempo tenemos que aguantar para que sea prudente largarnos? —le pregunto al oído.

Su mirada se preocupa por unos segundos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo estoy deseando estar a solas contigo.

—¿Impaciente por la noche de bodas? —bromea aliviada.

—Un poquito —afirmo sonriente.

No obstante, la velada se alarga bastante más. Después de la comida, llegan los bailes y, aunque optamos por casarnos por la mañana, ya es bien entrada la noche cuando podemos desaparecer en mi coche, que está totalmente lleno de flores y cintas blancas.

—Por fin puedo tenerte para mí solo.

—Sabes, Leo, tanto tiempo he pasado soñando con este momento que, ahora que ha llegado, es lo que menos me importa y, en el fondo, me alegro de que haya terminado.

—¿Qué quieres decir? La boda... ¿no ha sido como esperabas?

—Ha sido justo cómo debía de ser. Ahora solo pienso en ese viaje a Menorca y en disfrutar cada segundo a tu lado.

Bego reprime un bostezo mientras peleo por desabrochar los enganches de su vestido.

—¿Quieres dormir ya? El avión sale muy temprano.

Deja caer el vestido, mostrándome su lencería con encajes del mismo color.

—Antes quiero saber qué se siente al hacer el amor como mujer casada —susurra mirándome con deseo.

Ambos estamos cansados tanto físicamente, como agotados por las emociones del día. Nuestros besos y caricias no son diferentes ahora que hemos sellado nuestro compromiso. No tienen más pasión, ni más urgencia. Tan solo son el resultado de nuestro amor. Y eso es todo lo que necesito para sentirme completo.

De hecho, no alargamos demasiado el momento de irnos a dormir como marido y mujer.

Al día siguiente, tras un abundante desayuno, nos marchamos rumbo a Menorca para vivir nuestra luna de miel.

No sé cuánto tiempo durará lo nuestro. Ni siquiera sé si el fin llegará, aunque sea mucho más probable, por mi parte que por la suya. Lo que sí tengo claro es que merecerá la pena. Ya lo hace.



Epílogo

Verano de 2023

La camiseta de rejilla y las mallas ajustadas se me pegan al cuerpo sudoroso y me falta el aliento. Darcy tiene mucha energía. Demasiada para mí. O al menos para pegarme estas carreras a estas alturas del año. A pesar de que, sin duda, en el pueblo disfrutamos de una temperatura mucho más fresca que en la capital, el verano es el verano, y a estas horas de la mañana comienza a notarse. Más si tu perro te tiene correteando sin parar.

Me acerco a la cabaña y escucho las risas y los chapoteos que provienen de la parte trasera. Entro en casa y Darcy se aleja trotando hacia el salón. Seguro que va a tumbarse a descansar. Echo de menos a mis queridas Scarlett y Jane, que en las vacaciones se quedan con mi hermana. Sería demasiado estresante para ellas cambiarlas de lugar, aunque fuera de manera temporal.

Me permito relajarme durante unos minutos, bebiéndome un zumo de naranja y analizando lo mucho que ha cambiado mi vida estos años. Me siento satisfecha porque, aunque nada es perfecto, puedo asegurar que prima la felicidad y que hemos sobrevivido a lo peor. O al menos, espero que así sea. Me pego una ducha fría y me pongo mi bañador de flores y mi gorra, tras embadurnarme de crema solar. No soy muy amante de sentir el sol de forma directa. No ahora. Sin duda, prefiero nuestro sol de invierno. Es más fácil disfrutar de algo cuando llega de forma inesperada, cuando se supone que no le corresponde brillar, porque lo hace con más intensidad.

Tan inesperada como la irrupción de Daniela en nuestras vidas.

La noticia de mi embarazo, en febrero de 2020, fue recibida con una gran alegría por nuestra familia y amigos. Euforia que fue totalmente solapada por el miedo y la confusión que paralizaron el mundo un mes más tarde.

La llegada de la pandemia y la incertidumbre diaria me hicieron creer que todo era un mal presagio que se cebaba con nosotros. Tuve que acudir a cada revisión sola y sentir el latido de mi pequeño bebé por primera vez junto a una enfermera con mascarilla que apenas me hablaba. Cada ecografía y consulta la viví en soledad, puesto que no se permitía la entrada de acompañantes. El parto, que se adelantó un mes de la fecha prevista, tuvo complicaciones y acabó en cesárea. En septiembre llegaba ella a nuestras vidas, para poner luz a una época muy oscura.

A pesar de que tanto Leo como yo continuamos trabajando como podíamos, fue duro pasar esos meses encerrados. Yo, atendiendo solo consultas urgentes y él, teletrabajando en su asesoría, tramitando solicitudes de ayudas económicas que la mayoría de sus clientes solicitaban desesperados, teniendo en cuenta el cierre de sus negocios. Leo, temiendo por su salud y por las contraindicaciones, prefirió optar por no administrarse ninguna de las vacunas que fueron creadas en un tiempo récord. Yo hice lo contrario y acabé poniéndome hasta tres dosis.

Fue una época muy complicada. Lloramos la muerte de mi vecina Antonia, del padre de Vero y nos enteramos de la pérdida de algunos conocidos. Mi padre pasó la mayor parte del confinamiento en soledad, por miedo a contagiarse. En un año, apenas vi a mi hermana ni a mis amigos. La relación de Mat y Vero se rompió por completo. Ni siquiera tengo claros los motivos. Nunca más supe nada de Sergio ni de Aitana. Esa amistad no sobrevivió a la distancia, ni la física, ni la que las circunstancias crearon. Andrea y Jairo tuvieron que cerrar una buena temporada su hotel y no pudieron conocer a Daniela hasta que esta tuvo ocho meses, ya que les fue imposible venir antes.

Nunca imaginamos que fuéramos a rentabilizar tanto la compra de esta cabaña, que se ha convertido en nuestro refugio cada vez que podemos escaparnos.

Hoy me parece mentira todo aquello. No puedo ni creer que ya no existen apenas medidas relacionadas con el virus que nos asoló. Mi pequeña ahora tiene casi tres años. Comenzará la escuela tras este verano y yo siento que, a pesar de haber podido estar con ella, el tiempo nos ha robado sus primeros años entre preocupaciones y confusión.

Salgo al encuentro de mi familia. Leo está dentro del agua, apoyado en el borde de la piscina. Odio esas gafas de sol que no me permiten disfrutar la belleza de sus ojos. Aunque me compensa su sonrisa ladeada.

—¿Vienes al agua, mamá? —me invita—. Está muy fresquita.

Daniela se carcajea dando vueltas en su flotador amarillo. Sus manitas pequeñas y regordetas salpican con picardía a su padre.

Desciendo poco a poco la rampa de entrada, sintiendo el frescor del agua en mis piernas. Doy un respingo cuando el líquido alcanza mi barriga y roza la tela de mi bañador, haciendo que esta se me pegue al cuerpo.

—Sí que está fría —protesto.

Leo me coge de la mano y, cuando ya he terminado de bajar, me agarra en brazos y me lanza a la mitad de la misma.

—Me has mojado la gorra —me quejo recogiendo del agua la prenda empapada—. Y no me quería mojar el pelo. —Introduzco la cabeza bajo el agua, para peinar mis rizos hacia atrás y nado hacia Daniela, que me espera con una gran sonrisa.

Es la combinación perfecta de nosotros dos. Tiene los ojos azules, aunque de un tono mucho

más claro que los de su padre, son casi grisáceos. Su pelo es rizado, como el mío, aunque más oscuro. Es la prueba más real de nuestro amor.

Leo sale del agua y nos quedamos un rato jugueteando solas, hasta que se nos arrugan los dedos. Disfruto del tacto de la rugosidad de su pequeño pie, que me enseña divertida y, abrazándola para sacarla del flotador, su aroma único me envuelve.

En estos momentos de complicidad entre ambas, una nube agridulce se posa sobre mí, y pienso lo mucho que mi madre hubiera disfrutado de ella. Me suelo recomponer con facilidad, no quiero transmitirle tristeza, aunque haya días que me cueste más. Por suerte, hoy no es uno de ellos.

Me envuelvo en mi toalla, tras ponerle a Daniela su gracioso albornoz verde con ojos de rana en su capucha.

Leo ha preparado la mesa con un piscolabis de frutas. A Daniela le encanta marranear y probar todo tipo de colores y texturas, así que se lo pasa en grande cogiendo un trozo de cada cosa, hasta decantarse por devorar la sandía.

Observo enamorada los chorretes rojizos que descienden por sus mejillas húmedas y pegajosas. De reojo, miro a Leo, que la contempla más encandilado aún. Ojalá detener el tiempo en este instante.

La toalla se desliza por mis hombros, provocándome un estremecimiento. Leo se apresura a colocármela bien, abrazándome por detrás.

—No lo estamos haciendo tan mal, ¿no? —susurra en mi oído mirando hacia nuestra pequeña.

—No, lo estamos haciendo muy bien —confirmo feliz—. Gracias, Leo.

—Gracias, ¿por qué, mi leona?

—Por apostar por vivir.

Agradecimientos

No me imaginaba escribiendo los agradecimientos de mi primera novela y aquí estoy, escribiendo los de mi segunda historia.

De nuevo tengo que agradecer a Ana Isabel López su compañía en este camino, su generosidad a la hora de compartir sus conocimientos y sus empujoncitos para continuar, así como a todos mis compañeros de Trebolarium.

A Sandra y a Rachel, que ya considero mi equipo. A la primera, por su dedicación y consejos para pulir al máximo mi historia y su maquetación para darle una estética impecable; y a la segunda por saber interpretar mis ideas y darle la cara más bonita a mis novelas.

A mis lectoras cero, que me han dado una gran ayuda con sus críticas y apuntes. Gracias por prestarme vuestro valioso tiempo y adaptaros a “mis prisas”. A Tania, por su minuciosa ayuda y rapidez; a Laura, por sus apuntes sobre la zona en que se ubica parte de la novela y sus consejos para contar una historia lo más realista posible; a Vero y a Eugenia por compartirme su opinión sincera y constructiva; a Eva por analizar la trama y personajes. Y al resto, que me habéis ofrecido vuestro apoyo desinteresado, como Elena, Rocío, las chicas de Be.Inspi e Irene, tendré en cuenta vuestra opinión para mejorar futuras historias.

Y, por último, pero imprescindible para que esto tenga sentido, gracias a ti, lector, que has escogido mi novela para darle vida y hacerla un poquito tuya. Espero que hayas disfrutado de la historia de Bego y Leo y que compartas tu opinión, porque me ayuda a continuar escribiendo.